MVNDO HISPANICO



LA HERENCIA DE ISABEL II: REINA, PERO NO EMPERATRIZ.

BIOGRAFIA DEL CANAL DE PANAMA.

UN CUENTO MAGISTRAL: «MARCELINO PAN Y VINO».

N.º 63 15 Ptas.

ARTIFICES DE LA ARTESANIA ESPAÑOLA









El cristal y el bronce son, sin duda, los materiales con los que el artista español ha conseguido realizar sus obras más primorosas y en los que ha dejado su más profunda huella de belleza. Los que llegan a nuestra patria se admiran ante la suntuosidad y buen gusto de las lámparas, candelabros y arañas de estilo de Pedro Tendero, acreditado fabricante, que ha contribuído con sus artículos más selectos y depurados al sólido prestigio de que actualmente goza en el mundo la artesanía española y que con su sello característico e inconfundible realzan notablemente el ornato de palacios, mansiones señoriales, salones de edificios públicos y centros oficiales.

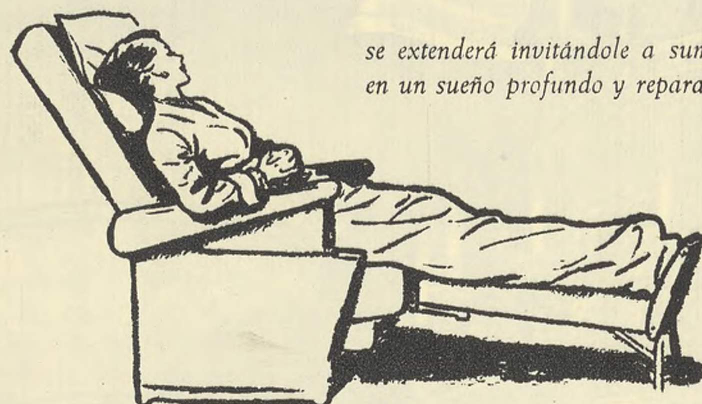
Magnífico exponente de lo escrito sobre esta especialidad artística lo constituyen las fotografías que ilustran la página que hoy se complace en ofrecer a sus distinguidos clientes la firma Pedro Tendero, escogidas entre una extensa y bellísima colección de modelos de todas clases e instalaciones efectuados íntegramente por dicha casa, tan solicitados en el mercado nacional y en los de Europa y América.

AHORA... TWA les ofrece un servicio de lujo con sus *Sleeper-seat* (Butacamas) sin sobreprecio



Viajará usted en el más cómodo butacón imaginable...

que al oprimir un botón a su lado...



se extenderá invitándole a sumirse en un sueño profundo y reparador.

Cuantas ventajas ofrecen estos Constellation TWA con «Sleeper-seats» (Butacamas). Espacio holgado por haberse reducido a 32 los asientos en cada avión. Cómodas butacas con asientos cojines de goma espumosa y amplio lugar para extender cualquiera que sea la altura del pasajero. ¡Una noche de feliz reposo! Una suave opresión al botón en el brazo de la butaca y ésta se convertirá suavemente en un lecho agradable y reparador.

Desembarcará usted en el lugar de su destino descansado y optimista. Nunca habrá viajado con tal rapidez ni felicidad. **Consulte a su Agente de viaje.** Ahora, precisamente, en vigor tarifas reducidas de Fuera de Temporada en todos los vuelos de TWA, incluídos los «Sleeper-seats» (Butacamas) «Ambassador» y aviones-cama en los servicios económicos Turísticos.

VUELE POR TWA

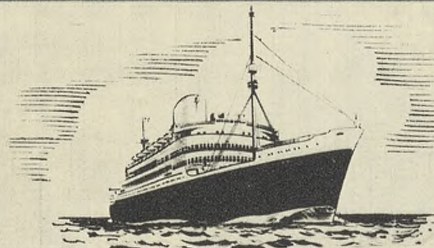


TRANS WORLD AIRLINES

USA · EUROPA · AFRICA · ASIA

Consulte a su Agente de Viajes o visite las Oficinas de TWA

MADRID: Av. José Antonio, 68. Tel. 31 83 04
BARCELONA: Plaza de Cataluña, 21. Tel. 22 55 94
BILBAO: Buenos Aires, 1. Tel. 30091
LLANES: Egidio Gavito, 3. Tel. 137



VIAJES DE PLACER A SUR AMERICA POR LA MALA REAL INGLESA



"ANDES". Almuerzo junto a la piscina.

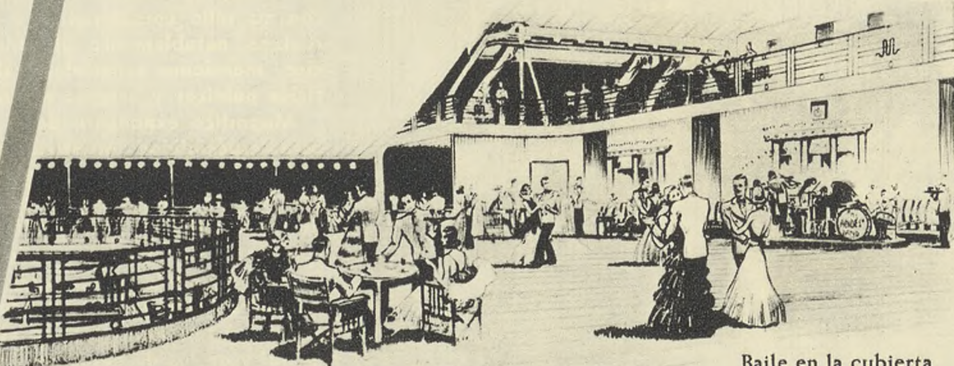
Convierta su viaje a Brasil, Uruguay o Argentina en deliciosas vacaciones, viajando en los transatlánticos de lujo de La Mala Real Inglesa "ANDES" (26.000 tons.); "ALCANTARA" (24.000 tons).

Grandes salones y cubiertas, piscinas, bailes, cine, etcétera, en una atmósfera de la más alta distinción y confort, entre una clientela selecta.

Consulte a su Agencia de Viajes o a los AGENTES GENERALES PARA ESPAÑA:

ESTANISLAO DURAN E HIJOS, S. A.

VIGO: AV. CANOVAS DEL CASTILLO, 3 • Tels. 1245 • 1246
MADRID: PL. CORTES, 4 • Tels. 22·46·43 • 22·46·44 • 22·46·45
Telegramas: "DURAN"



Baile en la cubierta del "ANDES".

MVNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

MEXICO · BUENOS AIRES · MADRID

Director: Alfredo Sánchez Bella.—*Subdirector:* Manuel Suárez-Caso.—*Secretario:* José García Nieto.

NUMERO 63 :-: JUNIO, 1953 :-: AÑO VI :-: 15 PESETAS

SUMARIO

Colaboración artística de J. Fco. Aguirre y Daniel del Solar.

DIRECCION Y REDACCION:
AVENIDA DE LOS REYES CATOLICOS (CIUDAD UNIVERSITARIA)
TELEFONO 24-87-91 · MADRID

ADMINISTRACION:
ALCALA GALIANO, 4 · DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS: APARTADO DE CORREOS NUM. 245

EMPRESA DISTRIBUIDORA: EDICIONES IBERO-AMERICANAS (E.I.S.A.). PIZARRO, 17, MADRID

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION: MAGISTERIO ESPAÑOL, S. A. (MADRID)
HUECOGRABADO Y OFFSET: HERACLIO FOURNIER, S. A. (VITORIA)

Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas. Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares).—Suscripción por dos años para América: 8,50 dólares.

¿DÓNDE ESTÁ ESPAÑA?

«AQUI está España, y lo que hay del otro lado de esta raya no es mi España; no es España.» Así, rotunda y expresada en la pena del exilio, la frase textual de un poeta español nos sabe a ofuscación, resentimiento y limitado sentido de la realidad. Pero es evidente que somos muchos los españoles e hispanoamericanos que trazamos arbitrarias rayas sobre el hecho español para delimitar las zonas de nuestra afinidad temperamental o ideológica y reducir la enormidad de España a pequeñas parcelas, minifundios de nuestra comprensión o afecto.

Durante la primavera sentimental, renacida en los últimos años, España ha consistido para muchos, exclusivamente, en su antigua historia política, en su Siglo de Oro, en el colorido mozárabe o en la fuerza románica de su arqueología. Sabio es buscar las esencias de un pueblo y de una cultura en su historia, pero siempre que no se pierda la noción de que la historia solidaria es un constante fluir de presentes que se precipitan de la actualidad para incorporarse al acervo del futuro, transformándose a su vez en historia.

Los que no delimitan el territorio moral de España con el hito de los siglos y acuden a buscarla en su actualidad, suelen reducirla a lo que expresan clases, condiciones o estamentos, círculos intelectuales o capillas ideológicas. El paisaje, más que real, creado por los hombres del 98; las danzas y los cantos, la autoadmonición pesimista de los españoles europeizantes; la literatura tremendista, la figura de tal o cual santón intelectual, el no conformismo sistemático, el filósofo germanizado o el literato a la última moda de patrón francés o norteamericano, la rueda del café Gijón o el círculo del Ateneo, he aquí unas muestras de otras tantas expresiones de la vida española, que, en el orden de las preferencias, son consideradas como otras tantas únicas y exclusivas representaciones de la totalidad de España. Esto sin contar con la fácil y elemental separación del cuerpo nacional en las varias Españas regionales, pues no falta quien reduce el reino a los antiguos «reynos» y sólo quiere de España la solidez éuskara, o la gracia andaluza, o la laboriosidad astur, dejando por un retazo azul de la Costa Brava toda la recia teoría de las rías gallegas.

España es múltiple y variada. Su piel de toro posee una inmensa gama de matices, a los que hay que agregar la arruga de muchas cicatrices. Hay muchas Españas; en cada región de España, en cada casa de España, en cada hombre que habla en español. Españas superpuestas, cruzadas, entrecruzadas, mezcladas y combinadas, que hay que aceptar como reales y complementarias si se quiere ir, de verdad, al encuentro del alma de España.

Muchos nos han querido contar que lo que no es «su España» está vacío; que es quietud y silencio, todo lo más transparencia. Algunos han querido recomponer el paisaje en escenario para montar una falsa España. Otros nos han dicho que no es ésta la ocasión para contemplar España y buscarla, pues no está pronta aún para romper las sombras que ocultan su real topografía.

Se ha hablado demasiado del misterio de España, haciendo de su presencia en el mundo una excepción a todas las reglas y leyes que determinan el ser de los pueblos. Esta España insólita, incomprensible para el discurso, es también otra caprichosa quimera.

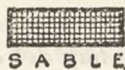
Si es verdad que España ha hecho de su historia sacramento—sacramento de redención—, que ha saltado de las páginas de los libros de mística y ascética a las de la Historia universal, también es cierto que la mística y la ascética son tareas humanas, a la medida de todos los hombres.

¿Dónde está España? ¿Cómo encontrarla? España, la de la desgreñada tierra, la de todos los días, está, sin exclusivismos, en todo su complejo hacer de todos los días. En la Universidad y en los despachos burocráticos, en los talleres y en los conventos, en la lucha por el pan nuestro y el amor nuestro de todos los días, en la oración del sacerdote, que es cura misionero; en el verso del poeta, en los ojos húmedos del campesino, en la terca defensa del tradicionalismo, en el servicio al progreso de sus técnicas. Y también está, al paso del tercio, en la Legión. En la Legión de bravos y sencillos mozos de los pueblos que montan guardia, bajo el cielo duro y bruñido del desierto, en los últimos confines de su patria.

Muchos se han perdido al intentar la búsqueda de España, pero no porque ella sea laberinto, sino porque quieren encontrarla, no en sus hombres—artesanos, monjes, pensadores o legionarios—, sino dentro de ese su propio caracol oscuro que todos llevamos, más o menos extendido, en el corazón o en la cabeza.

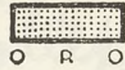
Heráldica Hispanoamericana


GULES

AZUR

SABLE

SINOPLE

PURPURA

PLATA

ORO

T. de L.—Madrid.—Quisiera saber si existe el título de marqués de Valle de Santiago.

Dicha dignidad fué creada, por real despacho de 22 de noviembre de 1703, a favor de don Francisco de Berrotarán. Título beneficiado por el convento de Montserrat, de Madrid, tiene documentación en la sección correspondiente del Archivo Histórico Nacional: legajo 8976 (año 1703), núms. 35 y 158, y libro 2753 (año 1703), núm. 35.

El vizcondado previo tuvo la denominación de Berrotarán.

Rodrigo Toral García.—Barcelona.—Me interesa saber si los Torres, avecindados en Pancorbo en el XVII, tienen alguna certificación de nobleza.

Existe, cuando menos, una ejecutoria, dada por la Real Chancillería de Valladolid en 13 de abril de 1549, a favor de Bartolomé de Torres, vecino de Pancorbo, hijo de Bartolomé de Torres, vecino de Bribiescas y casado en Altable, y nieto de Lucas de Torres, natural de Navarra, «de los Palacios de Torres». Con esta heráldica: escudo contracuartelado, primero y cuarto de gules, castillo de oro; segundo y tercero de azur, menguante de plata; la bordura general, de sinople (verde), cargada de cinco torres de oro. Estos datos podrán tal vez resultarle orientadores. (El citado documento se conserva en nuestra Biblioteca Nacional, sección de Manuscritos: Manuscrito 11617.)

Jorge Iglesias Cobo.—La Habana.—Me interesa saber en qué año ingresó en Calatrava don Francisco Suárez Gutiérrez y nombres de sus padres.

Dicho caballero ingresó en la referida Orden el año de 1768. Era natural de Balsera (San Miguel de Trevias) e hijo de Domingo Suárez y Fernández y María Gutiérrez Rodríguez, ambos naturales de Balsera. Nieto paterno de Domingo Suárez Gutiérrez y de María Ana Fernández Fernández, y materno de Domingo Gutiérrez Fernández y de María Ana Rodríguez García. (Archivo Histórico Nacional. Sección de Ordenes Militares: Calatrava, expediente núm. 2535.)

M. de C.—Córdoba.—Constándome la existencia de una hoja de servicios de don Antonio Aranda y Guillamas, caballerizo de la reina, desearía ampliar noticias sobre tal documento.

Cuenta, efectivamente, una «Relación» de servicios de dicho caballero en la sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional —repetidamente citada en estas columnas de MVNDO HISPANICO—, impresa en 1776: Manuscrito núm. 11826, fols. 425-428.

Tal caballero era gentilhombre de S. M. y caballerizo de la reina Doña Mariana. Hijo de don José Fernando de Aranda y Montoya. Se alude en ese documento a los servicios palatinos especialmente de dicha familia; a que su tío, don Antonio de Aranda y Montoya, era señor de Villaquebrada y secretario del rey, así como su caballerizo, que instituyó universal heredero a don Antonio; el segundo abuelo, don Justo de Aranda, capitán de caballos de la nobleza de Illescas y Alcalá. Y su materno abuelo, don Fernando de Guillamas, caballero de Santiago, «conde de Troncón» y regidor perpetuo de Avila.

Fernando de L. C.—Buenos Aires.—Deseo saber datos sobre la baronía o condado de Moncle.

El señorío de Moncle, en Flandes, fué elevado a título de barón de Moncle por Felipe IV, a favor de don Juan Jacobo de la Tour, por R. C. de 22 de noviembre de 1623. Tal documento se conserva en el Archivo General de Simancas (Valladolid), bajo la signatura «1431-204». Puede usted, pues, solicitar de dicho centro copia de semejante concesión. En estas líneas no caben otras informaciones sobre ello, ni mucho menos componer el árbol genealógico que usted pretende, ni reunir la documentación que lo fundamente, en justificación de su posible derecho a esa dignidad, pues se trata de tarea ajena al móvil de la presente sección, meramente orientadora, como reiteradamente viene aclarándose, ante el desorbitado planteamiento de muchas consultas que a ella llegan.

Juan Vicente González Hernández.—Madrid.—Desearía alguna noticia sobre la familia de los Martín Sevillano, de Cabezuelas.

Por real despacho de Felipe V, de 24 de mayo de 1735, se confirió título de regidor de tal localidad a Juan Martín Sevillano, en lugar de Francisco de Torres, su abuelo. Aquél testó el 11 de mayo de 1784, ante José Luis Bajo de Menjíbar, en Cabezuelas, dejando por heredera a su unigénita, Mónica Martín Sevilla y Torres, esposa de Francisco Bajo Merino y González, quien sucedió en dicho cargo a su suegro, por título despachado en Aranjuez el 6 de abril de 1791. (Archivo Histórico Nacional. Consejos. Memoriales, leg. 8932, núm. 16.)

Jorge de la Sala.—Zaragoza. Deseo noticias sobre el linaje de los Ximénez de Lobera, aragoneses.

A su infanzonía y otras circunstancias genealógico-nobiliarias se refiere un fundamentado estudio publicado en la revista «Linajes de Aragón» y su tomo VII, págs. 148-154 (Zaragoza, 1916), adonde remitimos al consultante, ya que no habrá de resultarle difícil la lectura de dicha publicación.

Jacobo Ruiz.—Vigo.—Desearía saber noticias familiares de los Meira, de Galicia, y de su unión con los Sarmiento.

Puede consultar, entre otros textos, el conocido «Nobiliario, armas y triunfos de Galicia», del P. Fr. Felipe de la Gándara, folio 457 y siguientes (Madrid, 1677), en cuya obra sigue a Pellicer y al conde Don Pedro, rectificando al primero, al fijar su solar junto a Bayona. Otras noticias genealógicas, en la imponderable colección Salazar y Castro, de la Real Academia de la Historia (Mss. D-44, folio 105), que trata precisamente de la alianza de ambas familias por enlace de don Juan de Valladares con doña Teresa de Meira.



M. H. T.—Barcelona.—Quisiera saber qué requisitos se exigen hoy para pertenecer a la Orden o Maestranza de Zaragoza y si es necesario ser aragonés.

Con arreglo a las Ordenanzas vigentes, aprobadas por real decreto de 19-VI-1922, para pertenecer a la Real Maestranza de Caballería de Zaragoza—estas corporaciones no son Ordenes, como el consultante cree—, además de ser ciudadano español y católico, se precisa probar la nobleza o hidalguía de los cuatro primeros apellidos; probar igualmente la sucesión legítima y directa desde el pretendiente a la persona de quien arranca o deriva la prueba, en sus cuatro costados, por medio de partidas sacramentales legalizadas, y, si fuera casado, además de su partida de matrimonio canónico, justificará la nobleza o hidalguía de los dos primeros apellidos de su esposa. Patentizará asimismo que ni él, ni sus padres, ni abuelos, por ambas ramas, han ejercido «oficios viles o mecánicos», ni haber tenido tienda abierta (extendiéndose posteriormente—Junta de 1929—tal condición a cualquier antepasado del pretendiente). Y satisfacer a la Maestranza los derechos por ella señalados. Estos son los requisitos esenciales, cuyo pleno conocimiento puede hacer solicitando las «Instrucciones» aludidas de la Secretaría de la propia ilustre Maestranza, en donde estimamos que podrán facilitárselas.





Los LECTORES también escriben

De vez en cuando leo, en la página destinada a cartas de los lectores, algunas de éstas en las que se pide a esa Dirección que MVNDO HISPANICO sea más actual, más «al día», más presente y menos pasado.

Bien está que se pida información actual de tal o cual parte de España, pero sin despreciar aquello que, por tener un valor histórico o tradicional, está grabado de modo imborrable en el alma de los españoles y que a los que estamos lejos de España nos toca fuertemente a nuestros sentimientos cuando nos los trae de nuevo a nuestra vista una publicación de prestigio que no busca despertar o estimular un sentimentalismo barato.

Que el presentar en su aspecto más típico a las diferentes regiones de España y sus costumbres tradicionales no sea apreciado en el extranjero, eso les ocurrirá a los extraños, que por ignorancia o por menosprecio de las costumbres de otros pueblos no aprecian más que las propias, pero no a los españoles y a nuestros hijos, si hemos sabido inculcarles el amor a la patria de sus padres sin menoscabo del que deben a su propia patria.

Si MVNDO HISPANICO ha tenido y sigue teniendo éxito, creo que lo debe a lo que dejo dicho, y sería un error que se convirtiese en una revista simplemente de actualidades, porque caería en la pobre calidad de esas tantas publicaciones muy bien presentadas, pero de una vulgaridad extrema y algo más que mediocres. MVNDO HISPANICO debe traernos el reflejo del progreso material de España, de su evolución intelectual y artística de sus costumbres, tradiciones, historia, para refrescar la memoria de muchos españoles y para ilustración de esos extranjeros que debieran comenzar a apreciar nuestras cosas.

Me parece tan equivocado cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid, a pesar del alto valor intelectual de quien lo dijo, en un momento quizá acertado, como recostarse y dormirse en brazos de la Historia sin pensar en el presente.

Por todo lo dicho ruego a esa muy acertada Dirección que se ponga una buena coraza contra tales incitaciones y, eso sí, no olvide ir publicando las muchas partes de España que no han aparecido todavía en MVNDO HISPANICO: pero al lado de la información de su adelanto material, que no falte la otra: la que vive en nuestro espíritu y que no muere al morir nosotros.

J. García Berea.

Independencia, 3343. Buenos Aires.

Con mucho gusto reproducimos íntegramente su carta, en la que con gran objetividad se ataca el problema de la atención que debe dedicarse en nuestras páginas a unos u otros aspectos de la vida y la historia de cada país. Le quedamos muy agradecidos por ella.

Resulta innecesario repetir que los españoles de América estamos enormemente interesados en los progresos de nuestra patria de origen.

Sería, pues, para nosotros un motivo de verdadero orgullo que MVNDO HISPANICO dedicara exclusivamente uno o dos de sus números a recoger toda la información gráfica y de texto (ya publicada por el Gobierno) del grandioso plan de construcciones de hospitales o ambulatorios.

Este trabajo tendría que hacerse a lo grande, edificio por edificio y con algunos interiores que sirvieran como guía informativa. De los edificios por construir o en proceso de construcción deberían reproducirse, a escala grande, las maquetas respectivas.

Otro de los números de MVNDO HISPANICO podría ser dedicado, también exclusivamente, a la Ciudad Universitaria de Madrid, siguiendo para ello el mismo procedimiento de fotografías independientes, «grandes y bien iluminadas», de todos y cada uno de los edificios destinados a Escuelas, Facultades e Institutos, Colegios Mayores, casino y campos deportivos.

Víctor Luengo.

López, 43. México, D. F.

Tomamos buena nota de las indicaciones de su carta y trataremos de complacerle en nuestros números. En varias ocasiones hemos contestado desde esta sección a cartas en las que alternativamente nuestros lectores prefieren que demos a conocer la España más racial y costumbrista o, por el contrario, la más moderna y progresiva. Tratamos siempre de buscar el término medio ideal para dar la visión más completa en cada caso dentro de los forzados límites de nuestras páginas.

Muy señor mío: No voy a repetir lo de casi todos los lectores de su revista, que es una de las mejores del mundo, porque eso ya se sabe desde Belchite a California. En este hermoso rincón de América Central, inundado de revistas norteamericanas, MVNDO HISPANICO se codea con las mejores en el aspecto gráfico y las supera a todas infinitamente en el orden literario.

Ni que decir tiene que yo leo todos sus números de cara a cruz y cada mes con mayor regusto, y no es lo que menos me llama la atención el fino humorismo de ustedes al barajar las «cartas» en la sección «Los lectores también escriben». ¡Bien hecho! A los que echan de menos en su revista las ciudades cubos, los tinglados de ejes y ruedas dentadas o las señoras enseñando las piernas por encima de la liga—que tan hastiados estamos de contemplar en este Nuevo Mundo—, hay que oponer lo que es tan nuestro y tanto escasea a este lado del Atlántico. El que a estas alturas no sepa que también en España hay de todo lo moderno, no merece que se le saque de su torpeza.

Dentro de ese criterio general—que parece ser el mismo de ustedes—podría yo hacer algunas modestas sugerencias, fruto de mi observación en los viejos por estas tierras tan entrañables a la madre patria. Permítame, señor director, las siguientes:

1) Insistencia aragonesa en el nombre HISPANOAMERICA e IBEROAMERICA, a ver si se logra derrocar de una vez para siempre el tan impropio como tenaz LATINOAMERICA que ciertas naciones se empeñan en sostener, bien sabemos con qué fin.

2) Insistencia no menos baturra en demostrar por todos los medios que «norteamericano» no es igual que «americano»; de lo contrario, el principio de Monroe «América para los americanos», que, bien entendido, puede pasar, sería el mayor escarnio a la soberanía de los pueblos de nuestra estirpe. Lo peor en este caso es que los más interesados en defender su propio nombre son los que, inconscientemente, renuncian a él y se lo sirven en bandeja a los del norte.

3) En Hispanoamérica apenas se viaja más que en avión y los viajeros matan el tiempo hojeando revistas que proporcionan las compañías norteamericanas. Las hay en inglés y en español, pero es bien difícil encontrar una española. ¿No podrían ustedes arreglárselas para que MVNDO HISPANICO figurara en las colecciones de dichas compañías?

Con la felicitación más cálida por su magnífica labor le saluda muy atentamente su servidor,

Hilario Delgado.

San José de Costa Rica.

Reproducimos íntegramente su carta, que denota un gran interés en usted como lector de nuestra revista para que se mejore con la ayuda de todos. Muy interesante su advertencia del punto tercero, por el que nos interesamos para tratar de remediar la situación que en él se acusa.

Mi señor: Acabo de adquirir el número 57 de nuestra revista—permítame que diga «nuestra», porque yo también soy español—. No me detendré en hacer elogios de la misma; todos sus lectores estamos acordes en que, desde su primer número aparecido, es una publicación que honra a España y que nos pone a los españoles en el trance de sentirnos orgullosos por ella.

Lo primero que leo del número que me ocupa es la carta que en la sección «Los lectores también escriben» se publica del señor M. Gil, de Río de Janeiro.

Hace tiempo que pensaba haberle escrito sobre lo mismo que lo ha hecho el señor Gil, pero no lo hice para ver si se acordaban ustedes alguna vez de que en el mapa de España existe Valencia, poco menos que olvidada en los textos y gráficos de su incomparable revista. En los cincuenta y siete números publicados, podrían contarse con los dedos de una mano las veces que ha aparecido algo referente a la mencionada región, y cuando lo han hecho, ha sido tan someramente y tan a la ligera, que pasó poco menos que inadvertido. En cambio, ¡cuánto no se ha dicho ya de Andalucía! Hermosa región, por cierto, muy pintoresca, y por ello la de más fácil y cómoda exportación; pero ¿no le parece que la Revista de los veintitrés países debe ocuparse del resto de España? Valencia no es una región de las más importantes, como dice el señor Gil; es, indiscutiblemente, la más importante, ya que, con sus productos y su industria artística, mantiene y nivela la balanza comercial de nuestra patria con el extranjero; y en cuanto a bellezas y atractivos, no le va en zaga a ninguna otra y, en muchos aspectos, aun las supera por su originalidad, sin chabacanerías de pandereta.

Francamente, señor compatriota, me sentía un poco decepcionado y dolorido por el olvido en que se tiene a mi patria chica, y si he continuado asiduo lector de su magnífica revista es porque soy muy español.

Perdone usted. Los elogios, bien justamente merecidos, se le prodigan constantemente. Permita que, de vez en cuando, también se le censure, aunque sea con afecto fraternal, sobre todo cuando, a mi entender —y que será, sin duda, la opinión de muchos—hay omisión intencionada o tal vez olvido involuntario.

Pascual Bruno.

Suipacha, 530. Buenos Aires.

Tratamos de no olvidarnos de nada que se refiera a las innumerables bellezas tanto de España como de los países hispanoamericanos. La preferencia, en ocasiones, está dictada por la calidad u oportunidad del material que llega a nuestra Redacción. Pero celebramos contestar a usted remitiéndole a nuestros últimos números, 60 y 62, en los que se ha tratado desde diferentes aspectos su hermosa patria chica.

EVOCACION DE LOS «VIRIATOS»

Por RAFAEL GARCIA SERRANO

Si a mí me preguntasen por la fecha original del Bloque Ibérico, yo remitiría al interrogador hasta la dorada y polvorienta Talavera de octubre de 1936. Olía a pólvora de lo lindo, aunque ya la guerra solamente flanquease la suculenta vega. Resultaba la ciudad en aquellas jornadas como una diminuta y austera Capua para cuarteles de otoño de un par de horas a lo sumo. Se podían comer riñones al jerez—plato del día en honor de las columnas del Sur—en un bajo de la plaza, y el chateo de aperitivo o la copa de coñac tras del condumio se amenizaban con la pura presencia, entre la clientela de la terraza de gentes como Joaquín García Morato—las dos manos al aire, relatando un combate aéreo—o como el comandante Rodrigo, jefe de tabor, que convalecía de un chinazo junto al teniente Aguirre. Cruzaba a veces por la plaza el ademán brioso de Yagüe, y por allí pasó también, tendido en un coche, cuando ya golpeaba la muerte en su gran corazón. Y estaban en la plaza de Talavera, por ejemplo, el capitán Botelho, Félix Correia, Sandro Sandri y un sinnúmero de corresponsales de todo el mundo. Botelho tenía nuestras preferencias. Su voz era como un lanzallamas. Derramaba chorros de fuego por el aire, escupía a la cara de Europa las razones de una guerra santa, las verdades de aquella pobre España que trataba de alzarse hacia la salud desde la gloriosa incomodidad de los castros. La guerra es algo que no gusta a nadie mucho menos a quien bien la conoce; pero en aquellos días hubiérase dicho que, más o menos, todos estábamos enamorados de ella. La prodigiosa marcha de los legionarios y los regulares, volando desde Sevilla camino de la Universitaria; el ímpetu de los castellanos y los navarros, asomándose a las crestas de la Sierra para tratar de partírsela al gallito marxista; las batidas en el largo e inconsistente frente de Aragón, donde ya se diseñaba la gloria de Alcubierre, y el empuje de los que avanzaban hacia la meta bilbaína desde las mugas navarras y alavesas, y hacia Oviedo, la cercada, desde las rías y los montes de Galicia; en fin, la reconfortante proximidad del Alcázar de Toledo, erguido ante el mundo como un pasmoso espectáculo de honor y de coraje, hacían que la guerra, a pesar de su aroma, su sabor, su gusto, su jeta fea y su desapacible tronar, fuese considerada por los hombres de aquellos días de acuerdo con el endecasílabo del capitán Aldana: «¡Oh, sólo de hombres, digno y noble Estado!» Muchos de los hombres de aquellos días tenían diecisiete años.

Pero si el capitán Botelho, a través de Radio Club Portugués, explicaba al mundo el secreto a voces de aquella guerra de la Independencia, tan guerra de la Independencia como la que juntos—portugueses y españoles—habíamos reñido contra Napoleón, un glorioso puñado de paisanos suyos decidieron considerar las tropas de Franco «sólo de hombres, digno y noble Estado», y para España se vinieron arrastrando tras de sí a la flor de la juventud portuguesa. Los «viriatos» hicieron claro honor a su linaje. De Toledo a Lisboa, dos ciudades de historia multisecular, dos ciudades simbólicas, acampadas en las orillas del Tajo, río ibérico, corría un mensaje que era, como el de un alcalde de Móstoles, para uso peninsular, porque si Madrid perecía víctima de la perfidia moscovita, eso significaba claramente una gravísima amenaza para la vida de Lisboa. ¡Ay, nuestro Tajo monterilla, mensajero, campanero de rebato! Del nacedero del cerro de San Felipe, en los Montes Universales, hasta la paz atlántica y anchurosa de Lisboa, qué largo camino de humanidad y aventura, de heroísmo y comprensión sobre el lomo de nuestro Padre Tajo. Remontando su corriente nos vinieron las primeras voces de ánimo que siguieron al ardiente 18 de julio de 1936. De Portugal recibimos aliento sin par, por aire y por tierra, y, junto a los soldados de España, a los legionarios y a los regulares, a los falangistas y a los requetés, a los tercos caloyos y a los viejos cazadores de escopeta con posta, los valientes «viriatos» de Lusitania derramaron sangre joven y pródiga en el Tajo y en el Ebro, en todos los ríos, caudales que van a dar en el mar, y en todas las altas montañas, que van a dar en el cielo desde la sagrada tierra española.

Si en una porción de su curso es el Tajo la frontera que separa a dos naciones hermanas, a lo largo y a lo ancho de su espíritu es una espada común que alzan en defensa de la Cristiandad dos pueblos que no engañan, que saben que nobleza obliga y que antes que nadie esgrimieron las razones de la verdad, de la civilización, de la cultura y de la justicia. Al reconocer «de jure» al Gobierno de Franco, Oliveira Salazar dijo: «Afirmamos, ante la reserva y la incomprensión de un grande número, los derechos de la verdad y de la justicia.»

El origen campamental de este Bloque Ibérico—pieza maestra en la política de nuestra época, y no solamente por su eficacia y su importancia, sino por cuanto tiene de ejemplo ante la espeluznante anarquía moral de las fuerzas en presencia—garantiza sólidamente su porvenir, como ha ido concediendo unánime fortaleza a la Península en todas cuantas pruebas ha tenido que pasar. La visita de Franco a Lisboa, como la de Craveiro Lopes a Madrid, no hacen sino dar expreso realce a la amistad peninsular.

Cuando Castellana abajo se venía hacia Cibeles el río militar de España, flanqueado por el entusiasmo del pueblo; cuando las viejas banderas y las nuevas promociones se conjuntaban en esa impávida comunión del paso y la música; cuando dos generales saludaban al Ejército y al pueblo desde el arengatorio, yo pensaba en la placita de Talavera, en la banda de la Legión, que cada noche terminaba su concierto con una extensa serie de himnos nacionales y extranjeros—extranjeros tres, y el primero que sonaba era el de Portugal—; en los «viriatos» que aquí duermen su sueño eterno, «del ibero valor ricos despojos», y a los que aquellas músicas militares, aquellos vítores, habrían estremecido en sus tumbas. Tajo casi divino, Tajo inmortal, unido por vínculo de heroísmo con ese otro Tajo que a aquella misma hora, al compás de la Castellana, también desfilaba desde el nacedero del cerro de San Felipe hasta Lisboa, con un mensaje de amor en la mochila, dando vista a Toledo, altar del honor, para madurar en la tierra riente y maravillosa de Portugal y echarse luego Atlántico adelante y decir en todas sus orillas la fortaleza y el vigor de los dos pueblos peninsulares. Porque hace falta que esto se diga: que aquí se siguen comiendo riñones al jerez en honor del espíritu que alentó a las columnas del Sur y a las del Norte.

MVNDO HISPÁNICO

EL BLOQUE IBERICO SE CONSOLIDA

CRAVEIRO LOPES VISITA A FRANCO

El 15 de mayo ha constituído una nueva etapa fundamental en la vida política de las dos naciones ibéricas, expresada por la visita del Presidente de la República de Portugal, general Craveiro Lopes, al Jefe del Estado español. Cuando el resto de Europa ofrece un panorama indeciso, encubierto por una interminable palabrería, Portugal y España demuestran su certera comunidad de pensamiento en una actitud que rebasa toda diplomacia, ya que refleja un mismo contenido político, absolutamente manifiesto por el idéntico propósito de devolver a la convivencia entre los pueblos de todo el mundo el eterno sentido de la civilización cristiana.

La realidad diplomática del Bloque Ibérico, que adquirió relieve en la visita de Franco a Lisboa en el año 1945, se ha confirmado con la venida a España del Presidente Craveiro Lopes. A la derecha, los dos Jefes de Estado en la tribuna desde la que presenciaron el desfile del Ejército. Abajo, los ministros de Asuntos Exteriores de ambos países.

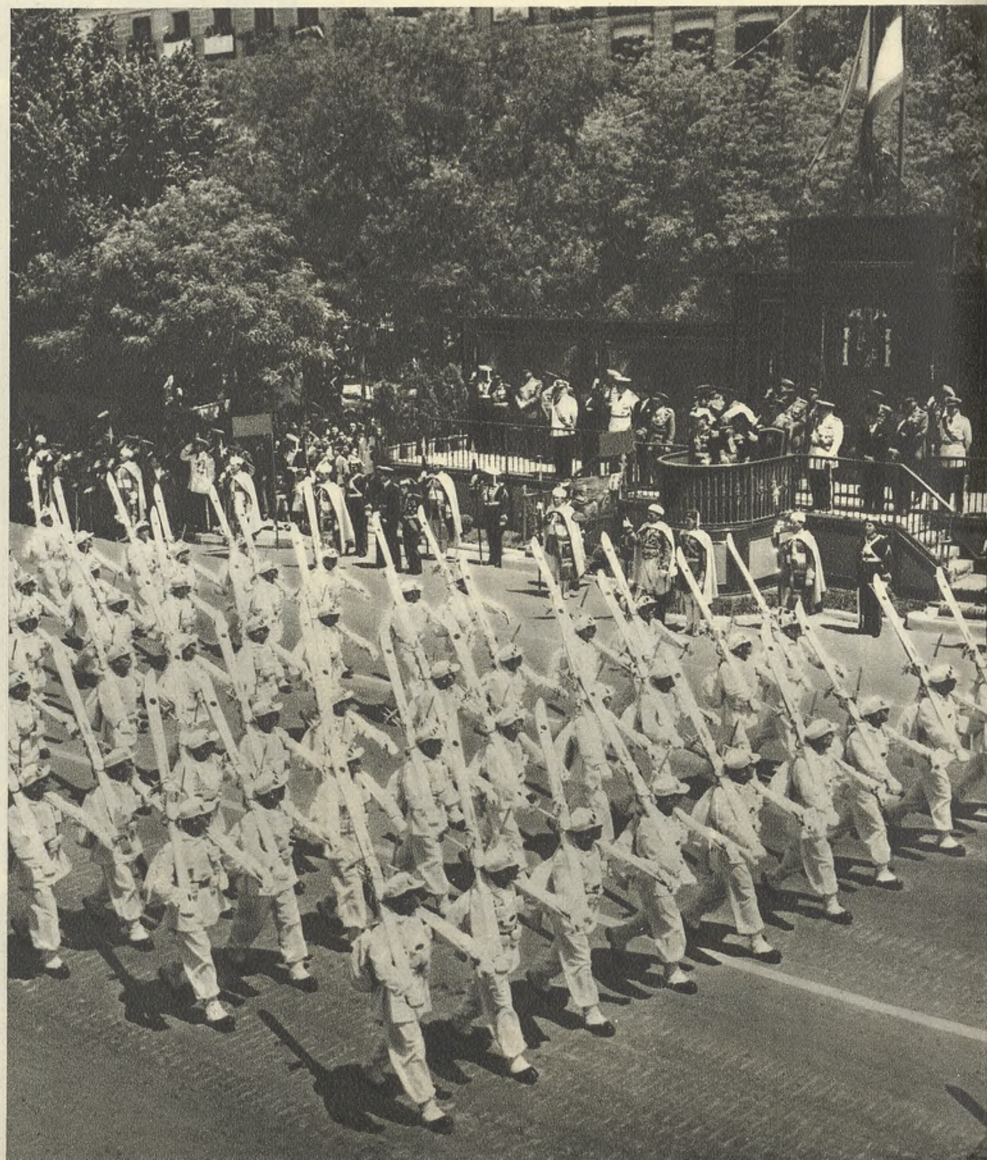


Las Academias Militares, en que se forja el temple de los oficiales españoles, ofrecen este austero e impecable aspecto marcial en su paso de desfile. Su actitud, vigorosa y reposada, carece de estridencia, mas en ella se percibe un fondo tradicional de eternas glorias militares; Toledo, Zaragoza, Segovia, suenan entre estas marchas.

El Ejército español ha adquirido en los últimos años la versión técnica más avanzada, como se demuestra en estas unidades mecanizadas, en las que se actualiza la potencia bélica de la antigua Caballería, que continúa siendo el Arma rápida.



La variedad de terrenos y climatología de la Península determina la necesidad de que nuestras unidades se encuentren sometidas a la conveniente especialización. He aquí la brillante y nítida estampa de las tropas de alta montaña en el desfile.



Sus Excelencias el Jefe del Estado español y el Presidente de la República de Portugal conversan en la tribuna de la Castellana en los momentos que preceden a la iniciación del desfile. La común voluntad de los dos pueblos queda aquí manifiesta y respaldada por la fortaleza y el espíritu del Ejército español que va a desfilar.

La Legión, atezada por el sol africano y portadora de las más legendarias tradiciones de acometividad y heroísmo, desfila con su característico paso erguido y rápido, que parece simbolizar su combativa impaciencia, bien probada en sus gestas.

En esta sucesión de unidades de nuestro Ejército, destaca también el aire, a un tiempo marcial y deportivo, de las compañías de alpinistas. Su equipo, perfectamente adecuado al terreno en que deben actuar, les permite la máxima eficacia.





En un supuesto táctico celebrado en el aeródromo de Cuatro Vientos ante los Jefes de Estado de Portugal y España, intervinieron centenares de paracaidistas, que fueron lanzados por decenas de bimotores de bombardeo fabricados en las factorías españolas de Getafe. La foto recoge los paracaídas dispersándose en el espacio.

En el aeropuerto de Barajas, el general Craveiro Lopes fué despedido con un fraternal abrazo por el Generalísimo Franco. La fotografía nos muestra al Jefe del Estado español en actitud de saludo al escucharse los compases del himno portugués.



El general Craveiro, a la puerta del avión militar portugués que le condujo a Lisboa, se despide con un saludo cordial del Caudillo y las autoridades. Un momento después, el aparato emprendía el vuelo, escoltado por unidades de la Aviación española.



LA HERENCIA DE ELIZABETH II

SERA CORONADA COMO REINA PERO NO COMO EMPERATRIZ

EL IMPERIO HA DESCENDIDO: NOMINALMENTE, A REINO, Y, EFECTIVAMENTE, AL TERCER LUGAR ENTRE LAS POTENCIAS MUNDIALES

POR CARLOS SENTIS



SU GRACIOSA MAJESTAD LA REINA ELISABETH. LA CORONA, QUE UN DIA (D. M.) RECAERA EN SU HIJO, EL PRINCIPE CARLOS, NO ES YA MAS QUE UN SIMBOLO POR EL QUE TODAVIA PUEDEN MANTENERSE BAJO UN SOLO CETRO LAS TIERRAS DEL IMPERIO.

La carroza de oro, vehículo real en el cual viajará la reina de Inglaterra, Elizabeth II, acaba de recorrer las calles de Londres en un ensayo del desfile que se prepara con tanta pompa para el día «C», o día de la Coronación. Pocas veces en la historia moderna se había rodeado de mayor publicidad y mayor número de comentarios un acontecimiento público como la inminente coronación de la reina de Inglaterra, cabeza visible del *Commonwealth* británico. La austeridad inglesa se quiebra algunas veces. Sabe siempre escoger su momento. De cuando en cuando, y casi siempre al servicio de la corona, el Estado inglés, el mejor organizado del mundo, «tira la casa por la ventana».

Presencié, desde las calles de Londres, otro desfile real, que no creo quede muy desmerecido junto al fasto y la grandeza del que va a celebrarse dentro de unos días. Corría el año 1935, y en una tímida primavera, típicamente inglesa, la familia real, las carrozas, los reyes escandinavos y las pelucas blancas de los lacayos y palafreneros, recorrieron, en medio de las voces—apagadas, pero intensas en su conjunto—de los londinenses, las calles de la ciudad de Londres. No se coronaba a nadie aquel día. Se celebraba solamente el jubileo de plata de los reyes Jorge V y María. No revestía, desde luego, la importancia histórica de una coronación. Pero el Imperio inglés se hallaba en un punto en que, a pesar de ser vecino del próximo descenso, y quizá por lo mismo, brillaba con un extraordinario fulgor. Las casacas granates de los «Home Guards» no eran otra cosa que una nota más dentro de la algarabía de colores de los uniformes y trajes, que se recortaban contra el fondo brumoso y oscuro de Londres. La Guardia Montada del Canadá, los lanceros bengalíes, los caballistas de Nigeria, los fusileros del Africa Oriental..., toda la inmensa variedad de razas, colores y latitudes, convergieron sobre Londres en aquella primavera de una paz que posiblemente, por estar ya tan amenazada, todo el mundo quería respirar a pleno pulmón. Será difícil, por no decir imposible, que en Londres se vuelva a ver una exhibición tan portentosa como aquélla. Entonces Inglaterra no sólo era la reina del mar todavía, sino que, sobre la tierra, su preponderancia no había sido abatida por Norteamérica. Los Estados Unidos eran ya más poderosos que Inglaterra en teoría, pero en la práctica todavía no. No tenían un gran Ejército, ni una gran Marina, ni una gran política mundial. Norteamérica tenía todo eso en germen, pero las raíces no habían proyectado las ramas en el espacio. En cuanto a la segunda potencia que había de quitar a Inglaterra hasta su posición secundaria, Rusia, andaba desvaída y algo sonámbula entre las tinieblas heladas de sus estepas.

Entonces los reyes de Inglaterra eran emperadores de la India. Pronto este comentario ha llegado al nudo donde se estrecha—como un ocho—el gráfico de la prosperidad y fuerza del Imperio británico, inseparable de la monarquía inglesa. De entonces para acá, no sólo un imperio, y hasta dos imperios, han tomado la dirección, y aun la contradirección del mundo, sino que para Inglaterra unas ceremonias van a empezar sin el florón de antaño: la India. La India: he aquí el vacío abierto en el breve espacio de dieciocho años. Han pasado muchas cosas en pocos años. Sin embargo, en las calles de Londres algo se apreciará; el virrey de la India no estará presente en Londres, los lucidos uniformes de las tropas inglesas de guarnición indostánica tampoco se verán por ningún lado. Se dirá que el Pakistán y la República de la India forman parte del *Commonwealth*. Pero formar una parte muy lejana del *Commonwealth* es cosa muy distinta de tener el enorme país a la disposición total.

No. Por más que digan las agencias de viajes, por más que la gran Prensa internacional eche sus campanas al vuelo, estoy seguro de que en la atmósfera callejera de Londres no habrá esta vez la alegría del 35. Y no porque haya pasado una guerra, ni porque los bloques de los aviones de Goering abatieran bloques de casas de la *City*, sino porque, allende los mares, gajos enteros de la rolliza naranja británica se han perdido y, sobre todo, porque un hecho descomunal ha conmovido un Imperio en sus mismos cimientos: la pérdida de la India.

Ha hecho falta toda la admirable virtud cívica de los ingleses para remontar los tristes días que acompañaron a la última posguerra. Durante la guerra, y aunque se entrevió lo que después iba a suceder, con las heridas en caliente, los ingleses, luchadores natos, no se dieron cuenta de lo que les iba a ocurrir. El embajador inglés en Madrid, en aquellos mismos días, escribía al Jefe del Estado español una carta en la cual afirmaba que Inglaterra saldría de las hostilidades más fuerte, más segura y dominadora que nunca. Creían algunos en aquel momento que las dudas que sobre ello presentaba el Jefe del Estado español, al profetizar la importancia de los rusos y, por consiguiente, al dudar de la fuerza inglesa en la posguerra, eran palabras inspiradas en un simple





deseo más que en un cotejo de realidades. Pronto se tendría que ver lo certero de las predicciones: Inglaterra entraba en una etapa de privaciones, en algunos aspectos tan duras o más que las de los países vencidos en la guerra.

De esa atmósfera de postración, de dureza y privaciones, parece que se quieren levantar los ingleses, al menos por unos días, al colocar sobre la abundante cabellera de su joven reina la prestigiosa corona de los Estuardos y de los Hannovers.

Cuatro reyes han desfilado en Inglaterra—aunque no todos coronados—desde aquella otra primavera de hace dieciocho años. El rey Jorge V, que tenía que morir a los pocos años; el rey Eduardo VII, que tenía que sobrevivir, en permanente turista de trasatlántico, a su efímero paso por el trono inglés; Jorge VI, el rey que tuvo que soportar el peso de su corona bajo las bombas alemanas, y, finalmente, la joven Elizabeth II, quizá la más popular—por ser mujer—entre las testas coronadas que en tan pocos años se han sucedido en Buckingham Palace.

Cuando la vi, en 1935, desfilar por las calles de Londres, era una niña que, junto con su hermana, montaba una de las carrozas secundarias. No estaba todavía en la línea inmediata de sucesión, aunque su popularidad entre los londinenses era ya notable. En aquel momento, el príncipe de Gales arrastraba todas las miradas. Era la figura del día. Su inmenso éxito debía acabar, también al compás de la declinación británica, en un discreto pasar digno y modesto. Después he visto varias veces más a la reina Isabel. El día en que la guerra terminó, en el balcón de Palacio. La última, en la pasada primavera, mientras, tras los visillos de su residencia privada, veía desfilar el cambio de la guardia. Siempre la he visto con una sonrisa velada de melancolía. Nunca jamás con aquella sonrisa de su niñez, en medio de un Londres lleno hasta rebosar de gentes venidas de un enorme Imperio, completísimo y atiborrado como una granada que va a estallar...

* * *

Algunos periódicos hablan del pesadísimo uniforme que deberá llevar la Reina durante la ceremonia de la coronación. Otros hablan del peso material de la corona.

Pero la sonrisa melancólica y algo velada de Isabel II parece sostener otro peso moral que gravita sobre la corona, que, heredada de las manos de su padre, deberá pasar en su día a las de su hijo, el príncipe Carlos.

Educada en el estudio de la Historia, la reina de Inglaterra conoce como pocas gentes las glorias y las servidumbres del Imperio. Conoce la curva ascendente, que marcó su apogeo con el reinado de su ilustre tatarabuela, y no se le escapa la curva de descenso, que se inició en los mismos años de su infancia. ¿Cuál es, comparativamente, el aspecto que presenta el Imperio británico hoy con relación al de los días de la otra última reina Victoria? Las diferencias son enormes y menos visibles en lo aparente que existentes en lo real. Lo malo del Imperio inglés no es la situación difícil que vive en la actualidad. Lo peor es el aspecto ineluctable del descenso o decadencia, que en los imperios, cuando se inicia, devienen en una marcha casi siempre irremediable. Por más errores que cometa el Gobierno americano y sean sus rectores inteligentes o no, Norteamérica avanza en su progresión, ininterrumpidamente ascendente. Como un adolescente de diecisiete años, tiene por delante toda una vida, y por más errores que cometa—errores de juventud—, el futuro le pertenece. En Inglaterra, por el contrario, aunque se disponga de inmejorables gobernantes, de estudiosos y experimentados jefes políticos, el proceso de descenso parece tan irremediable como el que tiene ante sí una persona de sesenta años, que, por más inteligencia y experiencia que posea, está abocada a la senectud y a la decadencia.

Constituyen una exhibición de inteligencia política, que nadie regateará, las sucesivas medidas que para retrasar la decadencia imprime el Gobierno inglés. A pesar de ello, y acelerado por la última guerra, el Imperio ha sufrido un bajón indisimulable. Por primera vez los europeos—continentales—han visto a los ingleses pobres. A los ingleses buscando hoteles y fondas baratas. A los ingleses mal trajeados y estudiando los menús de los pequeños restaurantes y tabernas.

El *Commonwealth*, que, como la propia Inglaterra, se rige sin Constitución, sin leyes escritas, tiene una elasticidad que le permite encajar las decisivas pérdidas y demoliciones. Resistente en dos o tres puntos esenciales—Australia, Nueva Zelanda y Canadá—, ha pasado a peligrar en múltiples puntos del planeta. La misma extensión del Imperio británico—dentro del *Commonwealth* o fuera de él—era entonces la prueba más clara de su potencia. Por lo mismo, hoy, la dispersión de estos territorios da ocasión a que, sucesivamente o a la vez, las amenazas y peligros se reproduzcan aquí y allá, sin que desde Londres se pueda acudir a tantas partes distintas y a un tiempo. Durante la guerra las distintas partes del Imperio estaban amenazadas por las armas. Pero en la paz no es ya sólo Rusia quien monta una guardia armada en las fronteras del mismo. El peligro no le viene sólo a Inglaterra si estallara una guerra. La amenaza para ella existe incluso bajo el reino de la paz. Norteamérica, aun sin proponérselo, representa una amenaza económica sobre aquellas partes del Imperio que, colocadas bajo la influencia del dólar—por leyes geográficas y físicas superiores a toda consideración—, van cayendo bajo el influjo de *Wall Street* para, poco a poco, sentir la brisa política que sopla en la caliente Wáshington.

En la época tan bien llamada elizabetiana, Inglaterra inició su expansión. Esta nueva era elizabetiana, ¿significará la regresión? Es inútil repasar lo que significó aquella expansión en el tiempo de la primera reina Isabel, montada toda ella contra España. Ultimamente ha aparecido un libro de sir Drummond Shiels, titulado *El Commonwealth británico, familia de pueblos*, en donde el reino de la primera reina Isabel se expli-

LA PRINCESA MARGARITA, JUNTO A SU HERMANA, LA REINA ISABEL, ROMPE A VECES EL TRADICIONAL PURITANISMO DE LA CORTE, COMO EN ESTA OCASION, EN QUE FUMA UN CIGARRILLO DURANTE LAS PRUEBAS HIPICAS DE BADMINTON.



PARA EL PUEBLO DE INGLATERRA, LOS ENSAYOS REPETIDOS DE LAS FIESTAS DE LA CORONACION FUERON COMO UNA CAJA DE RESONANCIAS DE LAS GLORIAS DE UN IMPERIO QUE YA PRESIENTEN ACABADO. LA CARROZA REAL SE ENTRENA.

EN LA PLAZA DEL PARLAMENTO SE LEVANTAN TRIBUNAS PARA PRESENCIAR EL PASO DEL CORTEJO. TODA LA VIEJA Y RUTILANTE TRADICION DE UNA HISTORIA QUE SE DESVANECE, VERAN PASAR DESDE AQUI LOS SUBDITOS DE LA REINA EN ESTA FECHA.

ca casi únicamente en función del ataque contra España y su Imperio perpetrado por Hawkins y del inolvidable—para nosotros en muy distinto sentido que para los ingleses—Francis Drake, elevado a la nobleza por la reina Isabel por sus interminables bandidajes contra España.

Detrás de Drake cabría citar a sir Walter Raleigh, Richard Grenville, sir Humphrey Gilbert y otra serie de «nobles» piratas. Aunque no nos lavemos las manos como Pilato, observando la Historia desde aquellas no tan lejanas fechas del siglo XVI, podríamos decir nosotros los españoles: «Venciste, Galileo.» Somos objetivos ante todo, y como tales hoy reconocemos que esa admirable cadena del *Commonwealth* que entonces se forjó se desfibra por todas partes. Ultimamente se había dicho que Inglaterra sustituiría la pérdida de la India con el incremento del Africa Oriental, donde la colonia de Kenya ofrecía unas posibilidades casi similares a las que proporcionó la India durante la época victoriana. Mas hace unos meses hasta esta promesa tan optimista parece definitivamente empeñada por el movimiento llamado Mau Mau, que ha ensangrentado Nairobi y los paisajes de sus alrededores. Influenciados o no por la Embajada rusa de Addis Abeba, los negros del Africa Oriental, hasta ahora incontaminados de nacionalismo o de rebelión, se han sublevado contra los ingleses como lo hicieron antes los birmanos, los malayos o los indios. Conflicto grave en Egipto, pérdida de las posesiones de China, pérdida de posiciones políticas y económicas en el Próximo Oriente, Inglaterra, tras ellos, apunta, como otros tantos problemas, los nombres de sus posesiones. Las islas Malvinas la enfrentan con Argentina, como Chipre la enfrenta con Grecia, Malta con Italia y, sobre todo, lo que a nosotros nos interesa, Gibraltar, *(Pasa a la pág. 62)*

LA CARROZA QUE CONDUCIRA A LA REINA EN SU CORONACION ESTA YA A PUNTO, DESPUES DE HABER PERMANECIDO RESTAURANDOSE MAS DE TRES AÑOS.



ACASO FUE LA PRECAUCION UNO DE LOS PILARES EN QUE MAS FIRMEMENTE SE ASENTO EL IMPERIO BRITANICO. CONSCIENTE DE ELLO, LA POLICIA SE ENTRENA CON MUCHOS MESES DE ANTICIPACION PARA CONTENER LOS EMBATES MULTITUDINARIOS.

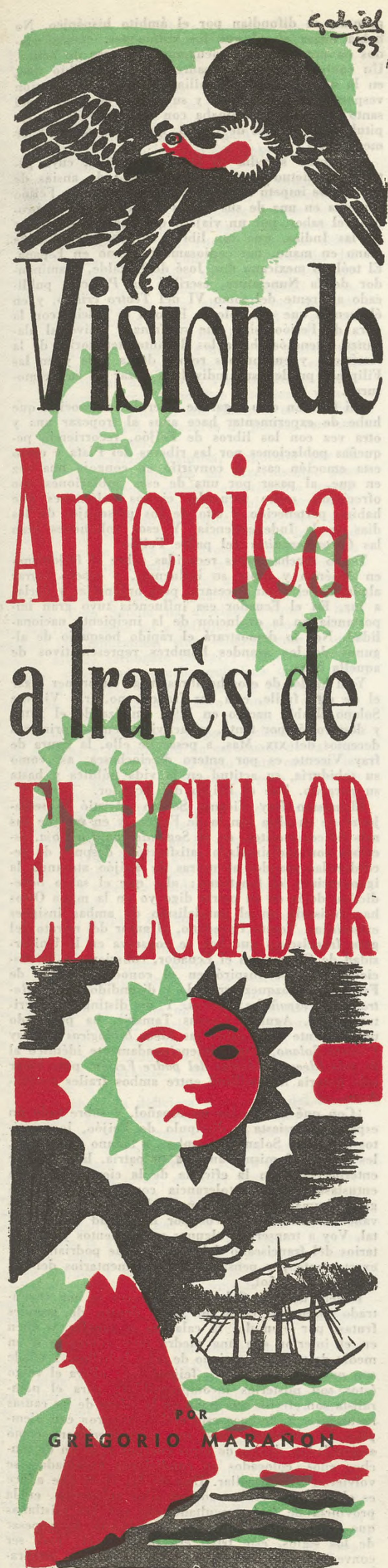




LOSCERTALES S.A.
MUEBLES BRONCES
DECORACION
MADRID



HOTEL
PARIS
ALCALA, 2
MADRID



Esta conferencia tendrá tres partes. En la primera trataré de justificar, como aconsejaban los preceptistas clásicos, por qué he venido a hablar de este tema. En la segunda diré cómo veo al Ecuador en el siglo crítico, que fué, para él y para toda América, el XVIII. En la tercera, muy breve, me referiré al panorama de la América del Sur, a través de una de sus naciones representativas, como el Ecuador.

I

Dentro del gran amor que guardo para todos los países americanos, tengo una deuda especial con el Ecuador. En horas espinosas de mi vida, recibí de los amigos ecuatorianos—a muchos de los cuales no he podido estrechar la mano todavía—mensajes de apoyo y ofrecimientos que dejaron huella imborrable en mi memoria. Dentro todavía de esos tiempos dudosos, el Gobierno del Ecuador me concedió una distinción, honrosísima y perdurablemente agradecida.

Por todo ello, cuando el ilustre embajador de la República ecuatoriana me hizo el honor de sugerirme esta conferencia, la acepté como un jubiloso deber y he venido a cumplirlo, a sabiendas de que carezco de especial competencia para discurrir sobre aquel país, remoto en la geografía, próximo en el amor.

No tengo, pues, que excusarme de que en cuanto voy a decir no haya datos nuevos. Yo he venido sólo a responder a un mensaje de amistad, a decir aquí, en público, lo que digo muchas veces en mis cartas a los amigos de allá, o lo que pienso, sin decirlo, en tantas y tantas ocasiones, cuando una conversación o una lectura referentes al Ecuador surgen en el tráfago de mi vivir.

Y, en definitiva, ¿no serán los mejores estos comentarios espontáneos, cálidos, exentos de la preocupación erudita que ha engolado, y a veces esterilizado, a tantos hombres de nuestro tiempo? Yo pienso que sí. Soy un coleccionador insaciable de libros de viajes y sé que las visiones de otros países, que después de su lectura perduran en nosotros, son siempre aquellas concebidas y expuestas con el criterio elemental del naturalista ante una flor: exponer lo que se ha visto, como si lo visto acabara de nacer, y expresarlo con el lenguaje que empleamos cuando hablamos a todos y no cuando pensamos en el grupo de los entendidos, preocupación que ha malogrado a tantos escritores.

Por eso digo que el que quiera tener una impresión de América, fresca, oreada, virginal, que lea a uno de los viajeros naturalistas y no eruditos; por ejemplo, a Humboldt. *Ein Beitrag zur Physiognomik der Natur* es el subtítulo de uno de sus libros, aquel en que precisamente describe a Quito y su región. Y en ese subtítulo está expresada toda la pedagogía de una época, a la que tendremos que volver, me atrevería a decir que por prescripción facultativa, para descansar del confuso y pedante cientifismo de hoy. Estudiar, como Humboldt, la fisionomía de la naturaleza y describirla con la minucia y el amor y con la naturalidad con que se describiría el rostro y el cuerpo de la mujer amada, equivale a penetrar hasta las entrañas de esa naturaleza, equivale a poseerla, que es la forma integral de conocerla. Los estudios fisionómicos fueron uno de los grandes y representativos caracteres del siglo XVIII. El empeño de Humboldt de ver en la fisionomía de un país la totalidad de su ser, revela una concepción patética de la forma como trasunto del alma. Y fué necesaria la pedantería que, como lastre inevitable de su progreso, nos trajo el siglo siguiente, el XIX, para que la fisionomía de las cosas se considerara como una trivialidad, confundiéndola con lo superficial. Error gravísimo, porque la fisionomía es, como pensaban Humboldt y sus contemporáneos, la proyección de lo más recóndito que tiene la vida efímera de los seres vivos y la vida perdurable de lo geográfico.

En verdad, la cara, la fisonomía, es, como dice el refrán, el espejo del alma en todo lo que existe. Por eso es significativo el que Humboldt titulase sus estudios sobre el cosmos como exploraciones de la fisionomía de la naturaleza. Quito, rodeado de volcanes, era para él una prodigiosa faz, a la que se asomaba el alma múltiple del Continente Nuevo.

No en vano era Humboldt amigo, más que amigo, casi prolongación, del hombre representativo de la mentalidad del siglo XVIII, de Goethe. Humboldt se me aparece siempre como un maravilloso tentáculo que, desde Weimar, tendía hacia las tierras lejanas Goethe, el último superhombre de la Historia, símbolo del imperio de la individualidad humana y, por tanto, de la perfección humana, que sólo fué posible antes de la Revolución francesa. La Revolución hizo, sin proponérselo, que la individualidad humana saltase en pedazos para fundirse en la masa sin forma de la multitud. No juzguemos ahora si esto fué un bien o un mal y si pudo o no evitarse. El hecho es que fué así y que después de Goethe todos los grandes hombres han tenido su individualidad mediatizada o por la masa o por los tiranos.

II

Las reflexiones anteriores parecerían inútiles, pero en realidad conducen el pensamiento al Quito y al Ecuador que yo quiero rememorar esta tarde, al Ecuador de Humboldt, al Ecuador del siglo XVIII. Hablo bajo los auspicios de mis amigos del Ecuador, pero me dirijo a españoles. Y ello me autoriza a referirme a personas y a cosas que son familiares a los americanos, pero que los españoles sólo conocen a medias.

Es absolutamente seguro que el americano conoce al europeo mucho mejor que el europeo al americano. Y que el suramericano conoce a España mucho mejor que el español a Suramérica. Por eso creo que la gran labor del Instituto de Cultura Hispánica, empeñada en enseñar al español las cosas de América, los libros americanos y los hombres que los escribieron, es una labor decisiva; y aunque hubiera reparos que ponerle, si los hubiere, sería injusto detenerse en ellos y no reconocer su ímpetu por establecer el único lazo de la nueva y definitiva relación entre ellos y nosotros, que es el lento y profundo conocimiento mutuo a través de la obra de los dos.

Yo voy a comentar esta noche, para los españoles que me escuchan, algunas de las figuras representativas de la época aludida, la dieciochesca; y la elijo porque, de por sí, es como otras veces se ha dicho, la etapa decisiva de las naciones americanas. El espíritu nacional americano se forma y adquiere su madurez en esa centuria. Y basta el hecho de su madurez para explicar la independencia.

Todo pueblo es una entidad viva y, por serlo, está sujeto a un ciclo constante. Este ciclo pasa siempre por las mismas etapas: familia, país, nación. Los núcleos iniciales, las familias, se reúnen para formar el país: el país que todavía no es nación, pero que tiene una estructura más fuerte que la nación, la estructura perdurable que dan los cuatro factores de creación social: la geografía, la religión, la tradición y la lengua. El país es, por tanto, indestructible, como la propia familia, a la que prolonga, y es la primera y más pura expresión de la patria. No obstante, el país puede estar sojuzgado o sometido a otra nación antes de ser él nación.

La nación, a pesar de la literatura que la envuelve y glorifica, es, en realidad, una entidad artificial, no necesariamente sujeta a límites naturales ni formada por gentes de las mismas costumbres y tradiciones, de la misma religión y de la misma lengua. Pero a pesar de su artificiosidad, y a veces de su arbitrariedad, a pesar de los cambios que pueden ocurrir en su territorio, en los modos de su gobernación e incluso en su religión, cambios que no ocurren nunca en el país, que es siempre igual a sí mismo, la nación es, digo, la aspiración suprema, en lo político, de las colectividades humanas, porque la nación supone, necesariamente, la independencia. Una nación esclavizada no funciona como tal nación hasta que recobra de nuevo su libertad. Mientras que un país esclavizado sigue siendo tan país como cuando era libre.

Por eso, cuando el país madura, siente la necesidad de convertirse en nación libre y acaba siempre por lograrlo. La lección de la Historia es, en este punto, definitiva. No hay poder grande ni chico que, al cabo de más o menos tiempo, pueda impedir a un país maduro ser dueño de su destino, esto es, adquirir la categoría de nación. En Europa los países conglomerados artificiosamente durante varios siglos por las conquistas o por los matrimonios regios, para formar los grandes imperios, que estaban aún en pie en el siglo XVIII, se fueron independizando en cuanto adquirieron la conciencia de su nacionalidad. Lo mismo les ocurrió después a los países de América. Y hoy asistimos al comienzo de la independencia de muchos de los países que están todavía sometidos. Sólo los países inmaduros, por incultos o por decrépitos, seguirán, y no por mucho tiempo, en la situación de dependencia.

En el siglo XVIII maduró el espíritu nacional en todos los países americanos, preparándose para su separación de las grandes potencias europeas. Y el espíritu de este siglo quedó para siempre grabado en la evolución americana. En algunos de los países de América los episodios de la liberación, largos y complejos, cambiaron mucho la biología nacional, desvaneciendo una parte de su sentido dieciochesco, de lo que Humboldt hubiera llamado su fisionomía dieciochesca. Pero en la mayoría de esos países, con pubertad más rápida, el perfil de su juventud perdura, como en los hijos muy parecidos a sus padres. Basta mirarlos a la cara para saber hasta qué punto corre por sus venas la generosa sangre del siglo XVIII. En este caso están las repúblicas que formaron otrora el virreinato del Perú y de Nueva Granada.

El interés por el siglo XVIII americano se acrecienta porque nos ayuda a conocer el XVIII español, el peor interpretado de nuestra Historia moderna. Esta mala interpretación se debe a que la visión del siglo XVIII ha sido enturbiada por el prejuicio de que en él se engendraron los sucesos revolucionarios que empezaron en Francia y acabaron por invadir a todo el mundo. He dicho *prejuicio*, a conciencia de que estoy en lo cierto y de que esta certidumbre despeja uno de los grandes equívocos de la Historia contemporánea.

Fijémonos bien en esto. En la sucesión de los hechos históricos cada cosa que ocurre es hija del pasado por la razón perogrullesca de que sin el pasado no existiría el presente. Pero la responsabilidad de la herencia no está vinculada al hecho de la herencia misma. La Revolución francesa ocurrió porque tuvo que ocurrir, porque venía engendrándose, no desde el siglo XVIII, sino desde dos siglos más atrás. El jacobinismo, que fué el fruto típico de la Revolución, fruto recusable por su disfraz de liberalismo, siendo, como fué y es, radicalmente antiliberal, venía de muy lejos, y el historiador atento le ve atravesar el siglo XVIII como una flecha emponzoñada, pero no nace en él. No es hijo del siglo XVIII, sino más bien su negación.

El espíritu del XVIII, antes que lo frustrara la Revolución, representa en la historia del mundo el más logrado esfuerzo de la civilización genuinamente humana y me atrevo a decir que cristiana. Y si en Europa fué como una cima más, en su accidentada historia, llena de altibajos, en América coincidió, como un primer amor, con la juventud de las nacionalidades y dió a esta juventud, de un modo directo y sin reservas, toda su espléndida sazón.

En España, abatida entonces por los reinados de los últimos Austrias y por la Guerra de Sucesión, el impulso renovador del siglo XVIII tuvo también un cierto sentido de resurgimiento espiritual, paralelo al de América, aunque fueran las consecuencias políticas diametralmente opuestas. Este resurgimiento español, todavía no suficientemente estudiado y comprendido, está representado por un hombre extraordinario, el padre Feijóo, cuyo eco en América y, desde luego, en el Ecuador fué fundamental.

El padre Feijóo significó en las Españas de los dos continentes todo esto:

Primero, el profundo amor a la patria compatible con el afán de universalización, con la crítica valerosa de las limitaciones nacionalistas.

Segundo, la fe en la ciencia, compatible con la dura crítica de nuestro atraso científico.

Tercero, el afán de claridad y de sencillez frente a la pedantería aparatosa y vacía de los sabios oficiales.

Cuarto, el respeto a la santa libertad del pensamiento, compatible con una rigurosa ortodoxia social, con la negación de todo progreso que no fuera evolutivo y disciplinado, con la negación sistemática, por tanto, de la revolución.

Quinto, en fin, la fe religiosa inmaculada, compatible con la batalla ardiente contra el fanatismo.

Por estas mismas cinco razones soy un apasionado de Feijóo. Y si de algo me envanezco en la vida, es de haber contribuído con mi entusiasmo a recordar a los españoles y a los americanos de hoy lo que fué y lo que representó el padre Feijóo y el feijonismo.

Porque puede hablarse de un feijonismo, de una verdadera doctrina, sobre la que gravitó una de las épocas críticas del mundo español.

Para mí, a este feijonismo se debe lo mejor de lo que después ha ocurrido y de lo que se puede esperar en España y en América.

Todo esto, que parece ajeno a mi tema de esta noche, no lo es; es el camino que nos conducirá al Ecuador. Pero antes de llegar a él hay que detenerse un momento más en el feijonismo.

Sobre la eficacia del feijonismo en España nada he de añadir a lo que escribí en un libro dedicado al gran benedictino. Sin Feijóo es difícil comprender, tal como fué, a Jovellanos, la gran figura española de la articulación entre los siglos XVIII y XIX, y sin Jovellanos no se concebirían los grandes gobernantes o tratadistas políticos del siglo XIX, los que tuvieron un sentido universal, desde Cánovas y Castelar a Balmes y Donoso Cortés.

Todavía hoy, a pesar del tiempo transcurrido, todas las malandanzas recientes de la política española equivalen a olvido de los grandes principios de Feijóo, y sólo ateniéndose a ellos se vislumbra el progreso futuro.

La influencia del feijonismo en América fué también muy importante y no ha sido estudiada todavía. La semilla de sabiduría y de comprensión de Feijóo voló sobre el mar y cayó en América, en el momento propicio, a la vez que aquí. Es sabido que ningún otro libro español tuvo entonces, y casi puede decirse que nunca, la inmensa difusión y popularidad de los volúmenes del *Teatro crítico* y de las *Cartas eruditas*. Las copiosas ediciones, según salían de las prensas, se difundían por el ámbito hispánico. No había hogar en el que los volúmenes, encuadernados en pergamino, no ocuparan un lugar de honor. Un contemporáneo del padre maestro escribió que, en la mayoría de las familias españolas, la reunión vespertina con su rosario y su lectura de la vida del santo del día se terminaba con la lectura de un capítulo de las obras de Feijóo, que muchas sabían de memoria.



Lo mismo sucedía en la vida colonial, cuya patriarcal quietud empezaba a turbarse de ansias de saber y de ímpetu de libertad. El mismo padre Feijóo comenta en una de sus *Cartas* la alegría que le produjo el saber, por un viajero que acababa de llegar de las Indias, que sus libros corrían por allí, de mano en mano, tan copiosamente como en España. El teólogo mexicano don José de Elizalde, examinandor de la Nunciatura, escribió un *Parecer*, publicado al frente del tomo VI del *Teatro crítico*, y en él leemos que «no sólo la Europa se deleita con la obra de Feijóo, sino que su fama y universal alabanza extendióse hasta los distantes territorios de la América; y en muchos reinos de la Asia y en las Filipinas pueden sus individuos gozar de su hermosura».

Así fué. En otro lugar he referido la emoción que hube de experimentar hace años al tropezar una y otra vez con los libros de Feijóo, recorriendo pequeñas poblaciones por las riberas del Plata y cómo esta emoción casi se convirtió en congoja una vez en que, al pasar por una de esas poblaciones, me ofrecieron, como recuerdo, ciertos volúmenes que habían pertenecido a uno de los personajes de los días de la Independencia. Y esos volúmenes eran las *Cartas eruditas* del padre Feijóo.

Tengo muchas notas recogidas sobre el feijonismo en América y sobre su influencia, y espero lograr algún día el vacar necesario para ordenarlas y darlas a luz. En el Ecuador esa influencia tuvo gran importancia en la evolución de la incipiente nacionalidad. Nos lo demostrará el rápido bosquejo de algunos de los grandes hombres representativos de aquella hora.

Y al hablar de esos hombres surge en primer lugar el de otro fraile, esta vez franciscano, fray Vicente Solano. Había nacido en 1792, finalizando el XVIII, y desarrolló, por tanto, su actividad en los primeros decenios del XIX. Mas, a pesar de ello, la figura de fray Vicente es por entero dieciochesca, así como su sabiduría, su actitud en la vida pública y hasta su pergeño. Fué el Feijóo del Ecuador.

El mismo fray Vicente Solano advirtió la semejanza de su obra con la de Feijóo, y en uno de sus más felices escritos, en el *Segundo viaje a Loja*, escribía con indisimulada satisfacción, después de recordar las grandes aventuras de Feijóo atacando la ignorancia y el fanatismo: «Lo que el sabio benedictino decía en su patria digo yo en la mía.» Otros han insistido en el paralelismo de ambas insignes existencias. Tomás Povedano, el autor del retrato del gran franciscano que hoy se conserva en la Universidad de Cuenca, en el Ecuador, consciente o inconscientemente se inspiró en el conocido retrato de Feijóo, de Vázquez, grabado y difundido en los *Retratos de españoles ilustres*. Y un distinguido escritor actual, Agustín Cuevas Tamariz, ha publicado un excelente libro osbre las *Ideas biológicas de fray Vicente Solano*, rótulo intencionadamente idéntico al de mis *Ideas biológicas del padre Feijóo*, para hacer más notoria la similitud entre ambos frailes renovadores.

¡Con qué deleite lee un español, y sobre todo un español entusiasta y discípulo de Feijóo, los escritos del padre Solano! A ambos, a Solano y a Feijóo, les inspira el mismo amor a su patria, la misma fe enternecedora en la eficacia de la ciencia, idéntico entusiasmo por la tolerancia como base del progreso humano y pareja necesidad de sustituir los vanos sistemas filosóficos por la verdad experimental. Voy a transcribir algunos pensamientos y comentarios del franciscano del Ecuador que podrían pasar exactamente por pensamientos y comentarios del benedictino español.

Refiere una vez Solano que a veces se han encontrado animales, como el sapo, dentro de grandes frutas, por ejemplo, la calabaza o zapallo, o bien en el interior «de una piedra muy compacta o en medio de un muro antiguo de cal y ladrillo». Y añade con palabras exactamente feijonianas: «Para el vulgo éstos son misterios incomprensibles; para el naturalista son efectos que están en la esfera de las causas naturales.» Y deshace este «falso milagro» con ejemplos de gérmenes vivos que permanecieron, como adormilados, dentro de otros cuerpos y, al fin de muchos años, colocados en condiciones apropiadas, se volvieron a desarrollar. Uno de los casos que aduce es el del trigo encontrado en silos milenarios, en la provincia de León, ocultado allí por los cristianos que huían ante la invasión musulmana, y, a pesar de los siglos, este trigo era todavía apto para ser convertido en harina y en pan y para ser sembra-

do y para germinar. ¡Cuidado, por tanto, con tomar como milagros simples hechos naturales! Aunque la meditación sobre estos hechos naturales revele una vez más el infinito poder divino. Todo lo que vive es perpetuo milagro. El brote de una flor entre millones de flores o el prodigio de una aurora entre millones de auroras obedecen a causas naturales; pero el dedo de Dios está en ellos y muestra su omnipotencia como cuando tocaba los ojos del ciego en el Evangelio y le hacía ver.

El padre Solano siente, como Feijóo, como todos los hombres inteligentes de su época, la maravillosa fruición de no creer en los hechos porque se los cuenten, sino sólo cuando la propia experiencia los confirma. Hoy no nos damos cuenta de lo que debió representar para aquellos hombres la iniciación del método experimental. Habían aprendido de los pensadores clásicos, como Bacon, como nuestro Vives, como Descartes, que de tejas abajo no hay dogmas. Cada presunta verdad puede ser verdad o ser un error. Por los fueros de su inteligencia el hombre debe estar siempre dispuesto a dudar. La santa duda engendra la razón. Los que temen a la duda es que, en el fondo, tienen miedo a la verdad. Dudar puede ser una angustia, pero el hombre inteligente ama a esta angustia, de la que se sale siempre, como salen del fondo del mar los pescadores de perlas, con una idea nueva en la mano.

De esta observación rigurosa, depurada por la duda, que tiene el valor de un experimento, pasa Solano al experimento mismo, experimento pequeño, casero, pero iluminado por la misma gracia de los grandes hallazgos de los genios. Habla, por ejemplo, del río Matadero, que corre cerca de la ciudad de Cuenca, donde estaba su convento, y le dedica este apóstrofe, que parece salido de la pluma de Feijóo: «Este nombre de Matadero es el más adecuado a sus efectos nocivos», porque su agua sienta mal a cuantos la beben. Pero Solano ha averiguado que la malicia del río se debe no a influjos misteriosos, como suponen los ignorantes, sino sencillamente a que contiene mucho carbonato de cal y caparrosa verde. He aquí, agrega, «la prueba química» que lo asegura: «En un vaso de agua (del río Matadero) he echado un poco de ácido oxálico y me ha dado un principio de cal o más bien de oxalato de cal. Me ha causado admiración ver proporcionalmente la cantidad de agua y la cantidad de carbonato de cal que en ella se contiene.» Todo el siglo XVIII, con sus laboratorios de química rudimentarios, pero origen de los maravillosos de ahora, está aquí.

Los prodigios de la naturaleza que le circundan embriagan a nuestro franciscano y le mueven a alabar la tierra americana, en la que basta salir unos pasos de la ciudad para gozar de la inefable dicha de poder descubrir. Y refiere sus hallazgos con emoción poética a veces de calidad excepcional. Dice una vez por ejemplo:

«La tristeza después del amor, según la observación de Aristóteles, "no sólo se verifica en los animales, sino también en las plantas. El cáliz, los pétalos y todo lo que servía para cubrir y conservar los órganos de la generación de la flor se marchitan y desaparecen poco a poco, a medida que estos órganos han ejecutado la grande obra de la naturaleza. La flor se destruye y al ovario sucede un fruto, como en el animal después de la generación surge el embrión, el hijo. Todo esto encanta al que sigue la marcha de la naturaleza y el poder y la sabiduría del Creador."»

He aquí ahora la deliciosa descripción del hornero, el pájaro amado de Martín Fierro: «Hay en Loja un pájaro que llaman yaganchi. Los naturalistas españoles le dan el nombre de hornero como alusión al nido que hace de barro en figura de horno. Es del tamaño de un tordo, de color bermejo en la espalda y blanquecino en la garganta. Tiene el canto agradable. El macho y la hembra viven en sociedad perpetua. Aunque muchas aves hagan sus nidos de barro, como la golondrina o el vencejo, el hornero es notable tanto por la singularidad de su obra como por su solidez y artificio. Trabaja en unión de la hembra y me han dicho que convida a otras de su especie para el trabajo... En las cercanías de los ríos de Loja raros son los árboles que no tengan un nido de los horneros.»

Y véase su canto a los ojos del hombre, conmovedoramente dieciochesco: «¿Qué diremos—exclama— de la vista del hombre? Es verdad que sus ojos no son telescopios, como los del águila, ni microscópicos, como los del caballo. Pero tiene otras recompensas. El hombre ha sido creado para la ciencia, y si todo lo viese se acabaría su espíritu investigador, le causaría hastío el espectáculo de la naturaleza y sería el ser más desgraciado. Descubriría peligros en el aire, en la tierra, en todos los elementos. El queso que come, el agua que bebe, no sería más que un conjunto de insectos abominables si el hombre tuviese una vista microscópica. Su cuerpo mismo le causaría horror al verlo transido de poros y recubierto de escamas.»

Es curioso que estos comentarios fueron rigurosamente reproducidos por nuestro don Santiago Ramón y Cajal en una de las narraciones de su libro *Cuentos de vacaciones*, en la que describe a un sabio que acierta a colocar en sus ojos lentes de microscopio y muere de terror al descubrir los millones de microbios que nos acechan en el aire que respiramos y en el agua que bebemos, para los que, por la gracia de Dios, es ciega nuestra retina normal. Puedo asegurar que Cajal no conocía la obra de Solano. Es este, pues, un ejemplo más, entre los muchos que pueden recogerse, de coincidencia de la misma idea en cerebros lejanos y sin relación entre sí, cuando un mismo clima espiritual los baña y fecunda. Para ese clima espiritual somos los hombres maleables como la cera. El pulgar genesíaco del tiempo en que vivimos se imprime sobre el espíritu humano haciendo iguales a hombres que ni se conocen ni se verán jamás. En los Elíseos Campos, si allí hay humor para las bagatelas, será curioso ver enfrentarse al fraile de la Cuenca ecuatoriana y al histólogo aragonés. ¡Qué dos seres en apariencia más remotos! Pero coincidieron en sus ideas porque tuvieron el clima común, la misma ansia de infundir la razón y la ciencia en sus respectivas patrias.

Consigno también la coincidencia de Solano y de Feijóo en un detalle de cultura urbana que anoté en mis lecturas por referirse a Toledo. Feijóo, hablando de Toledo, decía irónicamente que era la más pulcra ciudad de Castilla porque, gracias a que todas sus calles están en cuesta, las fregaba la lluvia, cuando tenía a bien llover. Y Solano repite lo mismo de Quito recordando la frase del doctor León y Carcelan de que «No hay más policía en Quito que el aguacero.» «En efecto—añade el buen fraile—, las lluvias son allí copiosas y tienen la facilidad de limpiar las calles por hallarse la ciudad en un plano inclinado.»

No tendría fin este paralelo. El padre Solano, como el padre Feijóo, tenía la visión de que el porvenir del mundo era el trabajo. Lleno de fervor encomia las poesías de Pichat, populares en su tiempo, olvidadas hoy, porque el sentido presocialista de aquellos mediocres versos ha sido superado. Pichat ponía en boca de Dios estos apóstrofes a los hombres: «Trabajad, porque viviendo vuestra vida de obreros vivís toda la vida; el trabajo lo es todo, es la fe, el culto y la oración... Nada de lo que he creado puede compararse en grandeza a la mano y al brazo que trabaja.» Los comentarios del franciscano son del más puro roussonismo: «Esta sí que es poesía—dice—, poesía de acción, de creación. El poeta llega hasta el origen fecundo y vivo del pensamiento militante: es poeta y pensador.» Esta idea del socialismo cristiano fué una de las creaciones del siglo XVIII. La rompió la revolución europea amputando al obrero la religión. El trabajo, como musa, se desvaneció y surgió la poesía romántica, que es el último esfuerzo del hombre por salvar al hombre ante la masa. Lo típico del romanticismo es que los problemas más íntimos del poeta adquieren en sus versos categoría de acontecimientos. La multitud no existe para el romántico. No erraban los extremistas de cincuenta años después cuando consideraban como burgueses y enemigos de la revolución a los románticos, a pesar de su aire iconoclasta y de sus vestidos desastrados.

Con ternura especial me despido del padre Solano recordando sus predicaciones exaltando la importancia de la limpieza y de la buena educación. «Se fundan escuelas—escribe—que son una maravilla», pero en ellas no se enseña a los niños lo fundamental, es decir, que tengan la cara lavada y que su trato sea cortés. Sin esto no hay civilización. ¡Cómo no conmoverse oyendo al pie de los Andes el eco de las mismas imprecaciones del Feijóo español! ¡Modos antes que cosas!: he aquí el supremo programa, no sólo de la escuela inicial, sino de la Universidad. Yo lo propugno con tanto ardor, que para mí, encanecido en la enseñanza, el mejor alumno es siempre el mejor educado, el más sensible a las lecciones de trato cordial, porque sin éste el caudal de conocimientos y la habilidad técnica son un arma con el filo embotado, cuando no un arma con peligroso, antihumano, contrafilo.

Fué Solano menos universal que Feijóo. En cambio, fué menos destemplado que el español y escritor más correcto. En los países del antiguo virreinato del Perú había como un filtro para depurar el castellano de voces malsonantes o extranjerizas, y la pureza del habla que hoy admiramos en los nativos de estas repúblicas se advertía ya al final de la vida colonial.

En la España del XVIII hubo una gran influencia francesa a través de las Cortes borbónicas. Pero esta influencia, en contra de lo que se ha dicho, fué, no una sumisión, sino un fructífero intercambio. En sentido peyorativo sólo se afrancesaron los petimetres. Lo del afrancesamiento de España en el XVIII es una leyenda fundada en anécdotas como la de la marquesa del padre Isla, que estornudaba en francés.



El pueblo español pudo vestir y comer a la francesa y leer a los grandes autores franceses, todo lo cual era una señal de progreso y de buen gusto; pero pensó siempre a su manera, en riguroso español.

Mas si el espíritu español evitó el contagio, no sucedió lo mismo con el idioma, que se plagó de galicismo. Quiero advertir que yo no soy un enemigo mortal de los extranjerismos en el idioma. Creo que un idioma se debe nutrir de todo lo que representa vida en cada momento de su evolución, y en el siglo XVIII la vida francesa era la de mayor tensión del mundo. Lo esencial es digerir el extranjerismo, hacer que se incorpore al espíritu del lenguaje nacional y que no quede pegado a él como un parásito.

Mi modesta pluma jamás se ha sobresaltado al inyectar en el caudal majestuoso del castellano voces procedentes de fuera, cuando su uso tenía una utilidad. Porque un idioma, antes que una obra de arte, antes que un reglamento académico, es un instrumento de trabajo. Si embargo, me duele, a veces, encontrar en los escritos de Feijóo muchas palabras exóticas que tenían su equivalencia eficaz en español. Compárese esta tendencia extranjerista de Feijóo con la pureza castellana del padre Solano, ábranse por donde se abran sus escritos. A pesar de que las lecturas francesas tenían ya un inmenso prestigio en América del Sur y a pesar de la influencia personal que ejercieron sobre los intelectuales de la época los grandes sabios franceses de la expedición geodésica, capitaneados por La Condamine, supieron aislarse del contagio idiomático y nos transmitieron el claro y noble castellano que hoy se habla en aquella República.

Pero claro es que el gran momento dieciochesco del Ecuador no se limita a Solano, hijo legítimo de su siglo, pero proyectado ya en el XIX. Otros hombres beneméritos contribuyeron también a la creación del ambiente que señaló la madurez nacional del país.

Aunque su influencia se ejerciera desde Europa, debo citar en primer lugar a don Pedro Franco Dávila, insigne naturalista, nacido en Guayaquil. Conocen bien su obra entre nosotros los hombres de ciencia. Su busto, lleno del empaque elegante de la época, es familiar a los que trabajan o visitan el Museo de Historia Natural de Madrid, del que Franco Dávila fué director, incorporando a sus colecciones la extraordinaria que él había formado. Fué alabado por el insigne padre Flórez. Lo que ignoran la mayoría de los que visitan nuestro otro gran museo, el del Prado, erigido primitivamente para Museo de Historia Natural, es que fué este sabio ecuatoriano uno de los asesores para la construcción del magnífico edificio de Villanueva, que, terminado en tiempo de Fernando VII, se convirtió después en Museo de Pinturas. El romántico Jardín Botánico, que aun perdura, y sea por muchos años, conservará el recuerdo—porque los jardines, como dijo el poeta, tienen también memoria—el recuerdo del paso por sus calles umbrías del sabio de Guayaquil, encasacado y empelucado. Aquí, en Madrid, murió a los setenta y cinco años de edad y fué enterrado en la castiza iglesia de San Luis. El doctor Abel Romeo Castillo ha reconstituído muy bien la biografía de este gran sabio, cuya memoria es uno de los grandes lazos sentimentales (es decir, los que no se rompen nunca) que atan al Ecuador actual y a España.

Recordemos junto a Franco Dávila al padre Juan de Velasco, naturalista también muy distinguido, autor de una *Historia Natural* que Solano cita constantemente y de la cual pensó escribir una extensa crítica.

Recordamos también al doctor Mascote, médico y poeta, cuya obra sobre la fiebre amarilla, llena de sagaces observaciones y atisbos y escrita en un limpio español, acaba de ser reeditada por la Comisión de Historia de la Medicina en el último Congreso de Medicina de Guayaquil.

Y al lado de estos naturalistas es forzoso anotar con reverencia el nombre del insigne riobambeño, gobernador de la provincia de Esmeralda, don Pedro Vicente Maldonado, geógrafo, de mundial renombre, autor de la famosa carta de la provincia de Quito. Su valor científico fué reconocido en los grandes centros de Europa, entonces mucho más atentos que los de ahora al puro mérito y no a las circunstancias extracientíficas del sabio. Y, desde luego, tuvo este mismo reconocimiento en la Corte española, en la que residió, con título de gentilhombre de la Cámara Real. Fué muy amigo de La Condamine. Visitó activamente las grandes academias europeas y murió en Londres. En la biografía que de él escribió González Suárez, en la *Historia General de la República del Ecuador*, se hace notar el esfuerzo que hubo de vencer para alcanzar su poligráfica erudición sin maestros ni apenas libros. Acaba de publicarse su obra, con hermosos facsímiles, por el excelente investigador don José Rumazo, en la importantísima serie de *Documentos para la Historia de la Audiencia de Quito*. Séame permitido alabar esta publicacion, verdadero monumento, indispensable no sólo para la Historia del Ecuador, sino para la de España.

Y así llegamos a la gran figura científica de la época, la del doctor Francisco Javier Eugenio de Santacruz y Espejo, llamado el «Reformador» y el «Precursor», cuya historia es mucho más conocida, por desbordar del cauce puramente científico hacia las actividades políticas. Nació en 1747 en Quito y su figura y actividad son también características de la fecunda centuria dieciochesca. Su memoria ha padecido la cuarentena de semiolvido que impone la muerte a muchos grandes hombres, pues durante dos siglos una niebla que enfriaba su recuerdo le ha rodeado, a pesar de que Santacruz, con Hipólito Unanúe, el gran médico peruano, se ha considerado como una de las cumbres de la ciencia en el antiguo virreinato. No falta su nombre en ninguna de las descripciones del Ecuador antiguo y la autoridad insigne de Menéndez Pelayo le dió su espaldarazo en la *Historia de las ideas estéticas*. Sin embargo, es reciente su gran reivindicación, su elevación a la categoría de héroe nacional, casi en el mismo plano que Bolívar.

En el terreno médico sus obras más famosas son la *Memoria sobre el corte de quina* y *Las reflexiones acerca de las viruelas*. Ambas, llenas de las dos cualidades tan comunes a los grandes hombres de ciencia de su tiempo, a saber: la observación rigurosa de la realidad y la sutil penetración intuitiva. Acaso sea excesivo hablar de «las concepciones bacteriológicas de Espejo», como hace en un primoroso comentario el doctor Luis A. León. Pero no cabe duda que su penetrante inteligencia le hizo acercarse, todo lo que permitía la ciencia de su tiempo, a la teorítica actual sobre la infección y sus causas.

Por todo esto, y no hay que decir que también por su pasión de saber, por su culto a la ciencia, por su amor al libre pensar y por su actitud rigurosamente naturalista frente a los divagadores y teorizantes, por todo esto, Santacruz y Espejo tiene también muchos puntos de contacto con el padre Feijóo y con otro gran médico español de su mismo siglo, Gaspar Casal, el primer descriptor de la pelagra. Hay que agregar, no obstante, que Espejo fué menos universal que otros de sus coetáneos, como el mismo padre Solano, y no tan buen escritor como éste.

Honda huella ha dejado Espejo en el Ecuador y en toda América por su saber médico, por sus campañas para la dignificación de la Medicina, por sus dotes excepcionales de pulcritud profesional, por su crítica de los curanderos y falsos doctores. Su figura es digna de perdurable recuerdo. Y a ello se añadió el entusiasmo popular que encendían sus campañas políticas y su vehemencia de polemista. El presentimiento de la libertad que vagaba por todas las conciencias tuvo en Espejo destellos tan vivos, que justifican la categoría de Precursor que hoy le rodea.

Dos notas especialmente gratas para el espectador actual son su humanismo y su buena relación con los grandes españoles de su época.

Pinta su humanismo la pincelada que puso él mismo en su autobiografía, diciendo que iba siempre acompañado de la Biblia, de Cicerón, de Virgilio y de Horacio y que le bastaba estar con ellos para sentirse, donde fuera, feliz.

De su relación con los españoles de pro queda el testimonio de que los que le ayudaron en las horas de persecución fueron el propio virrey, marqués de Selva Alegre; los principales oidores y frailes españoles y, sobre todo, Celestino Mutis, el glorioso botánico, cuya sombra, acompañada de la de Espejo, de la de otro gran botánico de Nueva Granada, Francisco José de Caldas, y de la del insigne Humboldt, vemos pasar por el escenario de aquel siglo en docta conversación, como un símbolo de la amistad de América y de España y de su sentido universal.

III

Me he esforzado en destacar la importancia del siglo XVIII en el Ecuador porque el estilo del espíritu humano en este siglo ha dejado una huella perdurable en la vida americana. Desde luego, en el Ecuador que ha sido el punto de partida de estas reflexiones. Todo el vigoroso impulso que bajo los auspicios de los Gobiernos actuales ha adquirido el movimiento intelectual de este gran país tiene el acento generoso de la Europa, llena de equilibrio humanista, que precedió a la revolución. Citaré, porque especialmente me compete, una reunión científica acaecida recientemente en el Ecuador, el IV Congreso de Medicina, cuya actividad, admirable desde el punto de vista técnico, está impregnada de un empaque que denuncia el siglo en que el hombre enfermo era todavía, para el médico, una entidad vasta como un mundo y respetable como un mundo, y todavía no, como ahora, un número en una estadística. Leed el discurso dirigido a la juventud por el doctor Tanca Mareng, acerca de la reforma de los estudios universitarios. Porque este problema de la crisis de la Universidad se plantea en todo el mundo y no con la aspiración limitada de mejorar las plantillas de asignaturas, sino con el afán ambicioso de rehacer desde sus cimientos una institución, la Universidad, que, a fuerza de ser gloriosa, ha perdido en todo el mundo la elasticidad necesaria para cumplir profundamente su excelsa misión. Leed ese discurso y advertiréis su espíritu dieciochesco, en su noble inquietud reformadora, en su respeto al hombre.

¡Siglo XVIII! El estudio de su influjo en América nos ayuda a comprender el sentido de este siglo que se nutrió del espíritu de Goethe, de Descartes, de Leibnitz y de Newton. El siglo que vió nacer la gran música, cuyo sentido y cuya eficacia civilizadora no se ha estudiado todavía, y cuando se estudie se sabrá que una sinfonía de Beethoven o un cuarteto de Mozart han evitado que se levanten muchas barricadas y que se produzcan muchos infartos del corazón. Este sentido humano del gran siglo, que se ha querido involucrar a un suceso político retardatario, retardatario por ser revolucionario, la gran Revolución francesa; este sentido, de inefable amor al progreso y al bien, ha influído, *(Pasa a la pág. 61.)*



CORPUS CHRISTI

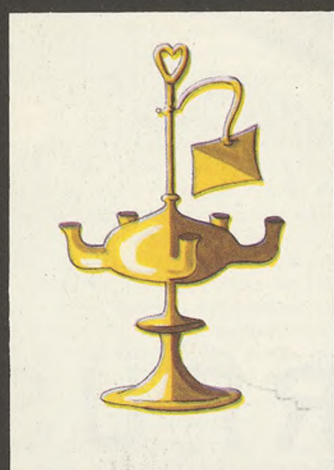
Traigan la vóz y el aire, canto y vuelo;
traiga la abeja cera a estos panales,
traiga el arroyo son en sus cristales,
traiga el aire su luz, su flor el suelo.

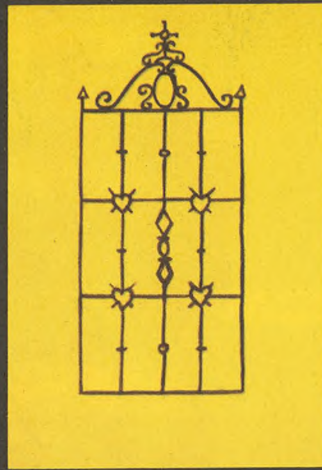
Traigan su gozo, traigan su revuelo
en las campiñas, traigan los trigales
que ya son nuestros panes celestiales,
y nuestros vinos son sangre del cielo.

Que la azucena y la gayomba cante,
y el pífano, el tambor y la campana,
cuanto en flor o sonido se pronuncia,

porque viene dulcísimo y vibrante
el Señor de la era y la mañana
por un camino de romero y juncia.

José Antonio MUÑOZ ROJAS














ARTESANIA







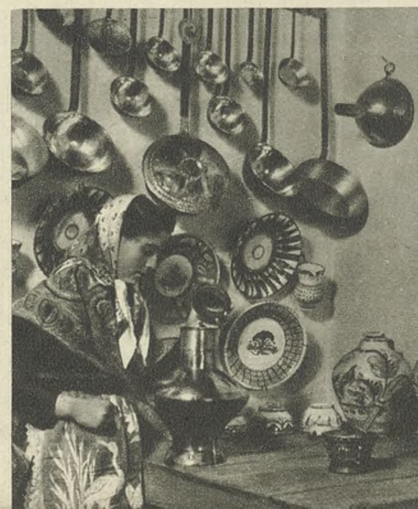
ESPAÑOLA

LAS MANOS ARTESANAS

Por VICENTE GARCIA ESCUDERO

DECIR España es decir artesanía. Del Pirineo al Teide, de los húmedos y verdes campos norteños a las requemadas tierras andaluzas, difícil será encontrar un pueblo, por pequeño y humilde que sea, donde la manifestación artesana no tenga asiento. Muchas veces, condensada en anónimos y aislados artífices; otras,

La artesanía española contiene un viejo fondo de tradiciones estéticas debido a la fusión de culturas, producida históricamente en la Península.



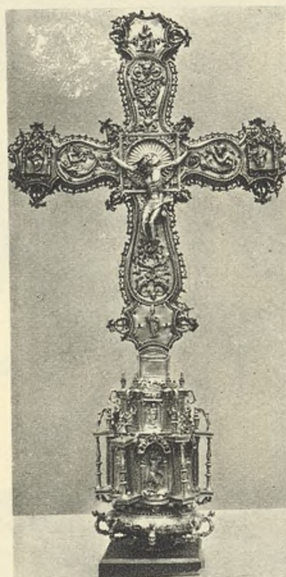
La magnífica herencia del mobiliario barroco español adquiere una versión actual y personalísima en la obra de estos artesanos, que infunden espíritu a su trabajo, de auténtica ejecución manual y artística.

en familias enteras, que se suceden tradicionalmente en el oficio y secreto del mismo; siempre, como reflejo de la poderosa personalidad de una raza, logrando el prodigio de hacer de nuestra artesanía uno de los más poderosos atractivos de España. Digno de figurar, en adecuado parangón, con el clima, geografía monumental y demás excelencias de una tierra propicia como pocas al visitante.

Esta artesanía española había llegado a alcanzar, en pasadas épocas, una belleza de concepción y ejecución que la hizo con justicia famosa en todo el mundo. Sin embargo, en los últimos años, cuando tantos países europeos e hispanoamericanos iniciaban una amplia labor en pro de los intereses artesanos nacionales, nosotros dejábamos fenecer un arte glorioso, inspirado en el más rico venero de tradiciones que darse puede. Nuestra artesanía, arrumbada y deshecha por el liberalismo económico, arrastraba una peligrosa consunción, que requería pronto y enérgico remedio. Y éste vino con la creación de la Obra Sindical de Artesanía, inspirada en el concepto de nuestro Fuero del Trabajo, que ya en plena guerra proclamaba la necesidad de proteger la artesanía, «herencia viva de un glorioso pasado». Cuando la paz lo permitió, se crearon talleres, se facilitaron medios económicos a los artesanos, resucitándose fórmulas y procedimientos que parecían perdidos para siempre; al mismo tiempo, se organizaban mercados y exposiciones que facilitasen el conocimiento al público de objetos de verdadero gusto y calidad. Los resultados obtenidos en estos catorce años por la Obra Sindical de Artesanía son, por óptimos, casi increíbles. Con ellos, España se ha puesto en la línea de países que, como Francia, Suiza, Japón, Inglaterra e Italia, por no citar sino unos cuantos, consideran la artesanía como un medio económico de máxima importancia.

Hoy nuestra riqueza artesana es tan varia, tan ingente el campo que abarca, que las dificultades surgen al intentar una breve exposición de la misma, ya que forzosamente, al recoger algunos de estos nobles oficios, otros no menos importantes deben quedar fuera. El espacio obliga a ello. Tomemos, por ejemplo, una de las más bellas manifestaciones de la artesanía española, la cerámica y vidrio. Su expresión popular son esos cacharros de arcilla terrosa y sabor típicamente pueblerino que se dan en todas las regiones españolas; jarrones de tonos canela y dorados re-

He aquí un ejemplo de excepcional armonía en este soberbio crucifijo de plata.















El exotismo de las cerámicas del siglo XVIII, con influencias orientales, se recoge en este bello jarrón, decorado también por procedimiento manual, con un carácter plenamente artístico y clásico en nuestras tradiciones.

En este taller de cerámicas puede observarse la manera personal con que se decoran las piezas de porcelana.



La mecanización moderna no ha influído para nada en este taller, en que el terciopelo de seda se produce con los mismos procedimientos de tradición inmemorial. Las calidades de este tejido son extraordinarias e inimitables.

flejos, con hondas reminiscencias árabes, de Málaga y Granada; cántaros extremeños de poroso barro, inapreciables para conservar bien fresca el agua cuando el calor aprieta; modesta cerámica, venida principalmente de la provincia toledana, complemento indispensable, junto con los dorados churros y las atracciones, de las verbenas madrileñas; la de amarillentos tonos, característica de la región castellana... Y si del objeto de barro, de tosca belleza, pasamos a la cerámica artística, es para comprobar cómo, reanudada nuestra gloriosa tradición de porcelanas, éstas alcanzan en la actualidad un rango insuperable. Dígalo Manises, productora de esas lozas coloradas, de metálicos reflejos, que tanta aceptación tienen en el mercado nacional e hispanoamericano; con Manises, Talavera, Segovia, Valencia, Santander, Pasajes, sin que pueda olvidarse la producción de la Escuela de Cerámica madrileña, centro de formación de gran importancia, y la de la Fundación Generalísimo Franco, que, creada en 1941, ha logrado bellas y delicadas porcelanas, similares en cali-

Este es el aspecto de una cocina popular española, adornada con las clásicas espeteras y tenazas de hierro.







En la Exposición de Artesanía que actualmente se celebra en el Retiro, se acumulan las piezas de porcelana de gran calidad realizadas por las manufacturas actuales, en que se continúa la tradición de los siglos XVII y XVIII.



También en estos elementos de original invención, como corresponde a objetos ligados a la efímera oportunidad de la moda, se aprecia un fondo tradicional y popular. La labor de los mimbres se atiene al más puro casticismo.



dad y arte a las de la que fué famosa Fábrica del Buen Retiro, que en nada desmerecían de las de Sèvres y Nápoles. Menos vida tiene hoy, en contraste, el arte del vidrio, en un tiempo extendido por casi toda España; quedan, sin embargo, bellas expresiones del mismo, que en nada desmerecen de los mejores vidrios franceses o italianos, siendo las islas Baleares, con una industria que remonta al siglo III antes de Jesucristo, la que ostenta la primacía de esta producción.

No menos importancia tiene nuestra artesanía textil, en la que son de destacar esos tapices y alfombras que, por su riqueza de colorido, composición y diversidad de tipos, no admiten igual. Citemos asimismo esos bellos tejidos adamascados, en los que el oro y la seda crean exóticos dibujos, utilizados primordialmente para la decoración de mobiliarios, sin dejar de mencionar los tejidos para vestir de un país donde la tradición del telar tiene rancia solera y que adquirió justa fama con las lanas de Castilla y las sedas de Almería, Granada y Valencia. Hoy el telar familiar se localiza primordialmente en el norte de España: Asturias, Galicia, León y Vasconia. ¡Ah!, y en Fuerteventura, donde existe una amplia artesanía especialmente dedicada a la confección de telas de lana y bellas alfombras, de cuya extensión nos da idea el que estén dedicadas a la misma, en típicos y primitivos telares, más de tres mil fuerteventureñas.

Los tapices de alto lizo se ejecutan con arreglo a la composición de estos grandes cartones originales.

¿Quién de nosotros no recuerda los panzudos bolillos que trabajados por delicadas manos hacen surgir los más bellos encajes? Se dice que Catalina de Aragón entretenía sus desdichas haciendo bolillos y que de estos encajes, enseñados por la reina española a las damas de su corte, son derivación las afamadas blondas inglesas. También Isabel la Católica gustaba de confeccionar bellos calados en oro y plata para las iglesias de la España reconquistada. Esta industria doméstica tuvo siempre gran arraigo en España, hasta el punto de que a fines del siglo XV y comienzos del XVI no sólo abastecía el país, sino que salía al exterior, donde era sumamente apreciada. Industria que ha seguido hasta nuestros días, calculándose que en la actualidad no menos de 85.000 mujeres trabajan en ella. De tradición singularmente costera, son famosos y muy apreciados los encajes de Camariñas, en el litoral gallego, así como los de la zona del litoral catalán, adaptados de los de Chantilly, pero realzados con características propias. También el interior, singularizado en Almagro y sus famosas mantillas, que Goya popularizó, logra encajes de gran perfección y gusto. Y los tinerfeños, que recuerdan los antiguos trabajos de Astorga, Salamanca y Extremadura; iniciados en el siglo XVIII, son hoy universalmente conocidos.

¡Cómo no hablar igualmente de la admiración que producen al visitante nuestros bordados! Citemos, siquiera sea de pasada, esa maravilla del traje de luces, que tiene su sede principal en Andalucía, aunque también Madrid cuente con afamados talleres prestigiados en la filigrana en plata y oro del capote torero. Y los bordados que ornan los típicos trajes regionales y las telas de los ajuares; cabe destacar los trabajos de colchado de Benavente, el bordado granadino sobre tul, los cortadillos o trabajos sobre malla de Huelva, los de Oropesa y Talavera, de auténtica policromía colorista; los de Canarias y Mallorca, donde ya a principios del siglo XVI funcionaba, en Palma, un colegio artesano de bordadores y pintores...

Pero forzoso resulta no detenerse, para reseñar, aunque sea en precipitada exposición, la importancia de otras muchas artes industriales donde hemos adquirido reconocida maestría. Arte del cuero, con los famosos repujados cordobeses, botos y zapatos artesanos, en los que goza justa fama el artesano mallorquín. Rejería española, con filigrana de encaje y maravilloso dibujo, que presta su realce a nuestras catedrales y que convive con otra más modesta artesanía del hierro, con color de siglos, que, transmitida de padres a hijos junto con la fragua, prospera sobre todo en Castilla, Extremadura, Za-

Este aprendiz es ya un adelantado realizador de los trabajos preliminares de la porcelana. Desde este instante la pieza cerámica ha de sufrir numerosas y difíciles operaciones, tanto en el aspecto artístico como en el ejecutivo.

La permanencia del virtuosismo artesano exige la constante formación de nuevos artistas. En los talleres de la Fundación del Generalísimo se cuida escrupulosamente el aprendizaje de las diversas técnicas del arte manual.

mora y Salamanca. Bronces artísticos y aceros toledanos, cuchillos y navajas albacetenses. Y luego, damasquinados de geométrico dibujo de Toledo y Eibar, adornos y útiles de rafia de Palma, labores de esparto y palmito, orfebrería de delicado y minucioso trabajo, tallas en marfil, incrustaciones, esmaltes, muebles de sobrio estilo español, tallas de nuestro arte sacro, instrumentos musicales de depurado sonido, juguetería y muñequería en las que se ha llegado a una lozanía inimaginable... Todo un mundo de objetos útiles al par que bellos, cuya enumeración es imposible—más de trescientos distintos oficios engloba la Obra Sindical de Artesanía—, que en el conjunto que ofrecen de una admirable labor son el mejor exponente de una España renacida.

LA PRIMERA EXPOSICION INTERNACIONAL DE ARTESANIA

De magno acontecimiento cabe calificar, por tales razones, la Primera Exposición Internacional de Artesanía, que ha sido inaugurada en Madrid en el pasado mes de mayo, y en la que se ofrecen con auténtico carácter de novedad en España una visión conjunta de nuestras mejores obras, junto a los más artísticos trabajos realizados en talleres del resto del mundo. Es notablemente importante, en efecto, la aportación extranjera, integrada por dieciocho países, los más repre- *(Pasa a la página 61)*



Se recoge en esta fotografía la preparación de una urdimbre en el telar.





Cádiz, «salada claridad», avanzada del mundo antiguo en el Mar Tenebroso, creadora de las ideas liberales españolas, se convierte en el XVIII y XIX en adelantada de América en España. Uno de los artículos de la Constitución creada en ella en 1812 decía así: «La nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios.»

LA CASA DE RIVADAVIA EN CADIZ

Por EUGENIO MONTES

No hay duda: la ciudad española con más antiguas resonancias americanas siempre será Sevilla. Allí, Casa de Contratación, Archivo de Indias, títulos, leyes, legados, Registro Civil de comarcas recién nacidas a luz de historia humana, capitanes de ventura, frailecitos que se iban en carabelas a enseñarles a los catecúmenos a hacer de un árbol cruz, y los libros que el hijo del Almirante allegaba por ferias y mercados, y tantas cosas más.

En Sevilla tintinearon con rubios ecos las primeras peluconas batidas con oro de las minas peruleras, sacado de las altas cumbres de los taciturnos Andes; se labró el primer altar en plata de las peladas mesetas mexicanas, y por primera vez sonaron, dejando regusto de mieles en los labios y rebrillos de audacia en los ojos, estos nombres divinos: California, Los Angeles, Santo Domingo, San Cristóbal de la Habana, Nuestra Señora del Buen Aire.

Guadalquivir no era entonces un chavalillo gitano de quebrada cintura, vara de nardo y brazos de luna, lunera, en octosílabos, sino un río grave y serio, con aplomo de soldado romano e ibérico impulso de universal misión, orgullo de grandes empresas, velas infladas, trajín mercante, toma y daca, balanza, trabajo, cuentas. Y la ciudad, ecuménico emporio:

Gran Babilonia de España,
mapa de muchas naciones,
donde el flamenco ha su Gante
y el inglés halla a su Londres,

para decirlo con verso de Góngora.

Pero los cambios técnicos de la construcción naval, las inevitables mudanzas en el calado y porte de los buques, dejaron a Sevilla viuda de jarcias, obligando a buscar bahía más al sur, en el verdadero mar, con abandono del río. Es el tiempo del Puerto de Santa María, de cuya prosperidad transitoria queda tan sólo la melancólica blancura de sus palacios de mármol, despoblados, vacíos; una Virgen de anchos ojos con rizado manto azul bordado en perlas venezolanas; un deje como indiano en el acento y unos remotísimos parientes en el valle del Cauca y en Lima.

El tráfico con América se matricula en Cádiz por los bellos días del XVIII. La antigua urbe fenicia, polis pura, sin campo, sin rebaños, sin rústicos, se encopeta y empeluca, conoce la precisión de los sextantes, el rumbo exacto de las brújulas, deshoja la rosa de los vientos, afina el arte de marear, el calafateo científico en San Fernando, y entre patillas de almirantes, frufrús de sedas y pesados rasos, ve, desde sus claras azoteas, un ir y venir de bergantines a Veracruz y al Río de la Plata. En el último tercio del setecientos y en las dos primeras décadas ochocentistas, la «tacita de plata», entonces vencedora rival de Barcelona, es la mejor urbe española. A la luz de las candelas de la ilustración se recuentan en sus muelles las sacas de canela; salta la pila de Volta entre cacao quiteño; se almacenan azúcares del Caribe al ritmo de los compases de Rameau—bueno, y a un son indígena de chuflas y tanguillos—; se lee en las trastiendas el *Cosmos* de Humboldt; sopla el viento osiánico hacia Puerta de Tierra; y suena, confundido con el retumbo de los cañones de Trafalgar, un eco póstumo de las sonatas de Scarlatti. De Domenico Scarlatti, que en los clavicordios gaditanos deshojó sus más primorosas cadencias y anudó sus más aéreos enlazados, con los mismos dedos que en Madrid, poblacho manchego de candil y garrote, ensuciaba de mugre en los garitos. Scarlatti, sin duda, abuelo de Albéniz y bisabuelo de Manolillo Falla, quiero decir el creador de nuestra música moderna. ¡Oh Cádiz de las gavotas y el sistema métrico decimal, de los ejemplares de la Enciclopedia en la sotacarga de los navíos a La Guaira y de los sainetes entre atiplados gritos de los patios de vecindad!

El romanticismo llega a España, más que con el abandonado laúd de ébano y luto en las costas galaicas, o la melancolía lunar del estudiante de Cervera, con las hijas de los comerciantes sajones que ponen tienda en los puertos béticos. Hay suspiros en Barcelona y odas a la vacuna bajo soles tartésicos. Pero de las dos urbes españolas que acogen el

siglo del vapor y del buen tono,
¡oh venturoso siglo diecinueve,
o por mejor decir, décimonono!,

la mediterránea se especializa en el progreso, y la atlántica, en la añoranza.

Sí, hubo un romanticismo de la invención técnica, del avance indefinido y del ansia de futuro; pero el temblor emocional, que en Cádiz llamaron, por vez primera entre nosotros, «romantismo», ha consistido, esencialmente, en angustia ante la uniformidad mecánica, desalmada y tailorizada, socialista y estatista, que se sentía venir.

Así, el destino de las dos urbes españolas, parejo en el setecientos, se separa, a comienzos del *XIX*, hasta la contradicción polar. Barcelona se hace abanderada del industrialismo; Cádiz, un almacén de antigüedades; mas, por paradoja, acontece que la porvenirista Cataluña mire a Europa y que el pasatista Gádex, con sus tres mil años de historia, atalaye América.

¡Qué encanto debió tener aquel Cádiz por donde lord Byron andaba con su pata coja y su petulancia dandi recitando poemas demoníacos y conmoviendo corazones vírgenes! ¡Qué delicia de rasos en las salitas de pálidos marfiles en que un capitán de corbeta, apoyado el codo en el piano forte, declamaba retóricos himnos al genio de los pueblos! ¡Qué maravilla aquel contacto, en las apretadas callejas, de los más aristocráticos apellidos patrios quedados allí desde el sitio napoleónico con la democracia inmortal del pescadillo frito, y, en medio, sentaditas en sillas de enea, las señoritas de retrenzado moño y estómago vacío que inician la divina, la angélica cursilería burguesa!

En lo alto de la torre de Tavira, el «Sturm und Drang» revolotea vencejos y gira veletas. En la plaza vecina nace una palabra predestinada a armar aún mayor jaleo: la palabra liberalismo, que no es invención ánglica ni cosa de franchutes, sino hallazgo del genio verbal gaditano.

Por aquel entonces en Cádiz se sueñan utopías, se despierta al fuego de las descargas absolutistas, se canta por alegrías y se lloran adioses. Los diputados de Ultramar se quejan en voz baja. Todo tiene una emoción de despedida. Los últimos bergantines partidos para las provincias indianas encuentran arbola-

das en los puertos banderas que ya no son la española. Pero, sí, que son españolas, por hispanas:

Inclitas razas ubérrimas,
sangre de Hispania fecunda.

En los momentos decisivos de la vida bate fuerte la fatalidad. Esta dura máxima vale para los pueblos como para los individuos. Un conjunto de inexorables circunstancias llevaron a los países de América a separarse, sin demasiadas ganas, del corazón del Imperio. Aquí, un Rey intruso. Allá, unos Cabildos que se ven obligados por la necesidad a legislar y proveer por sí propios. En ciertas comarcas, tal la Caracas de Bolívar, la francmasonería apresuró las cosas. En otras, al revés: la independencia nace entre revuelo de sotanas, con tufo de sacristía, pues México fué alzado por un cura montaraz; en Quito proclaman la nueva nación en un convento barroco de oros encendidos, y el acta de independencia argentina tiene tantas formas de virtuosos clérigos como de bravos comerciantes.

Bravos, en efecto, ya que la defensa de Buenos Aires no ha sido obra de soldados profesionales, pues Sobremonte se retiró al interior a preparar Ejército, sino de mercaderes valientes, que espontáneamente hicieron heroica muralla de sus pechos.

En esa ocasión, cuando los barcos británicos aparecen en la desembocadura del río, apuntando con el ojo de sus codiciosos cañones a la gran factoría virreinal, un mozo se adelanta como gastador del batallón formado por oriundos de Galicia. Procedía Bernardino Rivadavia directamente de Monforte de Lemos; pero el solar del linaje estaba en la villa de su nombre. Allá en el valle de la montaña carballinense, alta de torres y anhelos, pobladas de balcones, murallas, plazas nobles, soportales, y escudos, Ribadavia, corazón de la Toscana gallega, antigua capital del reino en el Medievo, guarda con el orgullo heráldico de sus genealogías los pergaminos de unos González que emigraron al Nuevo Mundo.

El «gallego» Bernardino González Rivadavia, tras contribuir con su ardor a salvar para la hispanidad el Río de la Plata, se aplica a la gran tarea de fundar el Estado argentino. Una anchurosa esperanza, sin confines, como la pampa misma, le nace del pecho. Ministro primero, Presidente después, ordena la administración, ilustra la enseñanza, abre caminos. Caminos: una cosa—no, cosa no, mejor silbido—que sirve para ir y para volver.

Por senderos de espuma, a través de la pampa del mar, viene a Europa. En la lejanía conoce la infinita tristeza de la ingratitud. Aquella patria que él fundara le critica e incluso le procesa. Carácter digno y altivo, se presenta de súbito a responder a sus acusadores. Inmaculado y entero, blandiendo en lo alto su resplandeciente honor, desembarca de nuevo, emigrante al revés, en la tierra antigua de sus mayores, con un hato de melancolía sobre sus hombros trémulos. Y se queda a envejecer en Cádiz, donde las maderas de las casas huelen a América.

Aquella de la cual cuatro amigos sacaron su ataúd sué regalada a la nación argentina por un gallego que hizo fortuna en las llanuras del Austro.

Me place evocar la memoria del gran patricio que, después de crear un país, quiso tomar los últimos soles de su tarde en la plaza de Mina, donde la luz gaditana, resaladísima, tiene sus más bellos reflejos y donde las mocitas retrecheras se contonean al son del pasodoble de la Banda Municipal. Cádiz pitagórico, la urbe con más fino linaje del universo mundo, clara y alegre orilla al Mar Tenebroso, la ciudad con más prosapia de Occidente, aquella que le enseñó «el lecho del Imperio» nada menos que a la romana loba.

Bolívar, muriendo en el hogar de un español; San Martín, encontrando consuelo en los brazos de un amigo castellano; Rivadavia, envejeciendo en Cádiz, son símbolos de la unidad de la hispana historia y del destino de la sangre. En Cádiz, las olas atlánticas repiten la eterna y muy olvidada verdad: se va y se vuelve.

(De *Arriba*, Madrid.)



La ciudad cuyas Cortes que concibieron España síntesis de dos hemisferios albergó aquí a Rivadavia.

A la Torre del Oro, barcos de plata. Por la arteria del río de Sevilla llegaron a España los primeros mensajes del Mundo Nuevo, en aquellos barcos que, según supo cantar el poeta, «venían de Sanlúcar, rompiendo el agua». Es así como la Sevilla de los siglos XVI y XVII pudo convertirse en la ciudad más americana de Europa.

HOLLYWOOD EN SEVILLA



SEVILLA es un gran centro de atracción mundial durante sus fiestas de primavera. Multitud de celebridades del mundo entero arriban cada año a su feria de abril. Muchas estrellas del cine universal—Gene Kelly, Ava Gardner, Lana Turner, Lex Baxter, Bing Crosby y otros—han querido confundirse este año en este torbellino maravilloso de color, de luz y de vida. En la foto 1, improvisando un zapateado, aparece Ava Gardner. Bing Crosby, quien adopta un atuendo de circunstancias (fotos 2 y 3), se deja condecorar con una rosa y asiste en una caseta al baile por sevillanas. Abril en Sevilla, abril en España. Otros — Gregory Peck, Daniel Gelin, etc. — escogerán la ruta de nuestro Mediterráneo. La primavera andaluza se trasciende cada año e incorpora a sí misma las más lejanas esencias de todo el mundo. (Fotos Lara.)



J. VASCONCELLOS

Cuando hay que darle voz noble y voto apasionado a la política de América; cuando hay que conversar con Dios o con España sobre las cosas de todos los días de la vida americana, cuando hay que escribir con coraje, con sangre, la historia de su patria, México tiene la palabra, la letra y el corazón de José Vasconcellos. Patriarca mexicano, arquitecto de la Hispanidad, definidor de la raza cósmica, Vasconcellos penetra en el misterio del doctor Fausto, que es el de nuestro tiempo; se pregunta: «¿Qué es la revolución?», y la hace; ahonda en las aguas de la Metafísica y sobrenada por ellas con un pesimsmo alegre. Todo lo quél ha dicho en su prosa férrea sobre Oaxaca, el valle testigo de los amores indios y españoles, puede transferirse a la descripción del propio Vasconcellos, que nació en el lugar elegido por Cortés para su marquesado. Por su abolengo, por su temperamento, por el labrado de su alma,. por vocación, Vasconcellos es hispanoamericano. A su patria grande, la hispánica, ha dado, en plano aquilino, enseñanza, emoción y ejemplo.

EUGENIO MONTES

Maestro sin cátedra, porque no la quiere. Ministro sin cartera, porque la dejó olvidada en cualquier atardecer de Toscana. Maestro y ministro de la lengua castellana, Eugenio Montes—corazón joven y milenario—nos ha enseñado el secreto de la melancolía europea y el misterio de la siempre renovada heroicidad hispánica. Señor de la pausa, parco en el reparto de su obra, que sólo nos ha dado tres libros ocasionales y definitivos, ha sido pródigo en el regalo de conceptos áureos de filósofo que no se olvida de ser poeta. Para él cantó el Rin su balada ante las torres de Colonia; ante él orquestaron su melodía de piedra las ciudades de Italia, y Europa entera le dió tema para su propia elegía. Dueño del tiempo y la paciencia, ha recorrido el mapa minucioso de la inteligencia, y de todos sus rincones y bahías más apartadas, nos ha traído un sabor, un recuerdo, una frase. Soberano maestro del idioma, el único capaz de magisterio desde la antesala de sí propio.

LA «REPUBLICA DE VENEZUELA»

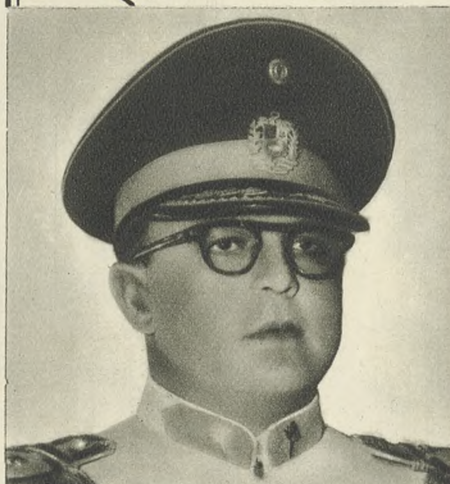
Venezuela empieza a vivir, desde abril de 1953, un nuevo período de su transformación histórica. La Federación, con todos los atributos de igualdad y renovación que trajo, inauguró un ciclo político de facciones encontradas y de oligarquías providenciales. La función democrática cobró tintes de una popularidad desenfrenada y dejaba girar en torno de las grandes figuras centrales de los Libertadores, para diseminarse en figuras regionales y precarias sin sentido de clase ni espíritu alguno de jerarquía. La Federación, cifra de los Estados Unidos de Venezuela, se tradujo en dispersión. Eran los «Estados Unidos de Venezuela», que declinaban hacia la estructuración de la «República de Venezuela». Una República platónica e inestable hacia una República técnica y estable. Una serie de movimientos, que se inician en octubre de 1945, configuran el acto de solución de la «Federación» a la República. Este movimiento revolucionario lo encarna un hombre, que lo conforma a un plan de ideas realizadas y por realizar, que, al cabo, con la conjugación del ejército y pueblo, deriva en un partido político, que las recoge y condensa. Este hombre es el coronel Marcos Pérez Jiménez, en quien no queremos ver a un hombre providencial ni tampoco a un gendarme necesario. Ha sido fundamentalmente leal a las instituciones militares, lo que constituye la mejor garantía de su lealtad a las instituciones civiles. Lo fundamental de su criterio como gobernante consiste en que, en lugar de subordinar sus decisiones, como los antiguos políticos, a las fatalidades impositivas del medio físico, él piensa que, modificando ese medio físico, puede realizar una transformación de la vida y los métodos políticos venezolanos. El llanero dejará de ser el nómada insubordinado; el marinero, el pirata sobre las costas estériles, y el montañe, arisco de las cimas solitarias. Sobrio y honesto, sabrá modificar en el espíritu venezolano la irreflexión personal atávica y el despilfarro tropical.

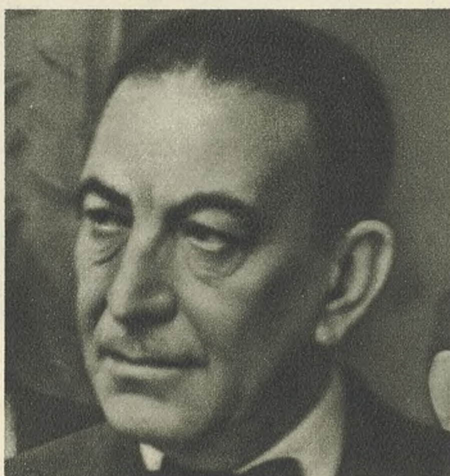
Los grandes movimientos sociales encuentran en sus comienzos, como es natural, la resistencia de los intereses y las costumbres estratificadas. Por eso es preferible hacer que la opinión pública venga hacia el magistrado y no que éste salga en busca de esa opinión pública. Son los hechos los que convencen y las obras las que seducen con su patética elocuencia. Es honroso para el magistrado no suplicar el consenso ciudadano y obtener que el voto público se rinda cautivado por el reconocimiento general a la fuerza de sus actividades.

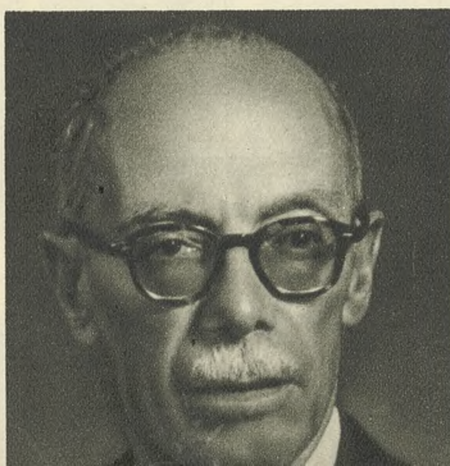
La historia venezolana abre ahora páginas en blanco para sus anales. Tengo fe en que serán escritas con dignidad pública y elevación moral, y creo que luego de las etapas que se denominaron «Estado de Venezuela» (1830 a 1864) y «Estados Unidos de Venezuela» (1864 a 1953), volvemos, con el feliz augurio del nombre de «República de Venezuela», al punto de partida de 1811.

* * *

A estas líneas, tomadas de un trabajo del escritor venezolano J. Penzini Hernández, debemos agregar que la entrevista del entonces Presidente provisional, y hoy constitucional, coronel Marcos Pérez Jiménez, con el doctor Roberto Urdaneta, encargado de la Presidencia de Colombia, celebrada el pasado 20 de marzo, revela que el espíritu de unidad interna que significa la «República de Venezuela» se traslada al orden americano, y ello es tanto más significativo cuanto que ese estrechamiento entre los vínculos de dos grandes pueblos bolivarianos se formaliza en las vísperas de la Conferencia Interamericana, que tendrá lugar en Caracas. Grandes cosas, como la coordinación para las actividades anticomunistas, la flota de la Gran Colombia, la ratificación del tratado bolivariano de 1911 y la colaboración en los organismos internacionales, han renacido bajo el signo de esta entrevista, que ha de ampliarse en otros gestos, que, luego de involucrar al Ecuador, otro gran país de la zona grancolombiana, se irán extendiendo a una fuerte interrelación de todos los pueblos, Estados soberanos y zonas geopolíticas de Hispanoamérica.







Arriba: el Presidente de la República de Venezuela, coronel don Carlos Pérez Jiménez.

En el centro: Don Roberto Urdaneta Arbeláez, Presidente de la República de Colombia.

Abajo: Don José María Velasco Ibarra, actual Presidente de la República del Ecuador.



«El máximo anhelo del Libertador, que fué el de la unidad de América, continúa en plena vigencia, y como la mejor manera de lograr su realización es mediante el cumplimiento de etapas sucesivas, muy bien está que nuestros países, que ayer fueron movidos por este anhelo y que además están vinculados por la vecindad de sus fronteras, vigoricen los tradicionales nexos que nacieron del esfuerzo de venezolanos y colombianos, puestos al servicio de la más noble empresa que haya acometido pueblo alguno.»

(Del discurso de Pérez Jiménez.)

ENTREVISTA PEREZ JIMENEZ - URDANETA

El sábado 21 de marzo último, los Presidentes de Venezuela, coronel Marcos Pérez Jiménez, y de Colombia, doctor Roberto Urdaneta Arbeláez, se encontraron en el puente internacional de Cúcuta. Ha sido éste uno de los actos más trascendentales en las relaciones diplomáticas entre los dos países y está llamado a tener una repercusión histórica en la vida de Colombia y Venezuela.

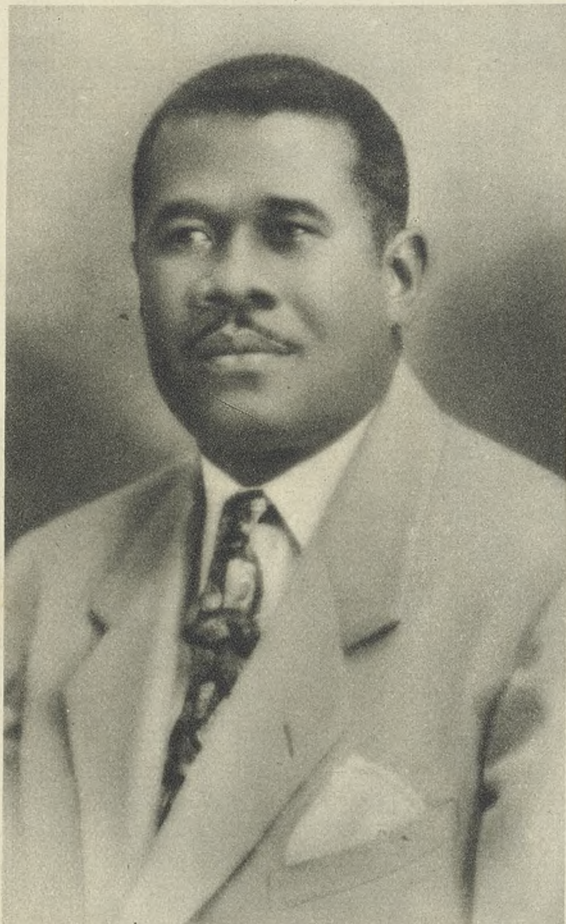
«Nuestra entrevista no tiene ni requiere una agenda concreta. No vamos a dirimir diferencias entre nuestros dos países, porque, a Dios gracias, ellas no existen; ni tampoco se trata de restaurar o de consolidar una amistad entre Colombia y Venezuela, ya que, por fortuna, jamás se ha interrumpido y, por el contrario, es tradicionalmente inquebrantable y perenne. Esta gratísima visita es consecuencia de nuestra estrecha y cordial vinculación, y en ella obramos conforme a una realidad preexistente, que surgió vigorosa y fecunda del corazón de nuestro padre común, a cuya memoria y a cuyos designios, venezolanos y colombianos hemos sabido conservarnos fieles.»

(Del discurso de Urdaneta Arbeláez.)

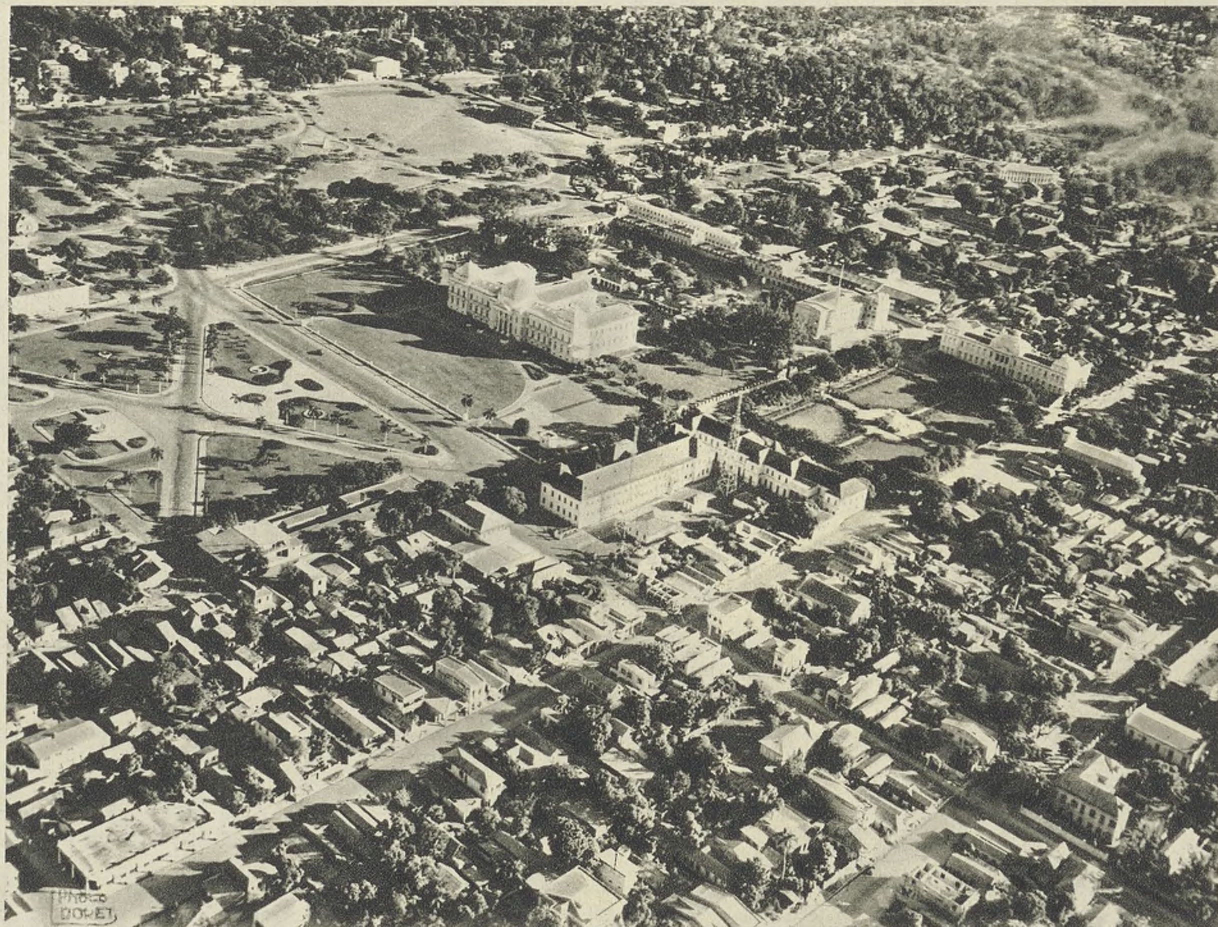


HAITI

Haití, en el corazón del Caribe, es, con todos sus problemas, una hermosa realización en el orden de la convivencia de los hombres y de los Estados. A los casi ciento cincuenta años de su lograda nacionalidad—acaso sea el primer Estado totalmente negro de concepción moderna—, Haití es una muestra viva de las enormes posibilidades de una raza entregada noblemente a dirigir sus destinos con inquebrantable voluntad de superación.



Su excelencia el general Paul E. Magloire, que dirige los destinos de Haití como Presidente.

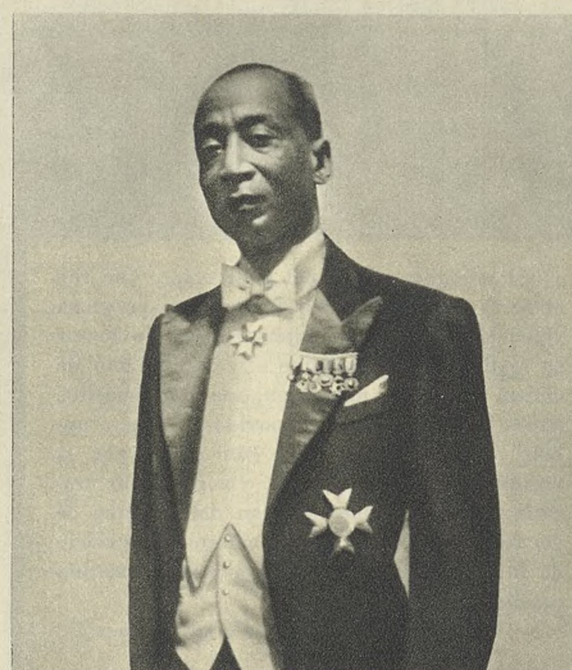


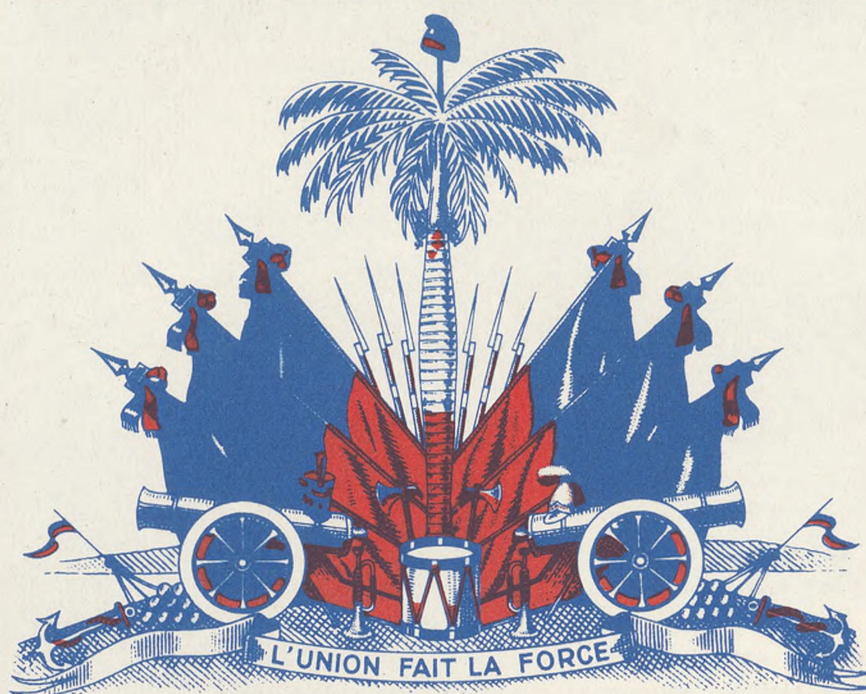
Puerto Príncipe, la capital del Estado haitiano, con su peculiar fisonomía caribe: casas blancas y grandes espacios bordeados de palmera. En el centro, la bella silueta del Palacio Nacional, la sede del Gobierno.

El mercado Villiers en su parte central. Uno de los sitios donde mejor puede pulsarse la vida de esta ciudad y la vida de todo el Estado. La población hace aquí sus compras y cambia sus impresiones del día.



Su excelencia el coronel Demosthenes P. Calixte, actual embajador de Haití en Madrid.





HISTORIA de la BANDERA NACIONAL de HAITI

Por GERARD M. LAURENT

La bandera haitiana, azul y roja, por su origen está íntimamente ligada a la historia de la independencia del país; por ello resulta imposible hablar de su creación sin referirse a las luchas titánicas que se libraron sobre la ardiente tierra de Santo Domingo, de enero de 1802 a noviembre de 1803, entre los franceses, con las manos armadas de cadenas, y los negros, prendados por el ideal de libertad.

Mandaba a los franceses el propio cuñado del primer cónsul, el marido de la atractiva Paulina, el general Leclerc, que llegó a Santo Domingo al frente de la expedición más formidable salida de los puertos de Francia. Su finalidad era reconquistar la rica colonia que el general negro Toussaint Louverture arrebataba a la metrópoli. Bonaparte, por el despliegue de una gran fuerza, pensaba impresionar a los indígenas, intimidar a su jefe, reprimir la revolución y esclavizar a los habitantes.

Grande fué la sorpresa del primer cónsul cuando le llegaron las primeras cartas de su cuñado relatando la audacia valerosa de estos negros que osaban afrontar a treinta mil veteranos, crema de la valentía francesa, soldados que habían dejado la huella de sus pasos victoriosos a través de toda Europa, y a quienes en Santo Domingo, bravamente, se les enfrentaron los negros, que, iluminados por un sueño de grandeza, proclamaban en su fanatismo su voluntad inquebrantable de vivir dignamente o morir gloriosamente.

Las primeras derrotas obligaron a Leclerc a cambiar de táctica. Al amparo de una tregua ficticia, urdió una infame trampa, por la que se apoderó del general Toussaint Louverture, como prisionero, deportándole según orden de Bonaparte.

Mas la obra de este jefe negro era ya inmortal. Había sembrado en las almas de sus hermanos un ideal de libertad y su pensamiento fecundo germinó, sobre todos, en la persona de uno de sus lugartenientes, el fogoso e intrépido Juan Jacobo Dessalines, fundador de la República de Haití.

Dessalines recogió la antorcha caída de las manos de su jefe; por todas partes animó la revuelta, comunicando a sus congéneres su celo ardiente; caudillo de la revolución, organizó el movimiento, levantó los ánimos, enfervorizó los entusiasmos y cayó sobre el enemigo con furia de tempestad. Su ardor desconcertó a los franceses y su valor intimidó a la misma muerte, que arrostraba con arrogante desdén.

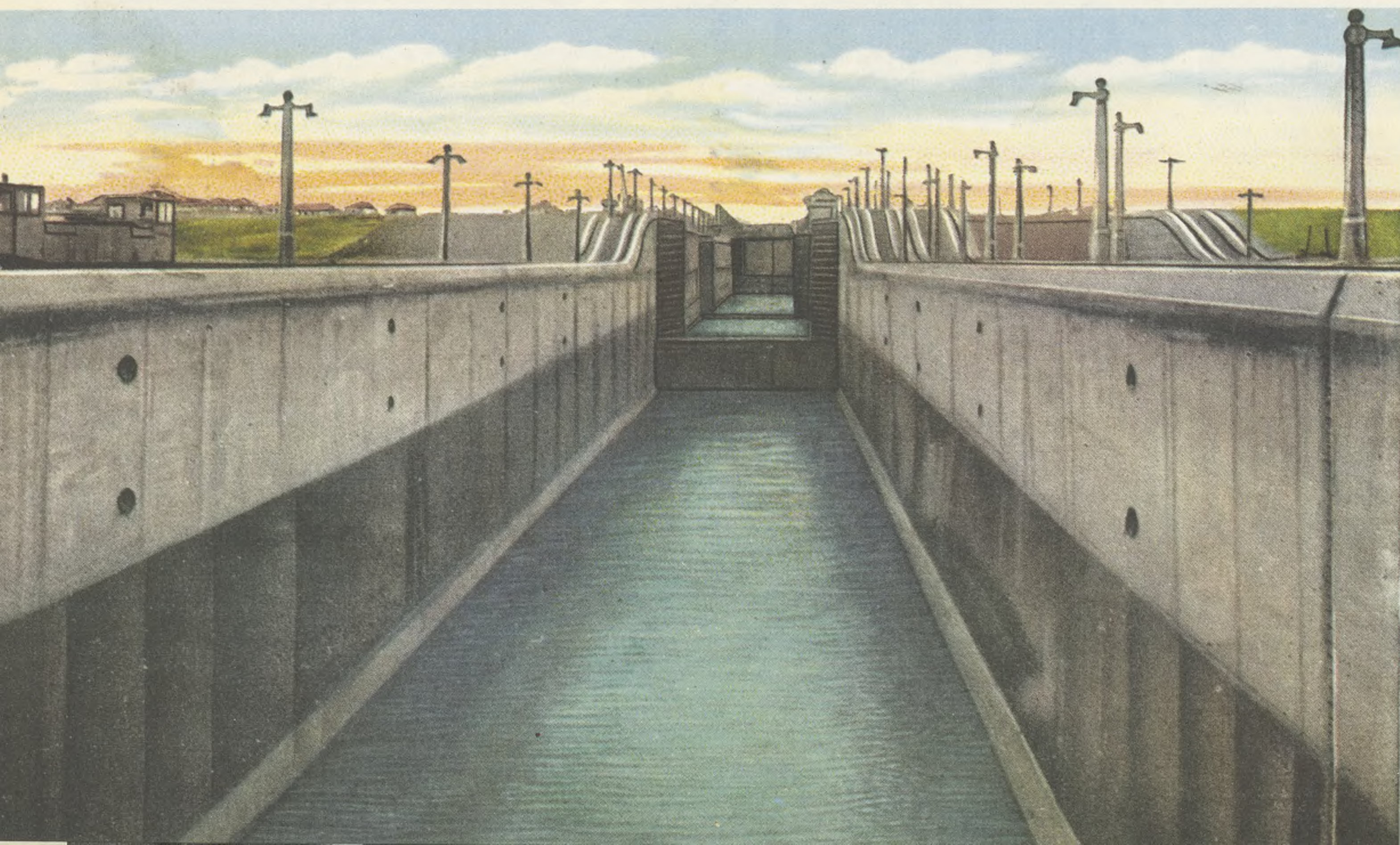
Vano hubiera sido tanto heroísmo sin una perfecta unión en las líneas de los indígenas; por ello el mérito mayor de Dessalines fué realizar la unión en el seno del ejército, concertando una alianza con el general mulato Alejandro Petion en agosto del año 1802, desde cuya fecha flota sobre la isla el anhelo de la independencia. Unión célebre que dotó de una fuerza invencible a las tropas indígenas, cuyo fanatismo y heroísmo transformaron los campos de batalla en brillantes e inverosímiles epopeyas.

Fué al día siguiente de esta alianza, que unificó bajo el mando de un jefe supremo los ejércitos negro y mulato, cuando se creó la bandera del partido revolucionario. Queriendo simbolizar la unión de los dos elementos llamados a constituir la nación haitiana y a romper abiertamente con la metrópoli, el general Dessalines reunió el 18 de mayo de 1803 en Arcahaie a los principales generales indígenas y les mostró la bandera francesa, que, por singular contradicción, era todavía la del partido revolucionario. Después, con gesto violento, que reflejaba su determinación de combatir hasta la muerte por conquistar la independencia, el fundador de Haití arrancó el color blanco de la bandera francesa, y juntando el azul y el rojo, los presentó a los generales indígenas Petion, Christophe, Clairveaux, Vernet, Yayou, Toussaint-Brave, Gabart, Pierrot, Larose, etc., que asistían a la ceremonia.

Así nació la bandera de la revolución, que la independencia de Haití bautizó, el día 1 de enero de 1804, como la bandera nacional.

EL CANAL DE PANAMA

Por MANUEL FRAGA IRIBARNE



PARALELAMENTE a las últimas conquistas de las últimas tierras ignoradas, el hombre se ha planteado también el dominio de la distancia. De la distancia como magnitud que puede ser vencida por el tiempo y como extensión que puede ser burlada por la técnica. Así en esta arteria que une a dos colosos—el Atlántico y el Pacífico—, según podemos verla en el presente mapa, hecho en 1941 por el coronel Iglesias, y en donde el hecho formidable de la unión de dos mares se agiganta aún más porque ello también significa la superación de una gran diferencia de nivel. Acaso nada hay tan sintomático de la vocación de poderío de los Estados Unidos de Norteamérica como este brazo de agua. Dividir las tierras para unir los mares. De Nueva York a San Francisco, una flota ya no tendrá que rodear el Estrecho de Magallanes. El Canal es una flecha que puede apuntar a Europa como a Oriente.

Así la sal me llega de los vientos amargos
que en sus hinchadas velas sintió la nave «Argos».

El canal de Panamá, «la mayor libertad que el hombre se ha tomado con la naturaleza», es, por otra parte, uno de los principales factores del paralelogramo contemporáneo de las fuerzas geopolíticas. Su divisa, «*La tierra, dividida; el mundo, unido*», expresa, en la eviterna tensión entre mar y tierra, entre Leviatán y Behemoth, la definitiva unificación de los «siete mares», culminando un proceso que se inició cuando Vasco de Gama dobló el cabo de Buena Esperanza y Magallanes encontró el paso que lleva su nombre. Los canales de Suez y de Panamá derrotaron las distancias marítimas y pusieron a mano los océanos Indico y Pacífico; este último dejó de ser un mar interior, y la terminación del canal de Panamá puede considerarse como «el acontecimiento más funesto de la historia japonesa».

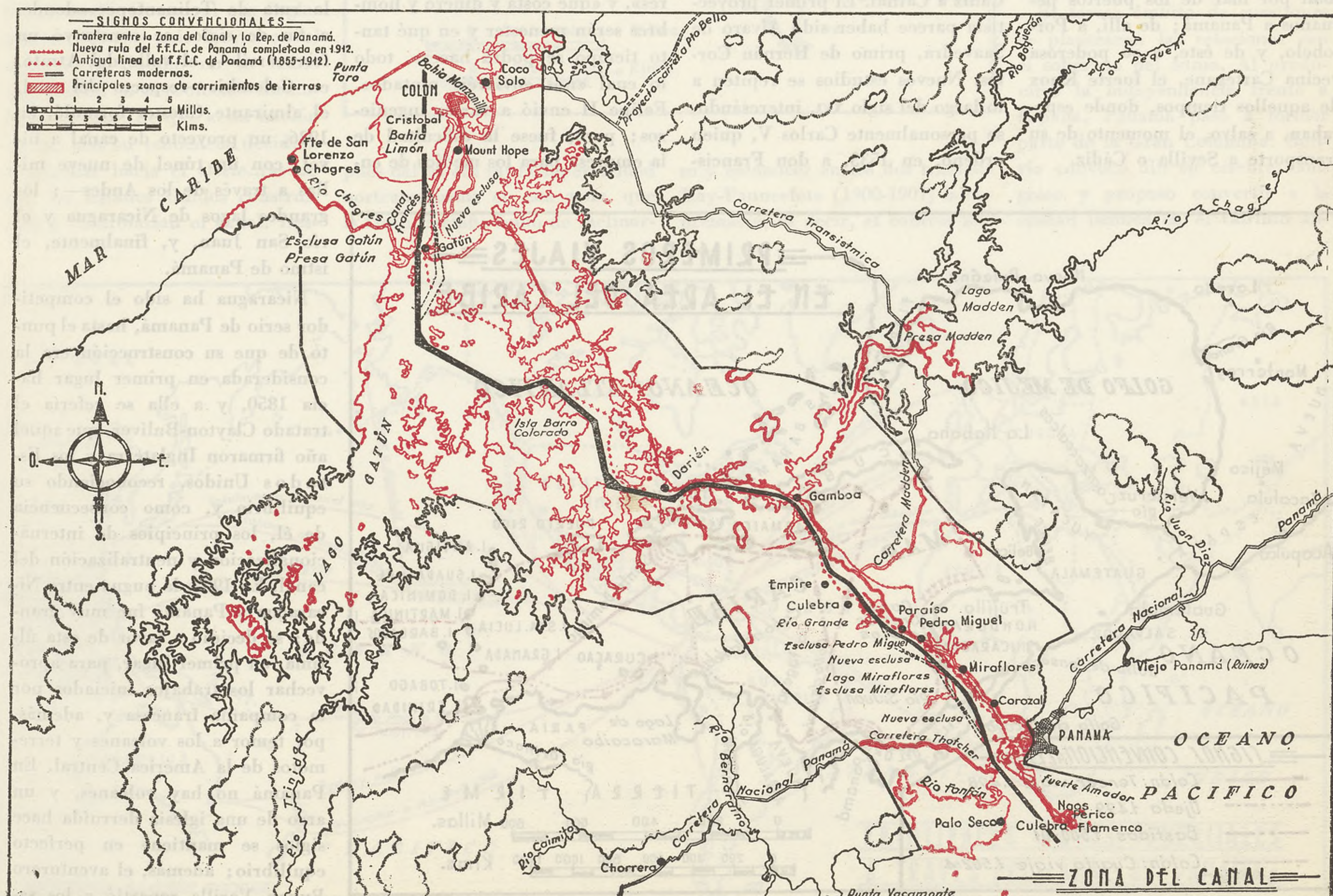
A su vez fué la clave que cerró el arco del Imperio norteamericano. La colosal concentración de tierra continental—sólo comparable a las de Rusia, Brasil y Australia, pero en condiciones más favorables—, de Nueva York a San Francisco y de Alaska a Florida, necesitaba ser unida por mar, a pesar de la colosal red ferroviaria transcontinental. Recordemos que el acorazado *Oregón*, para llegar a tiempo a Santiago de Cuba, salió de San Francisco el 19 de marzo de 1898, dió la vuelta completa a la América del Sur y llegó a Cayo Hueso el 26 de mayo, después de un fantástico viaje de sesenta y ocho días y 13.000 millas a toda máquina.

Por eso los expansionistas yanquis, después de relevar a España como país dominante en el mar Caribe, «el Mediterráneo de América»; después de cuatro siglos de mantener aquel rosario de fortalezas—San Agustín de la Florida, los Morros de San Juan de Puerto Rico y La Habana, la incomparable Cartagena de Indias, Portobelo, etc.—, entre las cuales se infiltraban piratas y bucaneros, decidieron romper el *cul-de-sac* de aquel mar tropical.

El lugar elegido fué el istmo de Panamá, que, desde entonces, con sus 3.000 kilómetros cuadrados de superficie, su «crucero de caminos llanos», se ha convertido en el «asiento natural del equilibrio político, económico y estratégico de todo el continente».

Cuando Spengler, esa «cáustica Casandra del siglo», decía, en 1933, que «la distancia es todavía una fuerza política y militarmente no dominada», señalaba la creciente importancia del control de las rutas y de las bases, y la trascendencia que para la integración económica, militar y política del mundo tienen estos grandes nudos de comunicaciones.

Ya para el Imperio español se planteó el problema. Colón llegó a Panamá en su cuarto viaje (1502-1504); doce años más tarde, Balboa atraviesa el istmo, en una epopeya de argonautas de la selva virgen, y descubre, bautiza y ocupa la «Mar del Sur». Por ella irán Pizarro y Almagro a la fabulosa conquista del Perú, y tantos a Australia, a las Filipinas, al Lejano Oriente. Pedrarias Dávila, el rudo fundador de ciudades, estableció, en 1519, Panamá —llamada «la Vieja» después que Morgan y sus piratas la quemaron en 1671—y construyó el camino de Cruces. Aun hoy se ven los restos venerables de esta primera comunicación interoceánica, que enlazaba el Pacífico—desde Panamá—con el pueblo de Cruces, desde donde, en barcas, navegaba por el río Chages hasta el Atlántico. Allí se estableció una base, primero, en Nombre de Dios, y luego, en Portobelo, donde se celebraban las grandes ferias de los productos españoles que traían las flotas. Estos productos iban al



PRIMEROS ESTABLECIMIENTOS ESPAÑOLES EN EL ISTMO DE PANAMA

SIGNOS CONVENCIONALES
Colón: Cuarto viaje 1.502-03
Bastidas: 1.500-01

Perú y a las demás posesiones de Sudamérica, siguiendo el camino inverso del oro y la plata, que iban por mar de los puertos peruanos a Panamá; de allí, a Portobelo, y de éste, a su poderosa vecina Cartegane, el fuerte Knox de aquellos tiempos, donde esperaban, a salvo, el momento de su transporte a Sevilla o Cádiz.

Desde 1520 se habló de completar el trayecto fluvial del Chages, abriendo así una ruta marítima de Cádiz a Cathai. El primer proyectista parece haber sido Alvaro de Saavedra, primo de Hernán Cortés. Nuevos estudios se repiten a lo largo del siglo XVI, interesándose personalmente Carlos V, quien ordenó, en 1533, a don Francisco de Barrionuevo que investigase «qué forma podía darse para abrir dicha tierra y juntar ambos mares», y «qué costa y dinero y hombres serán menester y en qué tanto tiempo se podrá hacer», todo lo cual «nos enviaréis pintado». Felipe II envió a varios ingenieros; pero, fuese la dificultad de la empresa para los medios de entonces, o la oposición del Consejo de Indias—que temía que la construcción del canal favoreciese a los piratas—, nunca se llevó a cabo. Debe señalarse, sin embargo, que uno de los últimos acuerdos de las famosas Cortes de Cádiz—el 28 de abril de 1814—fué la construcción de un canal interoceánico por el istmo de Telinantepec.

En efecto, Panamá no ha tenido la exclusiva de los planes de comunicación transístmica, aunque sí, por ahora, la realización. A principios del siglo pasado, Humboldt hablaba de nueve rutas hipotéticas: una de ellas, el famoso «paso del Noroeste», por fin descubierto en 1906 por Amundsen, pero inútil por los hielos; otra, la ya vieja de Magallanes; dos—de hecho, impracticables—, enlazando varios ríos canadienses o norteamericanos; otras, también inverosímiles, enlazando el Amazonas con el Pacífico, cortando los Andes, y lo mismo para el río de la Plata. Pero cuatro proyectos eran razonables, y sobre ellos se insistió a menudo: la ruta de Telinantepec—donde, a fin de siglo, se construyó un ferrocarril—, el valle del Atrato, en Colombia—respecto del cual, el almirante Chester formuló, en 1926, un proyecto de canal a nivel, con un túnel de nueve millas a través de los Andes—; los grandes lagos de Nicaragua y el río San Juan, y, finalmente, el istmo de Panamá.

Nicaragua ha sido el competidor serio de Panamá, hasta el punto de que su construcción era la considerada en primer lugar hacia 1850, y a ella se refería el tratado Clayton-Buliver, que aquel año firmaron Inglaterra y los Estados Unidos, reconociendo su equilibrio y, como consecuencia de él, los principios de internacionalización y neutralización del canal. En 1902, la pugna entre Nicaragua y Panamá fué muy grande; se decidió a favor de esta última, en primer lugar, para aprovechar los trabajos iniciados por la compañía francesa y, además, por temor a los volcanes y terremotos de la América Central. En Panamá no hay volcanes, y un arco de una iglesia derruída hace siglos se mantiene en perfecto equilibrio; además, el aventurero Bunan Varilla repartió a los se-

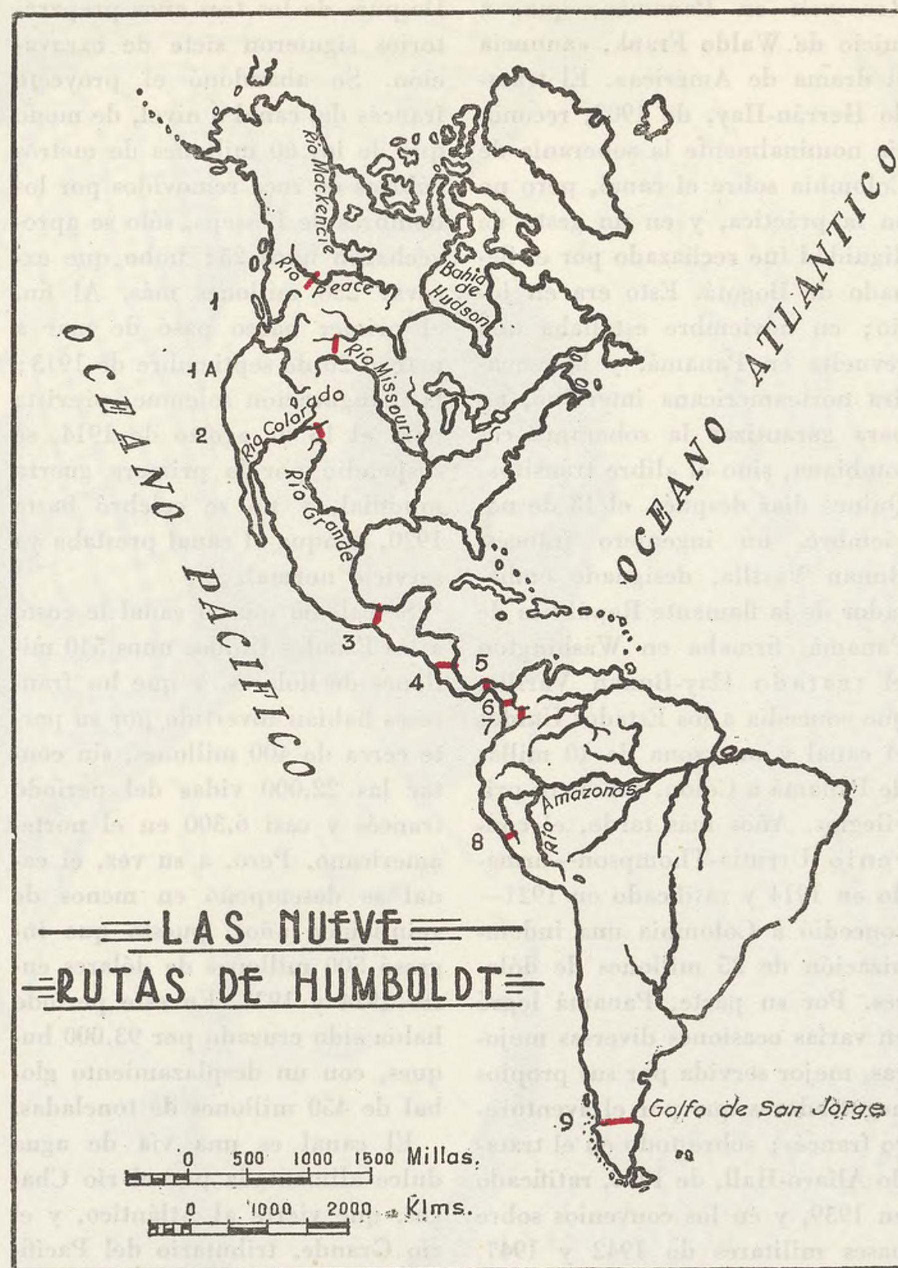
PRIMEROS VIAJES EN EL AREA DEL CARIBE

SIGNOS CONVENCIONALES
Colón: Tercer viaje 1.498
Ojeda 1.499
Bastidas 1.500-01
Colón: Cuarto viaje 1.502-4

nadores de Wáshington un sello de correos nicaragüense con el Momotombo—cantado por Víctor Hugo y por Rubén Darío—en inoportuna erupción. De todos modos, la idea no está abandonada, y menos hoy, que los bombardeos aéreos y atómicos hacen muy deseable el disponer de dos rutas, por si acaso. El tratado Brian-Chamorro, de 1914, ratificado en 1916, reserva la exclusiva del canal nicaragüense a los Estados Unidos, que han realizado nuevos estudios en esta zona por los años 1929 a 1931 y 1938 a 1939.

El canal de Panamá es, pues, el resultado de una complicada cadena de sucesos de todo orden: políticos, diplomáticos, técnicos, económicos. Veamos, como una breve cinta cinematográfica, los principales.

Primera serie de problemas: Equilibrio mundial—tesis europea—frente a la doctrina de Monroe (de dominio norteamericano en el Nuevo Mundo). Los Estados Unidos tienen que aceptar, en el tratado Clayton-Buliver de 1850, el compartir el control con Inglaterra, entonces más fuerte en el mar. Pero Goethe no se había equivocado en su profecía—formulada en 1826, de que «esta nación joven, con su tendencia decidida a marchar hacia el Oeste...»—de que los Estados Unidos construirían y controlarían el canal. Después del 98 era tal la superioridad norteamericana en esta zona, que la Gran Bretaña hubo de inclinarse y reconocer en los dos tratados Hay-Pannceforte (1900-1901) la supremacía, es decir, el control militar del canal por los Estados Unidos.



LAS NUEVE RUTAS DE HUMBOLDT

El segundo tipo de problema fué de orden financiero y técnico. Fernando de Lesseps, el «gran francés», como le llamaba Gambetta, cargado de gloria por la hazaña de Suez, no pudo oír por segunda vez la «Marcha triunfal» de *Aida*. El Congreso de París de 1879, que puso definitivamente en marcha el proyecto francés, fué comparado con un Concilio medieval, organizando una cruzada; pero la hostilidad norteamericana, el clima y su insalubridad y una pésima administración—que compró 10.000 palas para nieve con destino a una zona tropical y 15.000 antorchas para celebrar una inauguración que se preveía años más tarde—acabaron en un colosal *affaire* de corrupción administrativa, con miles de pequeños accionistas arruinados, y los apelativos de *panamiste* y *chéquard*—los que habían recibido *cheques* en el «*affaire* Panamá»—convertidos en los peores insultos de la ahorrativa pequeña burguesía de la tercera República.

El tercer ámbito de cuestiones lo plantearon las relaciones con el soberano del istmo. Al producirse la independencia frente a España, Panamá pasó a formar parte de la Gran Colombia. Bolivia convocó allí su célebre Congreso y propuso convertir a la ciudad ístmica en el Corinto an-



PRINCIPALES RUTAS COMERCIALES A TRAVES DEL CANAL DE PANAMA.

fictiónico de las Américas. Pero oigamos a Waldo Frank: «El águila se hallaba, entretanto, soberbiamente feliz, apresando tierra con las dos garras. Y he aquí a Colombia, apenas en plumón, libertando a sus esclavos y tratando de internacionalizar una fajita de terreno que bien podía ser el ombligo del Oeste.» Pronto respiraron tranquilos: la Gran Colombia se disolvió en 1830, y la débil Confederación de Nueva Granada—antecesora de la actual República de Colombia—, abandonada por Venezuela y el Ecuador, tuvo que aceptar, en 1846, el tratado Mallarino - Bidlack, por el cual reconocía a los Estados Unidos el libre tránsito y el derecho de intervención en el istmo. Poco después, una compañía norteamericana inició (1850) la construcción del ferrocarril transístmico, terminado en 1855, por el cual pasaron casi todo el oro y los emigrantes de California, hasta la terminación del primer ferrocarril intercontinental, en 1869. El ferrocarril llegó a repartir dividendos hasta del 44 por 100 el año 1868.

La contrapartida para Nueva Granada (desde 1885, República de Colombia) era que los Estados Unidos le garantizarían la soberanía del istmo, de difícil defensa, pues estaba aislado por la todavía hoy impenetrable selva del Darién. Pero en el momento en que los franceses se retiraron, a cambio de una indemnización de 40 millones de dólares, «dejando sólo una cicatriz sobre la faz de los Andes», se producirá el trágico «encuentro de Bolívar y de Roosevelt en Panamá», que, a juicio de Waldo Frank, «anuncia el drama de América». El tratado Herrán-Hay, de 1903, reconocía nominalmente la soberanía de Colombia sobre el canal, pero no en la práctica, y en un gesto de dignidad fué rechazado por el Senado de Bogotá. Esto era en julio; en noviembre estallaba una revuelta en Panamá, y la escuadra norteamericana intervino, no para garantizar la soberanía colombiana, sino el «libre tránsito». Quince días después, el 18 de noviembre, un ingeniero francés, Bunan Varilla, designado embajador de la flamante República de Panamá, firmaba en Wáshington el tratado Hay-Bunan Varilla, que concedía a los Estados Unidos el canal y una zona de 10 millas de Panamá a Colón, con otros privilegios. Años más tarde, el convenio Urrutia-Thompson—firmado en 1914 y ratificado en 1921—concedió a Colombia una indemnización de 25 millones de dólares. Por su parte, Panamá logró en varias ocasiones diversas mejoras, mejor servida por sus propios negociadores que por el aventurero francés; sobre todo en el tratado Alfaro-Hall, de 1936, ratificado en 1939, y en los convenios sobre bases militares de 1942 y 1947, iniciándose ahora nuevas negociaciones al respecto.

En 1904, el Congreso de los Estados Unidos votó los créditos necesarios para empezar las obras, y el Presidente designó a una comisión de nueve miembros para dirigirlos. Hasta 1907 los trabajos fueron lentos, hasta que los ingenieros militares, con el coronel Goethals, se encargaron de ellos. El saneamiento del país, una maquinaria portentosa, el oro americano y el trabajo denodado de miles de oscuros obreros (de 1906 a 1908, los agentes del canal contrataron a 12.000 en Europa, de los cuales 8.200 eran del noroeste de España) hicieron el milagro. Después de los tres años preparatorios siguieron siete de excavación. Se abandonó el proyecto francés del canal a nivel, de modo que de los 60 millones de metros cúbicos de roca removidos por los hombres de Lesseps, sólo se aprovecharon unos 23; hubo que excavar 258 millones más. Al fin, el primer barco pasó de mar a mar el 26 de septiembre de 1913; la inauguración solemne, prevista para el 15 de agosto de 1914, se suspendió por la primera guerra mundial, y no se celebró hasta 1920, aunque el canal prestaba ya servicio normal.

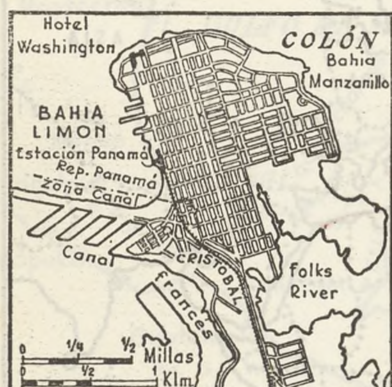
Se calcula que el canal le costó a los Estados Unidos unos 540 millones de dólares, y que los franceses habían invertido por su parte cerca de 400 millones, sin contar las 22.000 vidas del período francés y casi 6.300 en el norteamericano. Pero, a su vez, el canal se desempeñó en menos de veinticinco años, puesto que ingresó 500 millones de dólares entre 1914 y 1937. En este período había sido cruzado por 93.000 buques, con un desplazamiento global de 450 millones de toneladas.

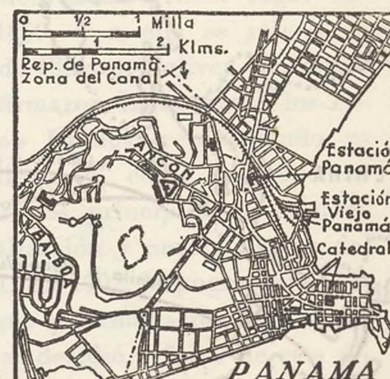
El canal es una vía de agua dulce alimentada por el río Chages, que vierte al Atlántico, y el río Grande, tributario del Pacífico, amén de otras muchas corrientes fluviales de menor cuantía que se represan y regulan en los tres grandes lagos artificiales de Gatrín, Miraflores y Madden. Mide 50 millas de longitud, entre aguas profundas, y se suelen invertir siete horas en cada tránsito por la demora de las esclusas. En 1940 se autorizó la construcción de un tercer juego de esclusas para descongestionar el tráfico y hacerlo menos vulnerable a un eventual ataque aéreo. En 1934, 110 buques de la flota norteamericana cruzaron el canal en un tiempo *record* de cuarenta y ocho horas.

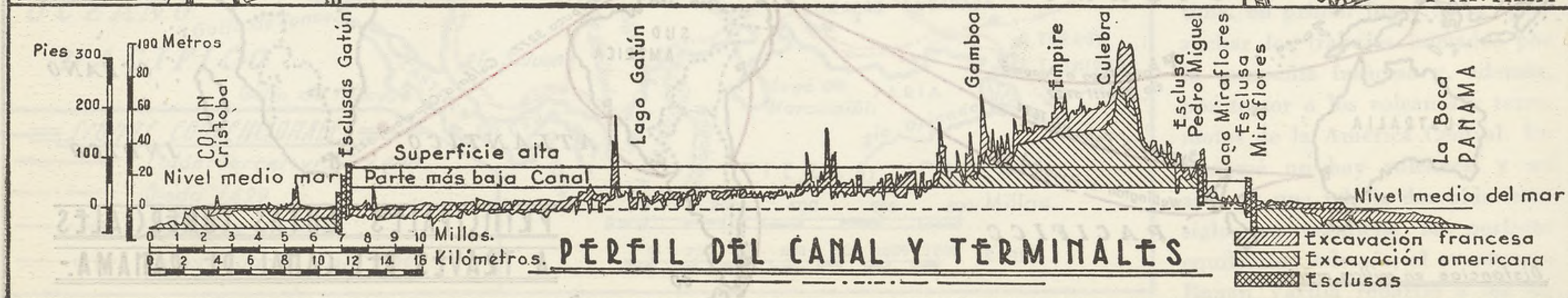
El canal ha revolucionado las distancias marítimas; gracias a él, un lento carguero de 10 nudos puede ir de Nueva York a San Francisco en un mes, y en tres semanas de Gibraltar a San Francisco. El presidente de la American Hawaian Steampship Co. calculaba que el canal había ahorrado 10 dólares por tonelada de mercancía de Nueva York a Honolulú.

Pero ni los grandes portaviones ni los mayores transatlánticos caben ya por las esclusas, y la gran ventaja que obtuvieron los Estados Unidos del canal, el controlar los dos océanos con una sola escuadra, empieza a fallar. En la actualidad se prevé un vasto plan de reformas en dos fases: la primera, que durará hasta 1956, costará un millón y medio de dólares y comprenderá retoques menores. En la segunda se prevén reformas de mayor envergadura, a lo largo de diez años más, por un importe de 25 millones. Se cree que esto bastará para mantener el canal en pleno funcionamiento por lo que resta de siglo.

De vez en cuando se habla de internacionalizar el canal; la idea de Bolívar ha sido recogida por mentes tan distantes como la de Trotsky y, recientemente, la de Pandit Nehru. Es lo cierto que un día Panamá tienda a ser el fulcro sensible de dos océanos y de dos continentes; tal vez un día el canal—como pensaba García Calderón en 1907—separe tanto como una a las dos Américas, o—como piensa mi buen amigo Víctor F. Goytia—cumpla, al fin, su auténtica «función continental».







Trescientos años separan el momento vital de estas dos damitas españolas. Seguramente su carácter y sus menudos accidentes serán los mismos, a pesar del tiempo. El cuadro pertenece al taller de Velázquez.

LA CONTINUIDAD DE LOS ESPAÑOLES

LUIS G. DE CANDAMO

Pocos países de Europa conservan un índice de progresión demográfica tan elevado y constante como España, ni es frecuente encontrar en los pueblos y las ciudades europeas tan bulliciosas aglomeraciones infantiles como las que pululan en las



1953. La playa de San Sebastián constituye el oportuno escenario para el travieso y deportivo dinamismo de estas niñas, cuyo gesto, lleno de viveza, corresponde al ritmo veloz de la vida actual, con la característica afición de nuestro tiempo por gozar la Naturaleza ejecutivamente, más allá de la pura contemplación romántica del paisaje practicada en siglos pasados. La fotografía ha sido realizada por «Jafer».

capitales y en los villorrios de nuestro país. Para fin de siglo, según los cálculos estadísticos, España alcanzará los 45 millones de habitantes, cifra óptima de población con respecto a la superficie y las posibilidades de riqueza de nuestro territorio. Tales datos revelan una vitalidad racial, que no sólo favorece a España, sino que también contribuye al establecimiento de un equilibrio necesario para todo el continente. Cuando Francia, por ejemplo, se siente medrosa ante la insistencia con que se producen los movimientos de invasión sobre sus fronteras, debiera pensar, más que en las engañosas y frágiles seguridades políticas y diplomáticas, en su problema demográfico, que determina un centro de bajas presiones sujeto, por simples leyes físicas, a la atracción de los países superpoblados. Pero también es cierto que el aumento de la natalidad sólo puede ser motivo de alborozo si responde a una formación moral y unos conceptos doctrinales de valor permanente, superiores al transcurso del tiempo. Desde antiguo, los niños españoles mantienen unas características invariables en cuanto a su genio vivo, inteligente y despierto. No son los niños españoles sosegados y pastueños, sino nerviosos y propicios a descubrir todas las realidades de la vida. No son, como otros, fáciles de embobar con fantasías y cuentos mágicos; pero, en cambio, pronto aprenden con inquebrantable arraigo las materias de la fe y las normas espirituales de la religión. En su cuna, suele ser el español como el obispo comunero don Antonio de Acuña, al que le reprochaba Guevara «que vuestro ayo os mudó cuatro amas en seis meses, porque de criar érades bravo y en tomar la leche muy importuno». En la sangre lleva el niño español los principios de la hidalguía, que en el fondo, traducido el concepto a una valoración actual, es la estimación de la individualidad, del valor personal e insustituíble de cada uno, discrepante de la masa por la trascendencia eterna de su propia alma. Son expresivos de esta doctrina los consejos que su sabio pedagogo le transmitía al pequeño conde de Buelna, hermano de leche de Don Enrique III de Castilla. «Fijo—le decía—, ante todas cosas, conoced a Dios, e después conoced a vos, e después a los otros.» Contiene este escueto enunciado un resumen vigente, no obstante el transcurso de casi seis siglos, de cuanto debe constituir la educación; Teología, Psicología y Ciencia están encerradas en esta breve definición. Templar el carácter del niño y pulir sus impulsos irreflexivos, constituía otro de los propósitos de este buen ayo: «Fijo, cuando oviéredes a hablar ante los omes, primero lo pasad por la lima del seso, antes que venga a la lengua.» Hay mucho humanismo en tan cierta afirmación, como se descubre un profundo caudal de respeto al hombre en el siguiente consejo: «Non hay más noble cosa que el corazón del ome; nunca recibe señorío de grado; e más omes ga-



Así empezaban su vida los pícaros del siglo XVII, reflejados en esta escena de mozalbetes tahures, pintada por Villavicencio y que se conserva en el Prado.



La edad temprana no ha podido despojar a este niño, nacido para rey, de la apostura regia y militar.

En el «Socorro de Génova», pintado por Pereda, aparece este delicioso paje, tal vez futuro capitán.





Este príncipe goyesco, incluído en la magistral composición de la familia de Carlos IV, ya no posee el aire militante de los infantes velazqueños. Sin embargo, ofrece un delicado y sensible contenido.



Las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, retratadas magistral y minuciosamente por Sánchez Coello, nos recuerdan los maravillosos fragmentos de las cartas que les dirigía su padre, Felipe II, hablándoles de pájaros, flores y otros regalos, bellos y frágiles como ellas mismas, que el rey enviaba desde Lisboa.

Seguramente en toda la historia de la pintura no podrá reseñarse un grupo más dotado de distinción y ternura que el de estos niños retratados por Goya, descendientes de varios famosos duques de Osuna y precursores de otros verdaderamente legendarios. Los niños se divierten con juguetes reveladores de su época.



narás por amor, que por fuerza nin por temor.» En cuanto al rey, se dicta una hábil conducta de servicio y de prudencia: «Fijo, servid al rey, e guardadvos dél; que es como el león que jugando mata, e burlando destruye.»

Una convicción común, fundada en la fraternidad cristiana, une a los españoles en su diversidad social y abre a todos el factible ascenso a las esferas más elevadas. El muchacho pobre tenía desde el siglo XV acceso a las Universidades, para encumbrarse por el difícil sendero de la sabiduría, y también disponía del áspero camino de las armas para llegar a virrey. La novela picaresca nos pinta con duras pinceladas y con amargo humor los avatares de la más desvalida infancia española, no más desgraciada que la de los otros países y tiempos. De esos avispados mozalbetes salieron, sin embargo, los capitanes de Indias, así como muchos prelados y doctores del Viejo y el Nuevo Continente. La sobriedad española y el concepto viril de la vida no han impedido en ningún tiempo, como muchos sospechan, el desarrollo de la ternura en los corazones. Verbigracia, la personalidad de Felipe II, tan deformada por el tendencioso propósito de los historiadores, se revela con la más insospechada sensibilidad en las cartas que dirige a sus hijas desde Lisboa. Las niñas eran, por lo visto, curiosillas y preguntonas, entregadas al gusto de las flores y los animales. «El junquillo amarillo que os



El siglo XIX, en sus mejores aspectos de refinamiento estético social, se define en este niño de Esquivel.



La gracia de la actitud nos ofrece en este otro cuadro de Esquivel una bella estampa del siglo XIX.

han llevado de Aranjuez—les escribe el rey—es una flor salvaje que nace, creo yo, mejor en los campos que en el jardín y no tiene fragancia...» «No; el pájaro—dice en otra carta—no es una garza; es algo bien distinto, como ya os he dicho; es muy pequeño las garzas son grandes.» Sánchez Coello ha recogido maravillosamente este momento de la vida de las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela al retratarlas juntas entregándose una coronita de flores. Los niños españoles se nos muestran en el Museo del



Prado tal como eran. Los príncipes, minúsculos y muy dignos, al estilo de Baltasar Carlos. Los de ínfima extracción, picarescos y despejados, desbordantes de vitalidad y alegría, como los pequeños tahures de Villavicencio. Goya nos presta el más fiel panorama infantil en el relevo de los siglos XVIII y XIX. La continuidad de la infancia española puede buscarse luego en la elegancia romántica y quintaesenciada de Esquivel. Por fin, nuestro siglo nos brinda el realismo inefable de la fotografía, que también es arte cuando profundiza y descubre, en la máxima espontaneidad, la belleza psicológica de unos españoles en agraz, a quienes pertenece el futuro.

Clasicismo escueto y espontáneo, con todo el vigor de una raza que sigue cumpliendo su misión universal, es el único comentario que puede hacerse a esta fotografía, cuya sugestión plástica es superior a toda retórica. La fotografía de «Jafer» parece recoger nuevamente la imagen intrigada y dolorida del «Niño de la Espina».

El naipe emprende su vuelo hasta rozar las piedras ilustres del acueducto de Segovia y regresa obediente a la mano del prestidigitador, como guiado por el diablo.

SEGOVIA CIUDAD MAGICA

UN CONGRESO MUNDIAL DE ILUSIONISMO

MAGOS BAJO EL ACUEDUCTO QUE CONSTRUYERON LOS ROMANOS SEGUN LA HISTORIA Y EL DIABLO SEGUN LA LEYENDA

Gran expectación. El mago, estrujado por el público que le rodea, despliega el abanico de una baraja para realizar algún sorprendente truco.



DESDE el acueducto al Alcázar, las letras de Segovia cubren y abarcan un sugerente trayecto, que se sale de las fronteras físicas de su actual geografía. Por Segovia pasan varios meridianos que no están en el mapamundi. El viejo meridiano de Castilla, que le da su carácter actual. Y el meridiano romano, el árabe y el celtíbero, que cruzan radiantes su historia desde el fondo de los siglos, perpetuados en sus enjutas calles antiguas y en la pátina ilustre de los edificios. Ahora, en el cercano mes de mayo—con pájaros nuevos en los pinares y nieve aun en el regazo de la serrana y orográfica «Mujer Muerta»—, acaba de inaugurar una proyección más hacia lo maravilloso, un flamante meridiano hacia la cuarta dimensión del mundo mágico, donde se vuelve posible lo imposible.

La ciudad, que se mueve normalmente al compás lento de una vida provinciana y tranquila—pese al frecuente contrapunto de las oleadas turísticas, que encrespan desde hace algunos años su superficie monumental y urbana—, se ha llenado de magos. Magos joviales, jocundos, alegres y estimulantes, que llegaron con sus chisteras embrujadas, sus mesitas misteriosas, sus palomas y conejos, sus pañuelos de colores, sus naipes ingrávidos, sus cajas de doble fondo, sus gratos engaños y todo el sutil equipaje de trampas y trucos para los ojos y la ilusión. Ilusionistas belgas, alemanes, franceses, lusitanos, de América del Norte y del Sur, se reunieron con sus colegas españoles—de todas las provincias de nuestra cartográfica piel de toro—para constituir el Congreso de la Magia, en su segunda edición nacional e internacional.

Por J. VEGA PICO

Ciento cincuenta congresistas en números redondos, y en su mayor parte aficionados, procedentes de las más variadas profesiones—médicos, ingenieros, militares, marinos, juristas, industriales, banqueros e incluso eclesiásticos—, se congregaron en el salón de sesiones y se desparramaron por las calles segovianos, siempre con un juego a punto y una fulgurante demostración de su destreza en el arte del escamoteo y el cambiazo.

EL CONGRESO POR FUERA

El pueblo en pleno de Segovia, todo su censo ciudadano, pudo disfrutar copiosamente de la presencia de los magos nacionales y extranjeros. En sus andanzas y paseos por las vías públicas levantaban su magia a la intemperie para encantar y asombrar a cuantos los rodeaban, incansables en sus peticiones.

No se hacían rogar los congresistas y al momento surgían los naipes, las monedas o cualquier otro ligero elemento de su portatil «atrezzo», propio para demostraciones al aire libre. Aparecían y desaparecían los ases de corazones y los reyes de pique. Se esfumaban en evanescente vuelo los pañuelos de seda. Se mantenía en prodigiosa levitación una bujía de cera. Se desintegraba una dura pieza numismática en el breve viaje de una mano a otra. Y, en fin, el que más miraba, menos veía, en su afán por descubrir lo incapturable.

El catalán Bernat, «amateur» puro y fenómeno mundial de la cartomagia—vencedor en el último Congreso de Ginebra—, realizaba sensacionales trabajos de ligereza digital a la velocidad de la luz. El colombiano Max Lond, único representante de Hispanoamérica e ilusionista de calidad excepcional, sacaba de quicio a los ocasionales espectadores con su «cordón mágico». Un cordoncito que partía en menudos trozos y que luego reconstruía sin daño ni fisura con sólo pronunciar unas palabras jovialmente sibilinas. Arthur Spreine, un norteamericano de película simpática y juvenil, repetía incan-



De la boca de Roden (España) sale un chorro de naipes. Los obreros que trabajan en una calle de Segovia también disfrutaron de su sesión de ilusionismo.

sablemente su juego de «papi y mami». Papá conejo y mamá coneja, uno en cada mano del prestidigitador, suspiraban por arrullarse. Un soplo y aparecían los dos juntos en la mano izquierda. Se cerraba de nuevo la mano y, al abrirla, salían «papi» y «mami» seguidos de cinco pequeños gazapitos. La fecunda familia conejil era de goma, una goma blanda y esponjosa, en cuya condición residía seguramente la clave del truco. Pero no debe importarnos el conocimiento del truco. Lo que debe importar es la gracia y la limpieza con que el artista ejecuta su juego. Ya se sabe que hay trampa, porque los ilusionistas no hacen milagros ni lo pretenden. ¿Para qué romper y destruir la ılusión, su envoltura externa e ingenua, por el torpe afán de desvelar un secreto intrascendente y simple?

El Congreso, pues, se desarrollaba sin solución de continuidad. Concursos en el salón de sesiones, galas benéficas con taquillas abiertas en el teatro y espectáculo público y gratuito de los magos en la calle. Un mago de magia blanca llevaba rosario y hábitos. Era el padre Wenceslao Ciuró, que, al besar en una ocasión el anillo del obispo de Segovia, al que tropezó en uno de los habituales paseos a pie del prelado, le dijo después:

—¿Cómo lleva su ilustrísima los bolsillos llenos de barajas?

El obispo de Segovia denegó sorprendido:

—Yo no llevo barajas.

—Pues mire su ilustrísima. Va lleno de naipes.

Y le sacó del manteo una gran cantidad de cartas, que habían nacido mágicamente adosadas a la tela.

—Tiene usted que hacer una demostración en el Seminario—propuso el prelado.

Y la hizo el padre Ciuró ante varios centenares de futuros teólogos. El padre Ciuró utiliza su habilidad ilusionista en servicio de Dios para prender a los chicos de los suburbios a los bancos de las catequesis. Y varios misioneros han tomado lecciones suyas y se han ido a las selvas y a las latitudes infieles, abriendo los primeros y difíciles caminos de la cristianización indígena con el escamoteo y la taumaturgia trucada. Luego, según nos contó el sacerdote mago, les descubrían las trampas para que no los tomasen por dioses.

CONCLUSIONES, CONCURSOS Y PREMIOS

Como en todo Congreso, en el de Ilusionismo —iniciado con una misa del Espíritu Santo, que ofició el padre Ciuró—hubo también sus ponencias y sus conclusiones correspondientes. Se pidió que fuese declarado Día Mundial del Mago el 31 de enero, conmemoración de San Juan Bosco, siervo de Dios que llevó el ilusionismo a las hagiografías y fué un gran prestidigitador en su época. Se propuso también que la palabra «ilusionista» y sus derivadas entren por las puertas del diccionario con todos los honores y sin trampa, previo el docto beneplácito de los académicos de la Lengua. Se pidió una vigilancia más estrecha en la concesión de carnets profesionales, en la divulgación de secretos mágicos y en los derechos de autor para los creadores de juegos inéditos y trucos originales.



La manita del pequeño segoviano se alarga para coger las monedas que le muestra Roden, pero que se volverán evanescentes sólo con que el prestidigitador pronuncie ciertas palabras sibilinas de su abracadabra.



Un grupo de naipes alza el vuelo en el aire; pero, antes de precipitarse al vacío, un golpe mágico los recuperará instantáneamente a su origen.

Ferrándiz (España) divierte a los segovianos con un escamoteo gratuito, al pie de una colegiata, sobre la que se aúpan las torres de la catedral.



Después empezaron los concursos. Dentro del repertorio de especialidades mágicas, se dividió la competencia en ocho capítulos: presentación, ilusionismo festivo, manipulación, invención, cartomagia, micromagia, ilusionismo escenográfico y ramas anexas. El desfile de los inscritos duró varias horas, repartidas en las mañanas y las tardes de dos días. En la atmósfera encantada del pequeño escenario de la sala de sesiones brotó el ensalmo de las maravillas, el abracadabra del prodigio, la tierna e inofensiva «brujería» del engaño a los sentidos.

El cordobés Lubián Lot presenta una maceta de hojas artificiales. Basta con unas gotas de agua para que comiencen a surgir flores frescas y con todo su aroma. El francés Fran-tou-pas se tragó doce agujas de costura y una hebra de hilo blanco, para sacar al instante las agujas enhebradas en el hilo. El madrileño Forcada, estudiante de Medicina, presentó un estupendo aparato de rayos X, que tiene la propiedad de hacer la radiografía del tórax de un espectador con la carta que ha elegido previamente y ha colocado en el bolsillo superior de su americana.

Le sigue el catalán Viñas, con atuendo chino y ademanes escénicos orientales. Viñas transmuta el agua en cofeti y hace desaparecer en un cucurucho de papel el líquido contenido de un jarrón de gran capacidad. Emil Thoma, editor y librero alemán, ha inventado una botella fantástica, de la que sale tan pronto una copa de jerez como un vaso de leche o un pañuelo de crespón. Y luego hace con el pañuelo la experiencia de la «mujer serrada por la mitad». Sin mujer, claro es. El pañuelo cumple las veces de la «partenaire», se coloca dentro de un rollo de cartulina en lugar del alarmante y folletinesco «cajón del crimen», se secciona por la mitad y aparece intacto el pañuelo, sin daño ni ruptura. No tiene la melodramática morbosidad de la «mujer serrada», pero resulta mucho más gracioso, amable e «incruento».

He aquí otra botella, la del colombiano Max Lond, que ofrece para su examen y que puede comprobar quien quiera que está llena de agua y que no hay ningún tapón que obstruya la salida del líquido. Después de un pase «magnético», la pone boca abajo y el agua no se derrama. Para demostrar que continúa sin tapón, introduce un palillo y un lapicero, que quedan flotando en el interior. Estupendo experimento, que se burla de la ley de gravitación.

Freddy Hautier. Belga. El hombre de amianto. Doce cigarrillos, doce. Todos en acción al mismo tiempo. Le salen de la boca, de las manos, de los bolsillos, de las mangas, de los faldones del frac. Tira los cigarrillos y toma una página de periódico. La parte y hace con ella 32 pedazos. Los lanza rápidamente al aire y, al recogerlos, despliega la página totalmente reconstruída.

Desfile de catalanes. Ferrándiz hace la triple conversión, varita mágica-jaula con pájaro-pañuelo de seda. Y por si alguien no está conforme todavía, invierte la transmutación. Esto es: pañuelo-pájaro-varita. Todo ello en segundos, con ritmo alegre y veloz, que hace más sugestivo su trabajo. Al fin, toma de nuevo la jaula, donde aletea un jilguero. La cubre con un paño. Sopla. Nada bajo el paño. ¿Dónde habrá ido a parar la jaula y su palpitante prisionero? Seguramente a la cuarta dimensión, cuyo misterioso e inaprehensible espacio sólo es conocido por quien posee la piedra filosofal del truco ilusionista.

He aquí al jovencísimo Sobrerroca y a su maestro Roden. El primero acaba de terminar el bachillerato en un Instituto de Barcelona, pero puede dar lecciones al más pintado en la manipulación de bolas, monedas y pitillos y en el deslumbrante malabarismo con naipes, uno de cuyos ejercicios consiste en desplegar sobre el antebrazo una baraja, lanzarla al aire y recogerla en un solo bloque, plegando en su mano el desarticulado acordeón de las cartas viajeras del espacio. A Roden se le encienden de pronto los diez dedos de las manos, a través de los cuales pasan luego grandes y resbaladizas bolas de billar, que surgen y se desvanecen con rapidez increíble. Por último, una bujía colocada en un candelabro abandona su base, gira sin apoyo aparente, queda quieta y vuelve obediente a su punto de origen.

Marzo y Larriva, españoles también, despliegan el abanico de los naipes para sacar barajas de los sitios más inverosímiles. El baturro Larriva—paisano del autor del almanaque más famoso de la nación, que también hace magia con la meteorología—, rompe la masa viscosa de un huevo sobre un pañuelo de señora, lo envuelve, lo aplasta, sopla y el huevo se ha evaporado, sin dejar la menor mancha en el pañuelo. Alfonso Monge, andaluz-segoviano y presidente magnífico de la Comisión organizadora, nos presenta fuera de programa al ilusionista más joven del mundo: su hijo Alfonsito, que a los seis años mal contados nos deja boquiabiertos con su destreza y precocidad. A continuación, el padre trae al escenario un singular aparato de televisión que tiene miga. Muestra su interior, totalmente hueco y vacío. Corre una delgada cortinilla, donde va la pantalla. Maneja los mandos. Comienza el programa. Desfilan escenas comentadas por la voz del locutor. De pronto, un estallido que rompe la pantalla. Y de donde no había nada, salen conejos, docenas de pañuelos, banderas...

He aquí al francés Lefèvre. Atraviesa su

«Vean ustedes estas cartas.» Los dos guardias las miran; pero como en magia el que más mira menos ve, los naipes desaparecerán para surgir inesperadamente.

brazo izquierdo con un cuchillo, sale la sangre, pero la sangre no llega al río, ni siquiera a la batería del escenario, porque la terapéutica mágica la restaña y sutura milagrosamente su honda «herida». Otro experimento del mismo. Una manzana clavada en un alambre. Lefèvre se coloca delante con una baraja en el pecho. Entrega un revólver al que quiera colaborar con él. Disparo y detonación. La baraja, señores, ha quedado atravesada y el proyectil ha ido a incrustarse en la manzana.

El campeón de la simpatía, Spreiner—actualmente cabo del Ejército norteamericano en Europa—, que se ha fabricado una espontánea y clamorosa popularidad sin saber más palabras españolas que «papá» y «mamá», entre otros experimentos de ilusionismo, ha requerido a un espectador, ha solicitado el préstamo de su corbata, la ha cortado con unas grandes tijeras, ha hecho un nudo con los dos pedazos seccionados, los ha envuelto y ha extraído del paquetito la corbata tan entera como cuando la tomó.

Y el segoviano Hernández Ramos, comisario general del Congreso, presentó una bella fantasía escenográfica con sorprendentes juegos de ilusión, en la que relató plástica y mágicamente la leyenda del diablo, la doncella y el acueducto, que palpita desde distancias seculares en la fábula folklórica de Segovia y que ahora cobró nueva vida merced a la varita de virtudes del mago local.

Como regocijante colofón, el humor de Armenteras, que divirtió al Congreso con chistes y prestidigitaciones, sincronizados en un trepidante complejo de risas y asombros.

Y con él queda redondo y cerrado el índice de los que triunfaron en la disputa de premios, con una muestra somera, escueta y forzosamente condensada de su bagaje mágico.

EL JURADO, EL AMBIENTE Y LOAS FINALES

Presidió el Jurado, con el barcelonés don Javier de Areny Plandolit, el veterano ilusionista y doctor francés M. Jules D'Hôtel, asombrosa réplica del retrato de Poincaré cuando era inquilino del Elíseo y cuya identidad física parecía también cosa de magia. Hubo conferencias también—chispeante, divertida y emotiva la del escritor Alfredo Marquerie—y discursos—elocuente y fogoso el del gobernador de Segovia—, con el epílogo de un banquete sin trampa, gastronómicamente hablando. Porque, sin andar en bromas con los jugos gástricos, hubo ilusionismo al margen del menú y durante su desarrollo. Por ejemplo, una dentadura que comía sola encima de la mesa. Y algún que otro habano explosivo.

Varias casas especializadas en literatura y aparatos de magia expusieron sus creaciones en «stands» instalados en la sala del Congreso. Por las minutas de sus catálogos nos dimos cuenta de lo cara que resulta la afición al ilusionismo. Había precios de aparatos hasta de cinco cifras.

No podemos prescindir en este apresurado resumen de una mención especial para el número del «hombre radar». Una mañana, toda Segovia se lanzó a la calle para verlo. Sanjaume Guasch, un tintorero catalán orondo y optimista, condujo un coche con los ojos vendados por un difícil y enjuto circuito urbano, apasionante y espectacular experiencia, que resultó perfecta.

Y tampoco la brillante actuación fuera de concurso del industrial catalán Juan Bautista Bernat, universal figura de la cartomagia y la manipulación, que, si quisiera pasarse al profesionalismo, convertiría en oro su supersónico sistema digital, cuya inverosímil y alucinante rapidez es posible que no tenga réplica ni parangón en la nomenclatura contemporánea del ilusionismo.

Cinco días duró el Congreso. Cinco días en que los asistentes a él vivimos en un mundo encantado. Centenares de juegos pasaron ante nuestros ojos, que no se cansaban de mirar y de ser engañados gratamente. Alrededor, la incesante, inofensiva y silenciosa tormenta de los «flash» fotográficos y las cámaras del «NO-DO». En el escenario íntimo del salón de sesiones, los prodigios de los magos. Y en cualquier parte, un encendedor que se tragaba el cigarrillo que poníamos cándidamente a sus alcances. O un cigarrillo que se escondía burlonamente en su boquilla cuando éramos nosotros los que nos ofrecíamos a darle lumbre. Y en la calle, la prolongación del Congreso a la intemperie, bajo el sol de Castilla y el aire fino de la cara septentrional del Guadarrama.

Hoy, Segovia, de retorno a su cotidiano acontecer, ha vuelto a recobrar el pulso y el ritmo de sus hábitos ciudadanos. Pero hubo unos días en que vivió al margen de la realidad, en levitación tangencial a las leyes físicas, mágicamente incursa en un clima de sano delirio fantástico, donde todo sueño y todo pasmo eran posibles.

(Fotos BERNARDO.)



Sobre el fondo histórico de un trozo de arquitectura segoviana, un pañuelo mágico, en las manos del ilusionista, flamea agitado por un soplo de viento del Guadarrama.

He aquí los tres triunfadores: Emil Thoma (Alemania), gran premio, y Hernández Ramos (España) y Freddy Hautier (Bélgica), premios de escena y manipulación.



CORREO de ULTRAMAR

Por CARLOS LACALLE

SUSANA POLAC

Nació en Viena. Vivió, se educó y trabajó en el Perú. Desde hace dos años está en España. La hemos visto día a día, sin saber qué hacía. ¿Qué hace Susana? ¿Estudia? ¿Escribe? ¿Sueña? ¿Pinta? Sólo ahora sabemos que Susana Polac, efectivamente, pinta, estudia, sueña y modela. Pinta con la más difícil de las materias, con las piedras del mosaico. Sueña con los viejos mitos americanos. Estudia la vida doliente y dura. Y, sobre todo, sus dedos de mujer fina y fuerte modelan... Modelan cosas como ese «Capitel» magnífico, de extraños y múltiples rostros, en cuyas concavidades sin fin se citan la tragedia antigua de los incas, la problemática europea que navega por las aguas del Danubio y el sereno realismo castellano. En la hora de su consagración como artista eximia, subrayamos la fusión de América y Europa, a través de España, que simbolizan el arte y la personalidad de Susana Polac. De esta maravillosa Susana, que durante dos años, tabique por medio con nuestra Redacción, mantuvo el secreto de su obra, con un pudor muy femenino, no libre de coquetería, hasta el momento de la plenitud.



SEMANAS HISPANOAMERICANAS

La presencia cultural de Hispanoamérica en España ha superado la etapa de las conferencias aisladas y de las exposiciones individuales, para manifestarse en conjuntos orgánicos de actos que muestran en bloque diversas expresiones de la vida intelectual y artística de distintos países. Las «Semanas» se han puesto de moda y se empalman unas con otras, dando lugar a una exhibición completa, en la cual se logra proporcionar una síntesis de nuestra realidad y, sobre todo, de nuestra actualidad.

Bolivia inició estas «Semanas», dedicando una a conmemorar el primer aniversario de su revolución nacional. Don Jenaro Siles, embajador de Bolivia en España, dirigió y presidió un conjunto de conferencias en las que se analizó el proceso revolucionario y sus realizaciones. Estas conferencias, a cargo de intelectuales bolivianos, fueron clausuradas por una brillante lección de Dionisio Ridruejo.

Mayo se abre con la «Semana Chilena», patrocinada por la Embajada de Chile y organizada por la Asociación de Estudiantes Chilenos residentes en España. Una exposición del pintor Haroldo Donoso, una conferencia de Germán Sepúlveda y otra de Miguel Arteche se ofrecieron, combinadas con proyecciones de películas chilenas, recitales de poesía, un concurso escolar y un festival folklórico. Todo lo cual se cerró en una cena en la Hostería del Estudiante, en Alcalá de Henares.

Volvíamos de Alcalá de Henares y ya comenzaban los actos de la «Semana Colombiana», en la cual predominaron sobre las conferencias, concretadas a una sola tarde, la Exposición del Libro Colombiano, el concierto de música colombiana y la exhibición de fotografías, pinturas y esculturas. Eduardo Carranza habló de poesía, de la poesía colombiana, como él sólo puede hacerlo, y, en definitiva, tuvimos una pulcra y exacta visión de Colombia.

Los argentinos también preparan su «Semana». Una semana que tendrá buen sabor criollo. Y como preparación han dado, en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, una serie de conferencias ilustrativas sobre la realidad de la gran nación sureña. Y esto también fué, pese a su carácter de anticipo, otra auténtica «Semana» de la cultura hispanoamericana.

EL GRECO EN FRANCIA



El Greco, hombre inquieto que sólo afincó en la imperial Toledo, está de visita en Francia, donde constituye el tema central del IV Festival de Burdeos. Invitado por J. Chaban-Delmas, alcalde de Burdeos, para que resuma el mensaje del mundo antiguo frente al moderno, Domenico Theotocopuli ha llegado a las orillas del Garona con brillante séquito y luego de haber andado mucho mundo.

En la planta baja de la galería de Beaux-Arts, donde se realiza la Exposición del Greco—que enciende apasionada admiración en Francia—, se han reunido algunas obras de los maestros italianos que han influído particularmente en él. Tres telas del Veronés, varias del Tintoreto y Sciavone y algunas de las escuelas de Venecia y Parma preparan el ambiente de la Exposición.

La gran sala de la galería ha reunido unos veinte cuadros del Greco. Es curioso e ilustrativo, con respecto al triunfo universal de este enorme pintor, quimérico y realista, el hecho de que sus obras allí reunidas provengan de tan distintos sitios como podemos ver en seguida. «El Cristo y la mujer adúltera», así como las «Bodas de Cannán», provienen del Museo de Estrasburgo; «La adoración de los pastores» es el título de tres cuadros, uno de los cuales llega de Copenhague, otro de Italia y otro de la Galería Charpentier, donde figuró en una muestra de arte religioso; «Mater Dolorosa», réplica de la que se conserva en el Prado, viene también de Estrasburgo; un boceto del «Expolio» pertenece al Museo de Lyon; «Tres cabezas de ángeles» y el «Doctor Pisa» son de la colección del doctor Marañón; «La familia del Greco» integra una colección norteamericana; «Pentecostés» (atribuído al Greco) es de un coleccionista parisiense; «Cristo bendiciendo» ha sido remitido por un coleccionista italiano; «La Magdalena» es de la colección Zuloaga; «Retrato de mujer» llega de Inglaterra; el «Retrato de don Diego» pertenece al Museo del Greco, de Toledo; «El caballero de Santiago» ha sido prestado por un coleccionista madrileño; «San Francisco de Asís» es del Museo de Pau; «San Pablo» y «San Juan» son de un coleccionista neoyorquino; «San Lucas» viene de Munich; «Santiago», de Basilea; «San Francisco», de Milán; «San Jerónimo», del Museo de Edimburgo; «San Francisco y el hermano león», de Zurich; «San Bartolomé», «San José y Jesús» y «La Anunciación» han sido enviados por Toledo.

IGNACIO B. ANZOATEGUI



Andar sobre el hombro de San Cristóbal exige pocas, buenas y cómodas compañías. Por buena y por cómoda, la compañía de Anzoátegui es tan excelente como imprescindible para no olvidar lo que, en comunidad de generación, hemos estado atando entre el corazón y la cabeza para saber qué queremos, a qué servimos y por dónde andamos nosotros, los de allá, de América, en estos últimos quince años.

Anzoátegui nos es cómodo a fuerza de ser incómodo para los que no quieren ser incomodados. Desde su ya clásica *Vida de muertos* hasta sus actuales artículos, que van dando forma a la *Carta a Lady Grace*, Anzoátegui nos ha interpretado. En prosa y en poesía, él ha dicho—con profundidad, con gracia, con ironía y... quizá con impertinencia—mucho de lo que nosotros queríamos decir y hubiéramos dicho de tener su poderosa expresión.

La Colección Austral acaba de editar una *Antología poética* de Anzoátegui. Es cosa de agradecerle nos haya proporcionado la materialidad de tener siempre, en la alforja peregrina, a mano, el repertorio de afirmaciones que nos suministra Anzoátegui. Así podremos contestar a quienes nos pregunten por tal o cual actitud nuestra con esta explicación:

Porque creíamos en la Penitencia
[y en la Eucaristía
y en la Virgen María y en su amable existencia,
a veces por motivos de enseñanza y
[a veces por motivos de experiencia.

La *Antología* recoge composiciones de *Romances y jitanjáforas* (1932), *La rosa y el rocío* (1943), *Desventura y ventura de amor* (1945), *Mitología y víspera de Georgina* (1949) y *Otros poemas* (1939-52).

AMERICA VISTA POR LOS ESPAÑOLES

Don Ruperto Alarcón Falconí, embajador del Ecuador en España, ha tenido la feliz idea de asociar a un grupo de hombres de pensamiento con el Instituto de Cultura Hispánica y el Consejo Superior de Investigaciones científicas, para organizar una serie de conferencias sobre el Ecuador. Es un excelente ejercicio para la intelectualidad española tratar sobre las cosas de América. Excelente y provechoso, pues una de las buenas maneras de entender a España es verla en su proyección ultramarina. El marqués de Lozoya, Gregorio Marañón, Pedro Laín Entralgo y José María Pemán, cuatro grandes del pensamiento hispano, han expresado sus ideas y sentimientos sobre el Ecuador desde sus respectivos puntos de vista. Nos congratulamos con la patria hermana por haber tenido tan egregios expositores de su realidad nacional. Pero, como no es posible tratar de una de nuestras naciones sin dejar de considerar todo lo que en América nos es común—que es mucho y que es profundo—, estas conferencias sobre la patria de Montalvo han constituído un curso sobre Hispanoamérica. En este número de MVNDO HISPANICO ofrecemos el texto de la conferencia del doctor Marañón; en «Cuadernos Hispanoamericanos» se publicarán otras de estas magníficas lecciones.

Por su labor de auténtico americanismo, expresada en actividades como la de estas conferencias, el embajador, Alarcón Falconí, se hace acreedor al agradecimiento de los hispanoamericanos.

PARA CONOCER AMERICA:

UN LIBRO SOBRE EL PARAGUAY



«...cabe señalar que el alma paraguaya se ha manifestado en su plenitud creadora en contacto con la muerte, en batallas libradas en defensa del solar milenario de la raza, porque en sus reacciones en la guerra ha seguido su propio impulso, las inspiraciones de su genio, las lecciones absorbidas instintivamente en contacto con la tierra materna, liberado totalmente de la opresión del colonismo intelectual.» Ninguna definición mejor de lo que el Paraguay es y representa que la que contiene este párrafo del libro de J. Natalicio González Proceso y formación de la cultura paraguaya.

Poco se habla y se escribe en Europa de nuestro fraternal Paraguay. Este silencio tiene indudablemente su causa en que la tierra guaraní fué la primera de nuestras regiones americanas que se liberó del colonismo intelectual. El instinto imperial de los españoles del siglo XVI y el sueño autóctono de la hegemonía guaraní se unieron para emprender, desde la Asunción, una positiva obra de civilización en el Río de la Plata. Desde entonces, el Paraguay sintetiza su historia en la tendencia expansiva de los asunceños y la resistencia o bloqueo exterior, que tiene su dramática expresión en la guerra del 65.

Proceso y formación de la cultura paraguaya, *que el autor promete continuar, es uno de los libros indispensables para el conocimiento de esa magnífica nación, que es necesario conocer para llegar a una interpretación de Hispanoamérica.*

LOS HISPANOAMERICANOS DICEN...

«Lejana es la meta y arduo el camino; pero gran cosa es saber adónde dirigir nuestros pasos. La civilización materialista ha dado ya sus frutos extremos. Nacida bajo el signo del Hombre, muere bajo el signo de la Bestia. El último de sus frutos, esa religión de la negación y del odio, que pretende redimirnos, ha acabado por trasladar el infierno del más allá, en que no cree, al presente y a sus propios dominios; ahí los réprobos, que envidian la suerte de las bestias, se cuentan por millones. ¿Y quién, dentro de esas fronteras, puede librarse de convertirse en réprobo? En el reino del materialismo no hay peor enemigo para el hombre que el hombre mismo: la fraternidad sólo florece en los dominios del espíritu. Y el hombre es, ante todo, espíritu. El camino de la verdad será el camino de su regeneración. No creemos que entre en él antes que las terribles pruebas que lo aguardan lo hayan purificado. Tendrá antes que atravesar esa formidable barrera de fuego cuyo resplandor rojizo se proyecta ya siniestramente en nuestro horizonte. Pero, depurada por el sacrificio y amaestrada por la experiencia, entrará la Humanidad, por fin, en la senda que conduce hacia el gran día del Espíritu.»

MIGUEL OXIACAN: *A la luz de la hoguera.* México, D. F., 1949.

NOVEDADES DE «EDICIONES CULTURA HISPANICA»

Los Acuerdos Comerciales y de Pagos de los países Hispanoamericanos con Inglaterra

El petróleo en Hispanoamérica

La Estructura de la Balanza Comercial entre España e Hispanoamérica

Nuevas Tendencias del Comercio Exterior del Brasil

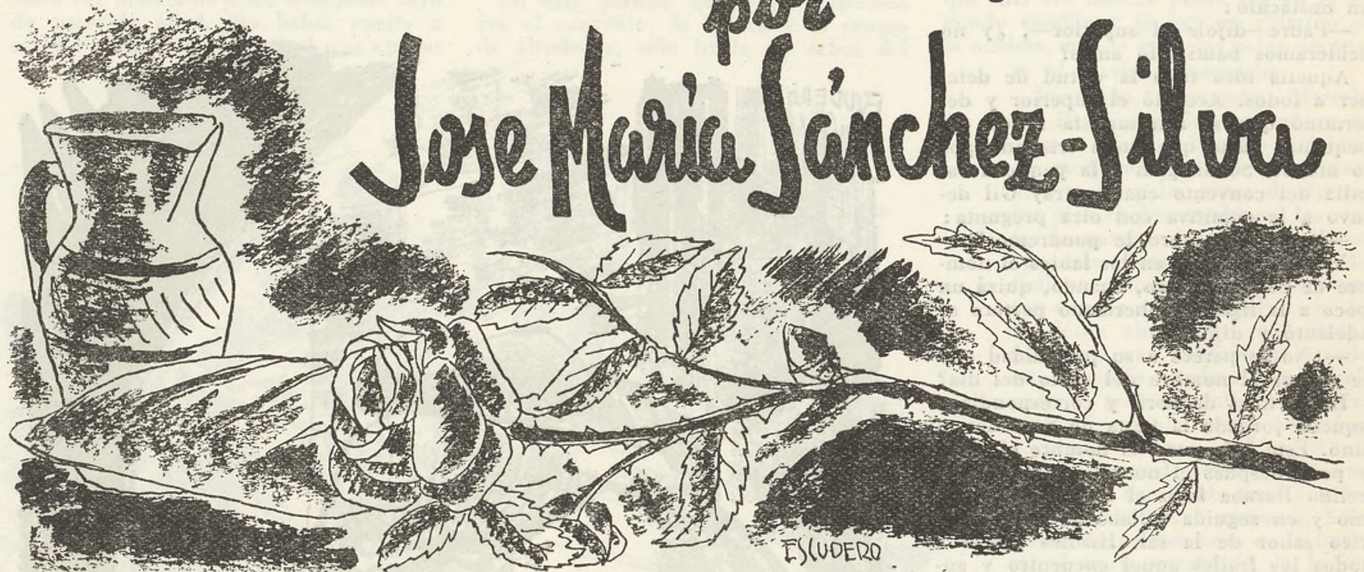
Una experiencia interesante en EL PERU

Esta es la nueva serie de libros que, bajo el amparo de la colección Cuadernos de Estudios Económicos, acaba de editar el Instituto de Cultura Hispánica. Dirigida por don Manuel de Torres, esta colección constituye un ensayo editorial sin precedente, índice precioso para el total conocimiento de las actividades económicas y financieras en los países de la comunidad iberoamericana.

UNA NARRACION MAGISTRAL PARA LOS LECTORES DE "M.H."

Marcelino Pan y Vino

por Jose María Sánchez-Silva



El lector tiene ante sí el mejor cuento que se ha publicado en España en los últimos años. José María Sánchez-Silva, maestro en el género, Premio Nacional de Literatura y de Periodismo, Premio Mariano de Cávia, ha logrado en esta pequeña obra singular llevar su imaginación hasta registros insospechados, consiguiendo, a través de una asombrosa sencillez, de una emocionante e incomparable ternura, la ideal historia de niños capaz de entusiasmar y de conmover a los mayores.

Dedico este cuento a mi hija Sara, de diecinueve años, novicia de la Compañía de María en un convento de la Rioja.

HACE casi cien años, tres franciscanos pidieron permiso al señor alcalde de un pequeño pueblecito para que les dejase habitar, por caridad, unas antiguas ruinas que estaban abandonadas a unas dos leguas del pueblo, en terrenos de los cuales era propietario el Municipio. El alcalde, hombre piadoso, accedió a ello por su propia cuenta, sin consultar para nada con los concejales. Partieron los frailes, no sin bendecir a su bienhechor, y, llegados a las ruinas, que ya conocían, se pusieron a cavilar sobre cómo hacer allí en seguida un refugio para pasar la noche.

El lugar correspondía a una granja, desde la cual, en otros tiempos, trataron los vecinos de aquel pueblo de hacer frente a los franceses cuando éstos invadieron España, allá para mil ochocientos y pico, o por lo menos desviarlos para evitar la ruina del pueblo. Entre los frailes había uno joven, que era muy dispuesto e ingenioso, y en seguida vió por dónde había que comenzar: estaban por allí las grandes piedras que sirvieran a la construcción del primitivo edificio, aunque no todas enteras. Había árboles cerca para hacer madera y corría por no muy lejos un riachuelo que les prometía a los pobrecillos frailes no morir de la sed. Mas como el día iba muy avanzado, a pesar de que salieran del pueblo antes del amanecer—venía uno viejo con ellos, de paso muy vacilante—, pensó el buen fraile en comenzar por el principio, con lo que, buscando unos palos y armando sobre ellos la vieja manta que traían, arregló entre las piedras un pequeño espacio cubierto y, encendiendo luego fuego, instaló al viejo y envió al joven por agua al arroyo, mientras él mismo asaba a la lumbre unas patatas que cierta buena mujer les diera como limosna. Cumplidos los rezos, hecha la parva cena y venida la noche, diéronse al sueño los tres frailes, y a la mañana siguiente, siempre dirigidos por el bien dispuesto, comenzaron su trabajo.

Así se inició la reconstrucción de aquel edificio aislado, y cincuenta años más tarde, cuando nosotros entramos en él, ha variado ya mucho. Es una construcción tosca y muy simple, pero parece segura y a veces ha brindado refugio a caminantes y pastores durante las tormentas. Tiene una planta baja grande y otra pequeña encima; a las espaldas de la casa, encerrada en un recinto de piedras, está la huerta, que suministra a los frailes parte de su alimento. En la planta baja están la pequeña capilla de la comunidad, las celdas, el refectorio y la cocina con su despensa; arriba hay otras celdas y una troje grande, donde suelen guardarse las cosas de mucho bulto y de uso menos frecuente, y a su derecha, al pie mismo de la vieja y carcomida escalera que allí sube, hay un pequeño desván que recibe luz del exterior por un estrecho ventanillo.

Ya no son tres los frailes, sino doce. De aquellos tres primeros murieron dos, y uno, muy viejo y enfermo, es aquel tan dispuesto que conocimos joven y emprendedor. Los frailes tienen su cementerio al fondo de la huerta y viven para sus rezos y trabajos y son muy útiles en el contorno, porque, como hay entre ellos cuatro o cinco padres, pueden decir misa los domingos y fiestas en los caseríos y poblados de los alrededores que carecen de sacerdote, pueden bautizar a los que nacen, y casar a los jóvenes, y enterrar a los viejos cuando mueren, y sacar alguna imagen en procesión los días señalados, y dar a todos consejo, confesión y consuelo. Siguen viviendo de limosna y a poco estuvo hace unos años que no los perdiéramos de vista para siempre, pues el alcalde aquel murió bien pronto y el nuevo se llegó un día en su burra hasta el conventillo para preguntar a los frailes con qué derecho estaban allí. Pero como ellos le respondieran con dulzura y gran humildad diciéndole que si era preciso abandonarían al punto aquella casa por ellos construída donde no había más que ruinas, y como algunos, sin tardanza, trataran de ponerse ya mismo en camino, el alcalde volvióse atrás y les dijo que aun podían quedarse algún tiempo. Años después también este alcalde murió, y el nuevo, que era nieto de aquel primero, consolidó lo que su abuelo hiciera y logró que los concejales aprobasen la cesión temporal, y por caridad, de aquel lugar a los frailes. Cada diez años, la comunidad tenía la obligación de renovar el permiso, y fueron tantos sus beneficios en los pueblos de por allí cerca, que una vez le comunicaron en el Ayuntamiento al padre superior que habían decidido regalarles para siempre el terreno y la edificación que habitaban. A lo que el superior respondió complacida y firmemente que ése sería el mejor camino para hacerles abandonar la casa, ya que ellos no podían tener nada de su propiedad y sólo vivían de limosna.

El trabajo y el amor que los frailes ponían en todo hizo que al cabo del tiempo su convento pareciese no solamente un edificio sólido, sino incluso bello: con el agua cerca, los frailecicos se dieron trazas de hacer brotar algunos árboles y flores y tenían la huerta bien cuidada y todo por allí muy limpio y ordenado. Para entonces, y estaba a punto de nacer el siglo en que vivimos, ocurrió que una mañanita, cuando los gallos aun dormían, oyó el hermano portero una especie de llanto al pie de la puerta, que estaba sólo entornada. Escuchó mejor y acabó por salir a ver qué era lo que se oía. Allá lejos, por Oriente, parecía querer clarear el día, pero aun era de noche. Anduvo el hermano unos pocos pasos guiado por aquel soniquete, cuando vió algo así como un bulto de ropa que se movía. Se acercó; de allí salían los ruidillos, que no eran otros que los producidos por el llanto de un niño recién nacido que alguien había abandonado hacía unas horas. Recogió el buen hermano a la criatura y se la entró con él al convento. Por no despertar a los que dormían, y que tanto menester habían de sueño, pues se acostaban fatigados de caminar y trabajar, entretuvo al chiquitín como pudo y, no ocurriéndosele nada mejor, empapó un trozo de tela blanca en agua y se la dió a chupar al mamoncillo, con lo cual éste pareció conformarse al silencio que se le pedía.

Cantó primero un gallo muy lejos, y el hermano, con su rorro en los brazos, oyó al gato deslizarse afuera silenciosamente, como acostumbraba hacer a tal hora para cazar aún dormidos a quién sabe qué pequeños bichejos. Ya iba a ser la de tocar la campana y de dar cuenta a los padres de su hallazgo. El chiquitín había cerrado los ojos y al calorcillo del áspero hábito del buen hermano se había dormido. Menos mal que era la primavera y el frío había cesado hacía algún tiempo; de lo contrario, el pobre pequeño hubiera corrido el riesgo de morir helado. Al sonido de la campana, pronto comenzó a escucharse actividad por todas partes. Cuando el hermano presentó el niño al padre superior, éste no pudo disimular su sorpresa, y con él los demás padres y luego los restantes hermanos, quienes corrieron todos al lugar donde oían las exclamaciones de asombro. El hermano portero explicaba y volvía a explicar cómo había ocurrido la cosa y era de ver cómo cada vez los frailes sonreían y movían sus cabezas con una tierna compasión. El problema era grande, sin embargo. ¿Qué iban a hacer con el niño los pobres frailes, sin poderlo criar ni apenas ocuparse de él? El padre superior dispuso que uno de los que en seguida habría de ponerse en camino para un



pueblo donde tenía que acudir, llevase la criatura y la entregara a las autoridades. Pero el hermano portero y alguno de los padres más jóvenes no ponían buena cara a tal determinación, y fué fray Bernardo el primero que atinó con un obstáculo:

—Padre—díjole al superior—, ¿y no debiéramos bautizarlo antes?

Aquella idea tuvo la virtud de detener a todos. Accedió el superior y determinó que se retrasara la salida del pequeñín hasta que fuera cristiano por lo menos. Se dirigían a la pequeña capilla del convento cuando fray Gil detuvo a la comitiva con otra pregunta:

—Y ¿qué nombre le pondremos?

Ya varios tenían en los labios el nombre de San Francisco, cuando, quizá un poco a la ligera, el hermano portero se adelantó y dijo:

—¿No le parece a su paternidad que le demos el nombre del santo del día?

Era a fines de abril y correspondía a aquella jornada la fiesta de San Marcelino. Este fué, pues, el nombre elegido, y poco después el nuevo cristiano Marcelino lloraba bajo el agua del bautismo y en seguida callaba al advertir el rico sabor de la sal. Hízoles gracia a todos los frailes aquel encuentro y andaban como pesarosos, cuando ya hubieron partido los que salían más temprano, de tener que desprenderse del niñito que la voluntad de Dios había dejado a sus puertas. En el huerto, mientras trabajaban dos hermanos, uno se detuvo de pronto y dijo:

—Yo me encargaría de él si me dejaran.

El otro se echó a reír y le preguntó que cómo pensaba criarle.

—Con la leche de la cabra—repuso el primero prontamente.

No hacía muchos meses, en efecto, que el convento recibiera el regalo de una cabra, cuya leche se destinaba principalmente al fraile enfermo y viejecito que fundó el convento.

A todo esto, el padre superior no había perdido el tiempo y encargó a cada fraile que allí donde se dirigiera preguntase a quién podría pertenecer el niño y qué es lo que las autoridades de cada punto podían hacer por él. Trataba el superior de ceder la criatura en las mejores condiciones posibles a aquellos que se reconociesen como familiares suyos o a la autoridad que más garantía ofreciera para su existencia. Con estas y otras muchas cosas se pasó la mañana, y cuando ya el padre superior había decidido quedarse el niño en casa por lo menos todo este primer día, hizo, para probar la voluntad de sus frailes, como que encargaba a uno de llevarlo al pueblo, y entonces fueron varios los que humildemente se le acercaron a rogarle que no lo hiciera así y lo dejara al menos hasta la mañana siguiente, ya que por ser muy pasado el mediodía, pudiera enfriarse el pequeñín en el camino. Gozó mucho el superior con aquella dulce oposición y accedió a quedarse el pequeño hasta el nuevo día.

Con la hora del Angelus llegaron los frailes que habían salido temprano y relataron al padre cuanto les había acontecido, y, como si previamente se hubiesen puesto de acuerdo, movieron la cabeza con desconfianza cuando fueron interrogados sobre la determinación de las diferentes autoridades a quienes habían informado del caso. Todas las tales habían dicho que el pueblo era pobre, que allí no se sabía nada de quién hubiera podido abandonar la criatura y que para encargarse del niño haría falta proporcionar una ayuda económica a la familia que quisiera hacerlo, si es que alguna quería. Todo ello no dejaba de ser cierto, pues la comarca no era rica y había padecido recientemente una larga sequía que tenía arruinada a la mayor parte de las familias. Quedó el padre superior encargado de realizar una suprema gestión, bien con el alcalde de su mayor confianza o con algunas familias muy caritativas que conocía, e incluso habló a los hermanos de escribir a alguno de los conventos que la Orden tenía en las grandes ciudades lejanas. Con todo ello vieron los buenos frailes que el chico se quedaba de momento en casa y tuvieron muy buena y callada alegría aquella noche. Marcelino fué encomendado a la vigilancia



del hermano portero y, llegada la hora, todos, menos su guardián, se dieron al descanso, no sin haber hecho varias veces el ensayo de la leche de cabra, algo aligerada con agua, y a cuyo sabor no puso el pequeño reparo alguno.

Así amaneció el siguiente día y habrían de amanecer muchos más, pues, pese a los deseos formales del padre superior, no se sabía cómo, siempre ocurría que algún fraile traía noticia de que andaba bien encaminada una gestión para que cierta familia se encargase de la criatura; otras, que algún vecino de los poblados del contorno, enterado por los frailes de la existencia del niño, se acercaba hasta el convento y con tal pretexto le hacía merced de algún alimento para ayudarles en la crianza. Por aquellos días enfermó y murió el hermano portero, no sin haber suplicado antes a los frailes sus hermanos que se quedasen con el chico para siempre y lo educasen en el santo temor de Dios e hicieran de él un buen franciscano. En fin, como habían empezado a pasar los días, comenzaron a pasar las semanas y aun los meses, y Marcelino, cada vez más despierto, alegre y hermoso, seguía en el convento, criado con la leche de la cabra y unas sabrosas papillas inventadas por el hermano cocinero. Pasado un año, y aprovechando un viaje, el padre superior logró autorización del padre provincial y Marcelino, por así decirlo, ingresó oficialmente en la comunidad; ya nadie podría moverlo de allí, a no ser sus padres, si alguna vez aparecían. Creció, pues, el chico y fué la alegría del convento y a veces también el pesar, porque, aunque era bueno como el pan, no siempre sus acciones lo eran, y sus robos de fruta en la huerta y sus trastadas en la capilla o en la cocina y sus pequeñas enfermedades dieron buenos quebraderos de cabeza a los pobres frailes. Sin embargo, todos le querían como a un hijo y hermano al tiempo y el pequeño también les adoraba a ellos a su manera.

CUANDO a Marcelino le faltaba muy poco para cumplir cinco años, era ya un chico robusto y avispado, que conocía desde muy lejos casi todas las cosas que se movían y aun las que se estaban bien quietas. Sabía la vida y costumbre de todos los animales del campo, y no digamos las de los frailes, con cada uno de los cuales tenía un trato especial y a veces les daba también nombres diferentes. Así, «el Padre» a secas era para él el padre superior; el anciano enfermo era «fray Malo»; y el nuevo portero era «fray Puerta», y fray Bernardo, aquel que propusiera al padre bautizar al niño, fué desde que Marcelino lo supo «fray Bautizo». Incluso el hermano cocinero fué llamado «fray Papilla», en recuerdo de las primeras sopas que el niñito recibiera. Los frailes no podían enfadarse con Marcelino, porque no sólo le querían, como ya hemos dicho, sino que recibían gran contento de las ocurrencias del chico, que celebraban a veces con buenas risotadas. Especialmente el padre enfermo gustaba de oírse llamar «fray Malo», pues solía decir en su mucha santidad que él no sólo estaba malo, sino que era malo y bien malo y que con su dichosa enfermedad venía a ser como un Judas en la compañía de Cristo y sus apóstoles, ya que los frailes eran doce y él no producía sino trastorno y trabajo a sus compañeros en vez de ayudarles. («Fray Malo» era como santo y todos le reverenciaban e incluso el mismo padre superior le consultaba a veces en los casos difíciles.)

Marcelino, fuera del amor de los frailes a Dios Nuestro Señor y de la obediencia ante el superior del convento, era el rey de la casa, de cuyo recinto y contorno apenas si había salido alguna vez, y siempre más bien con motivo de las pesquisas que los buenos frailes no se cansaban de hacer respecto de su nacimiento y abandono. Así, Marcelino, unas veces con unos frailes y otras con otros, había ido conociendo los pueblos del contorno, con mucha admiración y divertimiento por su parte, pero sin ningún resultado para lo que importaba, ya que sus padres no aparecían ni nadie daba señales de haberlos conocido. Los frailes llegaron al convencimiento de que el niño había sido abandonado a la puerta de su convento por una mujer o un hombre forasteros, que viajaban y pasaban por allí, y quizá pensaron, al no poder criar al niño, que los buenos franciscanos lo harían por el amor de Dios. Marcelino, pues, se pasaba gran parte del día solo, jugando y pensando en sus cosas, cuando no ayudando a los frailes en las pequeñeces que él podía hacer. «Fray Bautizo» le había construído una pequeña carretilla y éste fué el primero y mayor de los juguetes de Marcelino, con el cual sí que ayudaba a veces en la huerta, transportando ya un melón—no mucho más cabía en la carretilla—, ya un montoncillo de patatas y hasta varios racimos de uvas. Pero los verdaderos juguetes de Marcelino eran los animales. La vieja cabra que había sido su nodriza era su favorita y a veces hasta hablaban, a su modo.

—Se me ha vuelto a escapar el sapo, y eso que lo dejé en un bote con agua tapado con una piedra—decía Marcelino.

Y la cabra movía filosóficamente su cabeza, muy cerca de la de Marcelino, como diciendo que también ella lo sentía y que hay que ver las cosas tan raras que pasan con los sapos.

Con el tiempo, la pequeña huerta de los frailes había llegado a tener tapia. Allí, a ciertas horas del día, era de ver cómo disfrutaba Marcelino persiguiendo a las lagartijas o mirándolas sólo moverse tan graciosamente al sol, con sus vivos colores, sus claras barrigas y sus ojillos de cabeza de alfiler, tan brillantes y perfectos. No siempre Marcelino era un buen niño y a veces se divertía en partir en dos a una lagartija y quedarse viendo cómo su cola, separada del resto del cuerpo, seguía moviéndose aún buen rato. Los vencejos y otros pájaros también le divertían, y había sido adiestrado por el hermano sacristán—«fray Talán», porque era el que tocaba la campana de la capilla—en la construcción de lazos y cepos para toda clase de bichos. Las grandes arañas inofensivas de aquellos parajes, las moscas mismas, los famosos «caballitos del diablo», las mariposas, los escarabajos, los salta-

montes e incluso los alacranes—a los que sabía quitar muy hábilmente su arpón venenoso—eran sus víctimas o sus capturas preferidas. Una vez le picó un alacrán y todavía recordaba los terribles dolores sufridos, a pesar de que «fray Puerta» le había chupado con su propia boca el veneno del escorpión en la pantorrilla derecha. Desde entonces les juró venganza en su interior, y, habiendo preguntado a un labriego que se llegó al convento a pedir un azadón que precisaba, supo que en aquella comarca había muchos alacranes y que, como eran tan dañinos, se les solía condenar a morir al sol, al cual no pueden ver, pues siempre viven entre las plantas y debajo de las piedras, en sitios frescos y oscuros. A veces, Marcelino, a escondidas de los frailes, salía a cazar alacranes: levantaba las piedras y hurgaba con su palo entre las plantas de la tapia, y cuando el asqueroso animal aparecía, como un cangrejo extrañamente rubio, le quitaba de un golpe la bolsa del veneno y luego, con otro palo afilado, lo pinchaba por la mitad del cuerpo y lo dejaba así atravesado morir al sol. Una buena reprimenda, acompañada de un nada suave tirón de orejas, le costó alguna de estas hazañas.

Cuando regresaba de sus cacerías, todo el afán de Marcelino era conservar sus presas, que guardaba en botes con agua, si eran ranas o sapos, o en cajas con agujeros, si se trataba de escarabajos o saltamontes. Con gran sorpresa suya, cada mañana, cuando se despertaba, aparecían vacías las cajas o los botes: los prisioneros habían huído durante la noche. Siempre ignoró Marcelino que los buenos frailes, que conocían sus malas costumbres, daban libertad por la noche a los pobres animalillos de Dios mientras él dormía.

No siempre, sin embargo, era cruel Marcelino con los animales. Más de una vez había ayudado al viejo «Mochito», el gato del convento, ya casi medio ciego y a falta de una oreja, que perdió cuando joven en terrible batalla con un gran perro, a cazar ratones. Era aquél un gato que pudiera llamarse vegetariano, pues apenas si la carne entraba en aquella santa y pobre casa, y él comía de lo que hubiera, ya fuesen judías verdes o patatas con zanahorias.

—No, hombre, por ahí no—le decía Marcelino a «Mochito» cuando andaban juntos de cacería.

Bien valiéndose de palos o bien de piedras para tapar los agujeros, Marcelino era una valiosa ayuda para «Mochito», y cuando el ratón quedaba acorralado, Marcelino se desesperaba de ver al gato tan entretenido y calmoso jugando con el ratoncillo, sin hacerle otra cosa que cortarle el paso o darle de manotadas sin producirle daño alguno.

—Así le haces sufrir más—decía Marcelino, imitando lo que a él le decían los frailes e interviniendo con su garrote y dejando muerto al ratón de un estacazo—. Ahí le tienes ahora.

Pero «Mochito» no era partidario de la violencia ni de los espectáculos sangrientos. Una vez convencido de que el ratón ya no se movía, volvía sus tristes ojos medio ciegos a Marcelino, como diciéndole:

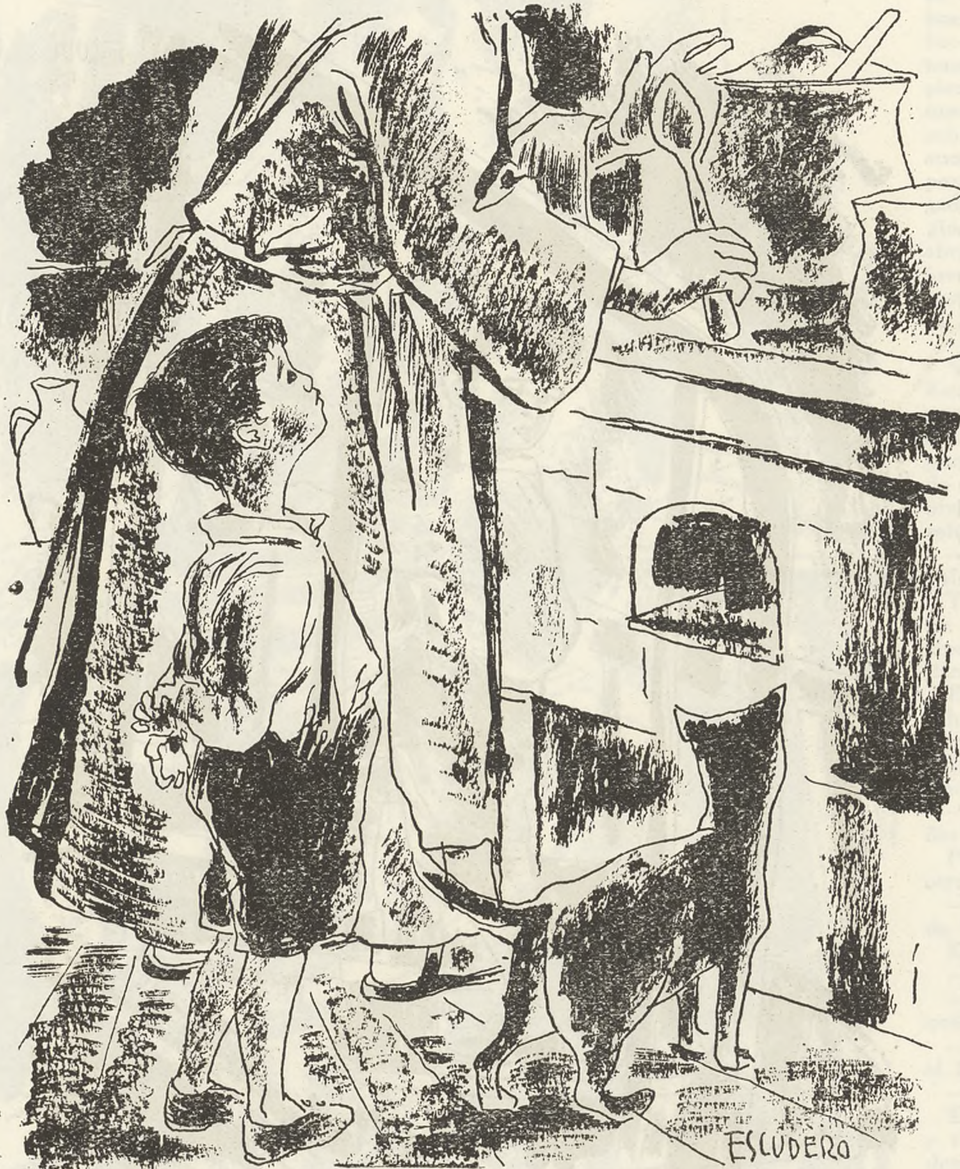
—¿Por qué lo has roto? ¿No has visto que me estaba divirtiendo con él?

A veces, los frailes, observando a Marcelino en sus largas charlas consigo mismo o con los pequeños animalejos del campo, se decían pasmados unos a otros:

—Parece un pequeño San Francisco.

¡Sí, sí, San Francisco! Marcelino era capaz de llevar a una hormiga demasiado cargada hasta su destino, pero también lo era de cegar con tierra el hormiguero para ver cómo las hormigas, desorientadas, rompían su orden de trabajo y corrían alocadamente como si hubieran perdido el camino y no supieran dónde se encontraban.

En sus juegos, Marcelino siempre contaba con un personaje invisible. Este personaje era el primer niño que él había visto en su vida. Ocurrió una vez que una familia que se trasladaba de un pueblo a otro, fué autorizada por el padre superior a acampar cerca del convento para poder suministrarse de agua y otras cosas que necesitaba. Iba con la familia el menor de sus hijos, que se llamaba Manuel, y allí conoció por primera vez Marcelino a un semejante suyo de parecida edad. No había vuelto a olvidar a aquel niño, con el que apenas



si había cambiado algunas palabras durante el juego. Desde entonces, Manuel estaba siempre a su lado en la imaginación y era tal la realidad con que Marcelino le veía, con su flequillo rubio sobre los ojos y las respingadas naricillas nada limpias, que llegaba a decirle:

—Bueno, Manuel, quítate de ahí; ¿no ves que me estás estorbando?

Alguna vez se había preguntado a sí propio Marcelino por su origen y familia; por su madre y su padre y aun sus hermanos, como él sabía que los más de los chicos tenían. Y también había llegado a preguntárselo a más de dos y tres de sus frailes favoritos, sin obtener otra respuesta que la de la historia de su hallazgo a las puertas del convento o, si él insistía mucho y particularmente sobre la existencia de su madre, un gesto que se le antojaba muy vago, acompañado de estas pocas palabras:

—En el cielo, hijo; en el cielo.

Marcelino comprendía que las personas mayores lo saben y lo pueden todo; pero como era muy observador, también comprendía que las personas mayores, a veces, se equivocaban. ¿Por qué no podían equivocarse asimismo en aquello de su madre y del cielo, al cual había mirado tanto por si la veía? Era un chico muy listo Marcelino y, por haber estado solo la mayor parte de su vida, sabía observar muy bien, y así se aprovechaba de los descuidos de los frailes, bien para coger sin ser visto alguna golosina de la huerta, pues otras no había en la pobre comunidad, o bien para hurtarse de algún trabajo que le hubiera sido encomendado.

En este paraíso que para Marcelino era el convento, la huerta y el campo de alrededor, sólo había un árbol del Bien y del Mal; sólo una prohibición pesaba sobre el niño, y era la de subir las escaleras de la troje y el desván, muy imperfectas y peligrosas de subir para un pequeño de tan corta edad. Al principio, los buenos frailes le habían asustado con las ratas, que decían había allí arriba por docenas, grandes y negras, de rabo larguísimo, bigotudas y con unos terribles dientes agudos como alfileres. Pero pronto Marcelino supo más de las ratas que los mismos frailes, y entonces, para contener su curiosidad, le dijeron que había escondido un hombre muy alto que sin duda le cogería y se lo llevaría para siempre si le veía. Con todo, Marcelino miraba melancólicamente aquellas escaleras prohibidas y no pasaba día sin que se hiciera propósito de subirlas a la mañana siguiente, cuando los frailes hubieran salido del convento y sólo el cocinero, el portero y los hermanos de la huerta estuvieran



en casa, cada uno distraído con sus obligaciones. Por unas cosas o por otras, Marcelino no había llegado a realizar su atrevido proyecto, sobre todo desde que una vez intentó poner pie en el segundo escalón y se oyó un chirrido de la madera, que le puso los pelos de punta al travieso muchacho.

Pensando, pensando, Marcelino llegó a poder redondear su plan: subiría descalzo; dejaría las sandalias al pie de la escalera y, con un palo, antes de apoyar los pies en los escalones, los tantearía para ver por dónde sonaban más y por dónde no. Lo difícil era subir los quince primeros escalones, pues podía ser visto desde abajo por cualquiera; pero una vez doblado el recodo que hacía la escalera, estaba salvado y podría continuar su exploración ya sin tantos cuidados.

Como lo pensó lo hizo. Aprovechó una tarde tranquila en que diferentes atenciones tenían a los frailes dispersos o ausentes. Sólo quedaban un hermano en la huerta, el fraile encargado de la cocina, o sea, «fray Papilla», que también hacía de portero por haber salido «fray Puerta», y el anciano «fray Malo», tendido en su celda. Marcelino se proveyó de un buen palo, se descalzó como había pensado y, con las sandalias en una mano y el palo en la otra, echó despacio y con cuidado escaleras arriba. Apoyaba los pies sólo en aquella parte de los escalones que suponía no iba a sonar por haber apoyado antes el palo. Subió despacio y el corazón le latía terriblemente: sabía que estaba haciendo algo prohibido y, sin embargo, no era capaz de bajar y cumplir con lo que tenía ordenado. Cuando logró doblar el recodo de la escalera, respiró más tranquilo. Allá arriba estaban, a su alcance, la troje y el desván. Pero en este momento se sintió llamar desde la huerta:

—¡Marcelino! ¡Marcelino!

Era la voz del hermano Gil. Seguro que había encontrado un sapo y le llamaba para que lo cogiese. Marcelino se había detenido muy asustado, pero en seguida comprendió que tenía tiempo de subir del todo, echar una ojeada y bajar luego hasta la huerta, haciendo como que no había oído.

—Vamos, Manuel—se dijo.

Siguió, pues, su ascensión y logró llegar arriba del todo. Abrió con cuidado la puerta de la troje. Aquello era, como él se había imaginado, un paraíso: había leña seca, había cajones vacíos, picos, palas y cacharros. Era un sitio espléndido para jugar en el invierno, cuando hacía frío fuera del convento. Después, con todo cuidado, se dirigió a la puerta del desván. Miró antes por entre las junturas de las maderas y sólo vió mucha oscuridad. Empujó la puerta y la madera gimió ásperamente. Marcelino continuó empujando y, cuando tuvo abierto un buen hueco, metió por allí la cabeza y observó. El desván era más pequeño que la troje y tenía un ventanillo pequeñísimo, cerrado, por el que apenas si entraba luz. Poco a poco los ojos de Marcelino se fueron acostumbrando a aquella oscuridad y pudo distinguir los objetos. Había



algunas sillas rotas, mesas, maderos y otros cachivaches, aunque mejor ordenados que los de la troje. En la pared de la derecha se veía algo así como una estantería con libros y legajos llenos de polvo; en la de enfrente estaban el ventanillo y debajo los muebles hacinados. Cuando Marcelino, girando su cabeza con el cuello casi aprisionado entre la puerta y el quicio, miró a su izquierda, no reconoció al pronto lo que había. Pero poco a poco fué viendo algo así como la figura de un hombre altísimo, medio desnudo, con los brazos abiertos y la cabeza vuelta hacia él. El hombre parecía mirarlo y Marcelino estuvo a punto de soltar un grito de terror. ¡Luego no le habían engañado los frailes, luego había allí un hombre que a lo mejor se lo llevaba para siempre! Marcelinó sacó la cabeza de un tirón, no sin arañarse una oreja con la puerta, y cerró de golpe. Descalzo y sin acordarse del palo, de Manuel ni del ruido que podría hacer, bajó alocadamente las escaleras. Cuando salió al pasillo y más tarde al campo, se dejó caer junto a un árbol. Había pasado un susto horrible. Era verdad: había un hombre espantoso en el desván. Se puso las sandalias y echó a andar hacia la huerta, temblando todavía.

De todos modos, aquel hombre que había visto era un personaje más en el cual pensar a todas horas, pero, eso sí, sin poder hablar a nadie de él. Los frailes le castigarían y él comprendía que esta vez harían bien.

HABÍA amanecido nublado y, por fin, estalló la tormenta. Marcelino estaba subido a un árbol afanado en coger un nido; pero cuando el cielo se puso negro y sonaron los primeros truenos, se bajó del árbol y entre la lluvia corrió a refugiarse en el convento. No le gustaban las tormentas a Marcelino, aunque prefería que fuesen de día. De noche le daban mucho más miedo; los relámpagos iluminaban su pequeño cuarto, donde dormía en la única cama que había en la casa, puesto que los frailes, por sus penitencias y esas cosas, dormían en unas tablas sobre el santo suelo. Las grandes tormentas de septiembre despertaban a Marcelino por la noche y pasaba muy malos ratos con los truenos, los relámpagos y, sobre todo, con el ruido de la lluvia interminable sobre los tejados. A Marcelino no le gustaba nada el invierno; por el invierno salía mucho menos al campo y en el convento se aburría y, lo que es peor, los frailes se dedicaban a enseñarle. Ya conocía las letras desde el invierno pasado. En este que venía ahora, el padre superior le había dicho que tenía que aprender a leer. La instrucción de Marcelino no era muy buena: sabía rezar, claro es, y estaba algo instruído en el catecismo; pero los frailes no habían querido, por consejo del padre, apretarle mucho.

Mientras veía caer la lluvia desde la puerta del convento, Marcelino pensaba en el invierno sin ganas de que llegase. ¡Se ponía todo tan triste por el invierno! Los pájaros desaparecían en su mayoría y los otros bichos se escondían en sus agujeros. A Marcelino sólo le quedaba entonces «Mochito», pero como era ya viejo no le divertía jugar y a veces le soltaba un bufido a su amigo. Estos pensamientos llevaron a Marcelino al recuerdo del hombre del desván. Habían pasado varios días desde que lo viera por la primera vez. Marcelino pensaba en que cuando fuera invierno no podría subir, porque los frailes estaban mucho más en casa que fuera de ella, aunque ellos no tuvieran miedo de las tormentas, ni de la lluvia, ni del frío, y siguieran saliendo a diario a sus cosas; pero regresaban mucho antes y la casa estaba más silenciosa y le podrían oír. Marcelino decidió subir de nuevo a ver al hombre antes de que llegara el invierno.

Había pensado mucho en él. Tanto, que había llegado a hacer las más diversas suposiciones. La primera de todas, si aquel hombre saldría alguna vez del desván o si se estaría allí siempre, con los brazos abiertos y apoyado contra la pared, como estaba «fray Malo» tendido en su lecho desde hacía tantísimos años. ¿Estaría también enfermo el hombre del desván? Por una parte, el terror que Marcelino había padecido cuando lo vió y, por otra, la conmiseración y la pena que le producía pensar en que el hombre del desván pudiera estar enfermo, además de desnudo y solitario allá arriba, le aumentaban los deseos de subir otra vez y mirar mejor. Quizás había tenido tanto miedo porque le dijeron los frailes que aquel hombre se lo podía llevar para siempre. Pero si hubiera querido llevárselo, no hubiera tenido que esperar tanto tiempo, pensaba Marcelino. ¡Tantas veces había estado él casi solo en el convento, por la huerta y por el campo! Con un hombre no hubiese podido luchar y se habría visto precisado a dejarse llevar quieras que no.

Cuando la lluvia cesó y la tormenta se hubo alejado mucho, Marcelino ya estaba decidido. Tenía su plan y en este plan intervenían también Manuel, el amigo invisible, y «Mochito», que cerraba sus ojos medio ciegos muy cerca del fogón de la cocina.

—Mira, Manuel; tenemos que subir. Yo hago lo mismo que la otra vez: llevo mi palo y las sandalias en la mano. Cuando llegue a la puerta, la abro un poco y me quedo mucho rato mirando para ver si el hombre se mueve. Si se mueve, salimos corriendo. Si no, con mi palo abro el ventanillo y lo miramos. Mientras yo hago todo esto, tú vigilas la escalera, ¿eh? No vayan a venir los padres y nos cojan...

Marcelino esperó el momento propicio. Cada vez que pensaba en ello se le hacía difícil respirar. Poco a poco se fué acostumbrando y todo su afán era sorprender las conversaciones de los frailes para calcular mejor el día en que habría de correr su segunda aventura.

Pon fin, el día llegó. Las tormentas no habían vuelto y los frailes, como siempre por el otoño, estaban muy ocupados en prevenir hasta donde fuera posible la llegada del invierno y hacían un gran esfuerzo, cuando el padre superior daba la orden, para arreglar algo la casa y reunir todas las limosnas que pudieran. El invierno era largo y los caminos, en el peor tiempo, se ponían imposibles. Había años en que los frailes estaban encerrados forzosamente durante un mes y más aún, por la nieve y el viento, por el frío grandísimo, y todo ello, por supuesto, sin recibir una sola visita ni una sola limosna. Había llegado, pues, el tiempo de operaciones contra el invierno próximo. La actividad exterior de los frailes aumentó y ahora venían unos días propicios para los deseos de Marcelino. Si se descuidaba, en seguida los frailes comenzarían a reparar el convento, las goteras y los tejados, las ventanas y todas aquellas rendijas que podrían dejar paso al frío.



Una tarde ya algo fresca y sin sol, Marcelino aprovechó la ausencia de la mayoría de los padres. Como de costumbre, quedaban en la casa, además de «fray Malo», el hermano Gil en la huerta y «fray Papilla» en la cocina con el encargo de vigilar la portería. Marcelino ya tenía preparado un largo palo, que le serviría para tantear los escalones y, si llegaba el caso, para poder abrir la madera del ventanillo del desván. Sigilosamente, aunque siempre hablando con su amigo Manuel, subió las escaleras. Al cuarto o quinto escalón, sus pies descalzos arrancaron de la madera un sonido chirriante que le asustó mucho, pues iba con el corazón saltándole de miedo en el pecho.

—¡Manuel, ten cuidado!—dijo a su invisible amigo.

Y siguió hacia arriba.

Esta vez no se entretuvo mirando la troje, sino que se fué derecho hacia el desván. Empujó con precaución la puerta, porque ya sabía que sonaba mucho al abrirse, y estuvo escuchando a ver si se oía algo, aunque sólo fuese la respiración del hombre que allí dentro estaba. Pero no; guardando tanto silencio, sólo podía oír Marcelino los latidos de su corazón, que marchaba cada vez más de prisa. Abrió un poco más la rendija y, como la otra vez, introdujo la cabeza y miró y escuchó hasta los menores ruidillos de la madera, esos que hace un pequeño bicho que la madera tiene dentro y que se llama carcoma. Por fin, pudo distinguir al gran hombre; estaba igual que la otra vez y no se le oía respirar. Parecía que el hombre miraba a Marcelino; pero éste no podía verle los ojos por la oscuridad que allí había. Para ver si hacía algo, Marcelino metió su palo por la rendija y lo dirigió hacia él con mucho miedo, pero con el deseo de saber qué ocurriría. El palo golpeó a los pies mismos del hombre y no pasó nada. Seguramente aquel hombre estaba enfermo o quizás muerto. Marcelino se decidió a entrar, pero no sin antes volver la cabeza hacia la escalera y decir en voz muy baja:

—No dejes de avisarme, Manuel, si viene algún fraile.

Y no pudo por menos de temblar pensando en si «fray Papilla» o el hermano Gil, o quizás «fray Talán», que siempre era el primero en regresar, a pesar de tener las piernas más cortas de todo el convento, le sorprendían allí. Pero a quien más temía era al padre superior, aunque también era a quien quería más. Pensando todo esto, pudo por fin pasar una pierna por la rendija y luego el cuerpo y al final la otra pierna. Estaba dentro del desván. Avanzó un paso, y al tropezar seguramente con algo que no había visto, sonó un ruido que a Marcelino le pareció tan grande como un trueno. Se quedó sin respirar y encogido como un escarabajo. Le latía terriblemente el corazón. ¡Mira que si se despertaba ahora el hombre con aquel ruido y le cogía y se lo llevaba para siempre! Y él, que ni siquiera había cumplido todavía los seis años, ¿qué hubiera podido hacer? A Marcelino le castañeteaban los dientes de miedo. Pero, pasado un cierto tiempo, pudo observar que allí no pasaba nada: ni subían los frailes, ni se despertaba el hombre, ni nada se movía. Envalentonado y arrastrando los pies por no hacer otro ruido como el de antes, Marcelino se fué acercando, palo en ristre, hasta el pie del ventanuco y, por las rendijas que dejaban entrar un poco de luz, vió cómo tendría que arreglarse para abrir la madera. Le costó bastante trabajo porque debía hacer mucho tiempo que aquello no se abriera. De pronto oyó un ruido familiar y se rió para sí: una rata acababa de asustarse y correr a un escondite. Por fin. Logró abrir un poco la madera del ventanillo y miró en seguida hacia donde estaba el hombre.

Marcelino no había visto jamás un crucifijo tan grande ni de bulto con un Jesucristo del tamaño de un hombre de veras clavado en la cruz, tan alta como un árbol. Se acercó al pie de la cruz y

mirando con fijeza la cara del Señor, la sangre que le goteaba de la frente por las heridas de la corona de espinas, las manos y los pies clavados al madero y la gran llaga del costado, sintió llenársele los ojos de lágrimas. Jesús tenía los suyos abiertos, aunque con la cabeza algo inclinada sobre su brazo derecho no podía ver a Marcelino. El niño fué dando la vuelta hasta ponerse debajo de su mirada. Jesús estaba muy flaco y la barba le caía a borbotones sobre el pecho; tenía las mejillas hundidas y su mirada le producía a Marcelino una grandísima compasión. Marcelino había visto muchas veces a Jesús, aunque siempre pintado en el cuadro que había en el altar de la capilla o en los crucifijos pequeños, como de juguete, que llevaban los frailes; pero nunca le había visto «de verdad» como ahora, con todo el cuerpo desnudo y de bulto, que él podía rodear con sus manos y había aire por detrás. Entonces, tocándole las piernas, delgadas y duras, Marcelino levantó sus ojos hacia el Señor y le dijo sin reparos:

—Tienes cara de hambre.

El señor no se movió ni le dijo nada. Marcelino tuvo una idea repentina, y empinándose mucho hacia Jesús para que le oyera, le dijo de nuevo:

—Espera, que ahora vengo.

Se dirigió hacia la puerta y salió a la escalera. Iba tan impresionado por el aspecto del Señor, que no se preocupó de meter ruido. Mientras bajaba, pensó cómo podría engañar a «fray Papilla». Y en vez de dirigirse derechamente a la cocina, lo hizo hacia la ventana posterior que daba a la huerta, y desde allí, después de observar que el hermano Gil estaba muy lejos, inclinado sobre la tierra y trabajando, gritó:

—¡«Fray Papilla», «fray Papilla», salga, que hay aquí un bicho grandísimo!

Apenas dicho esto, Marcelino corrió a esconderse junto al gran cajón de la leña que estaba muy cerca de la puerta de la cocina. Poco tardó en ver salir a «fray Papilla» murmurando algo entre dientes. Entonces, rápido como el rayo, Marcelino entró en la cocina, cogió lo primero que vió de comer y siguió corriendo escaleras arriba. Al llegar al desván, se coló como una exhalación y, acercándose al gran Cristo, extendió su brazo hacia él ofreciéndole lo que traía.

—Es pan sólo, ¿sabes?—le decía, estirando su mano cuanto podía—. No he podido encontrar más por la prisa.

Entonces, el Señor bajó un brazo y cogió el pan. Y allí mismo, según estaba clavado, comenzó a comerlo. Marcelino recogió su palo y sus sandalias, empujó algo la madera del ventanillo y salió con cuidado, diciéndole al Señor en voz baja:

—Es que me tengo que ir porque he engañado a «fray Papilla». Pero mañana te traeré más.

Y cerrando la puerta, echó escaleras abajo en busca del fraile. Marcelino estaba contento. Seguramente ya tenía un amigo más que añadir a «Mochito», a la cabra y, ¡ay!, a la sombra de Manuel.

que es un caballo grande como los que a veces ataban a las puertas del convento los guardias civiles que vigilaban la comarca!) El propio Marcelino tenía obligación de asistir día por día a esta novena y se pasaba el rato mirando el gran cuadro que del santo tenían los frailes en el altar, más iluminado por estas fechas que los días corrientes.

La tormenta había vuelto una noche y Marcelino, entre el miedo y el recuerdo de su amigo del desván, la sintió mucho más que nunca y en poco estuvo que subiera, pese al miedo y a los relámpagos, para cubrir con una manta al Señor del desván, tan desnudo el pobre y expuesto al frío viento y a la lluvia de aquella noche a través del mal

frutada pensando en su amigo de arriba. Ese sí que no tenía carne ni pan, ni siquiera un poco de agua, y Marcelino se hacía cruces pensando en cómo podría vivir tanto tiempo sin más que el poco de pan que le llevara lo menos hacía dos semanas. Pensando en esto, dióse Marcelino una vuelta por la cocina y vió que allí quedaba mucho más de la mitad de la carne que les habían traído. Con lo cual pensó a seguido que al otro día habría también carne y algunos más, y se consoló tanto, que dedicó el resto del día a sus hazañas favoritas y ni siquiera «Mochito», ni la propia cabra su nodriza, ni las pacíficas lagartijas da la tapia, escaparon a sus travesuras y maldades.



En seguida llegaron unos días difíciles para que Marcelino pudiera visitar otra vez a su nuevo amigo: con la novena de San Francisco se acercaba la fiesta grande del convento y los frailes se recogían antes aún y menudeaban los sacrificios y la mala comida, pues todos ellos estaban terriblemente ocupados en sus devociones. Para Marcelino, San Francisco de Asís era también un buen amigo, del cual conocía, por boca de los frailes, muchas más cosas que la mayoría de los hombres ya grandes de las ciudades. (En lo único en que Marcelino dejaba de estar conforme con la vida del santo era en aquello de haber vendido su caballo. ¡Con lo hermoso

cerrado ventanuco. Pasó, al fin, el trance, y con el término de la novena, llegó el gran día de San Francisco, en el cual los frailes, después de cumplir sus obligaciones de cada día dentro y fuera del convento, celebraban en grande la fecha del patrón y hasta comían algún poco de carne dada de limosna y abrían algunas botellas de vino rojo del país que tenían de regalo para las grandes ocasiones. Este año, no menos de media vaca les fué traída en un carro para la gran fiesta. Ni Marcelino ni «Mochito» hicieron grandes ascos a la carne, tierna y magra como nunca vieran. Pero entonces a Marcelino, cuando recibió permiso para salir al campo después de comer, le dolió la carne comida y dis-

Con el fin de la novena y de la fiesta del pobrecillo Francisco volvió la vida propia de cada día al convento y regresaron las preocupaciones de los frailes ante el invierno. Menudearon las salidas y entradas, y la despensa, por providencia de Dios, se fué aumentando como todos los años por aquellas fechas. Antes de que la carne se acabara, se acabaron las memorias de Marcelino y pasaron no pocos días hasta que recordase otra vez a su desgraciado amigo del desván. Fué precisamente el último día de carne cuando Marcelino vió con repentino espanto que apenas si quedaban las raciones justas para los de casa y pensó con remordimiento en el pobre hambriento, tan pálido y tan flaco, que



estaba clavado en su cruz. Se propuso entonces subir aquel mismo día como fuese y, bien provisto de su palo largo, acechó la ocasión de poder subir con las manos llenas en lugar de vacías. «Fray Papilla» no se separaba ni un minuto de su cocina y Marcelino hubo de vérselas con la dificultad una vez más, hasta que en un descuido del buen fraile sepultó en su bolsillo un gran trozo de carne asada y, poco después, otro buen tarugo de pan, de aquel duro que los frailes comían cuando lo podían tener. Ya provisto con sus dos buenas piezas, Marcelino se hizo ánimo y, acostumbrado al éxito de sus empresas, subió esta vez sin quitarse las sandalias, aunque con buen tiento en el caminar por no hacer ruidos sospechosos. Llegado al desván, y ya sin miedo, se dirigió derechamente al ventanillo y lo abrió. Miró en seguida a donde el hombre estaba y lo vió en su postura de costumbre, con lo cual se llegó hasta su pie y le habló de esta manera:

—He subido porque hoy había carne.

Y pensaba para sí: «¡Mira que si Este supiera que había habido carne tantos días y no sólo hoy!» Pero el Señor nada dijo ni Marcelino le dió importancia a su silencio, sino que sacando la carne y el pan y poniéndolos sobre la mesa, que por milagro se tenía sobre las patas, le dijo sin mirarle:

—Conque ya podías bajarte hoy de ahí y comerte esto aquí sentado.

Y dicho y hecho, acercó hasta la mesa un sillón frailero que allí estaba, más pesado que cien mil diantres y algo cojitranco.

Entonces el Señor movió un poco la cabeza y le miró con gran dulzura. Y a poco se bajó de la cruz y se acercó a la mesa, sin dejar de mirar a Marcelino.

—¿No te da miedo?—preguntó el Señor.

Pero Marcelino estaba pensando en otra cosa y a su vez dijo al Señor:

—¿Tendrías miedo la otra noche, la de la tormenta?

El Señor sonrió y preguntó de nuevo:

—¿Es que no te doy miedo ninguno?

—No—repuso el chico mirándole tranquilamente.

—¿Sabes, pues, quién soy?—interrogó el Señor.

—Sí—repuso Marcelino—; eres Dios.

El Señor sentóse entonces a la mesa y comenzó a comer la carne y el pan, después de partirlo de aquella manera que sólo El sabe hacer. Marcelino, familiarmente, le puso entonces su mano sobre el hombro desnudo.

—¿Tienes hambre?—preguntó.

—Mucha—repuso el Señor.

Cuando Jesús terminó la carne y el pan, miró a Marcelino y le dijo:

—Eres un buen niño y yo te doy las gracias.

Marcelino repuso vivamente:

—Igual hago con «Mochito» y con otros.

Pero estaba pensando en otra cosa, como antes, y preguntó de nuevo:

—Oye: tienes mucha sangre por la cara y en las manos y en los pies. ¿No te duelen tus heridas?

El Señor volvió a sonreír. Y preguntó suavemente, poniéndole El, a su vez, la mano sobre la cabeza:

—¿Tú sabes quiénes me hicieron estas heridas?

Marcelino parpadeó y repuso:

—Sí. Te las hicieron los judíos.

El Señor inclinó su cabeza y entonces Marcelino aprovechó la ocasión y,



muy suavemente, le quitó la corona de espinas y la dejó sobre la mesa. El Señor le dejaba hacer, mirándole con un amor que Marcelino jamás había visto reflejado en mirada alguna. Y, repentinamente, Marcelino habló señalándole a las heridas:

—¿No te las podría curar yo? Hay un agua que pica que se da por encima y a mí se me curan todas.

Jesús movió la cabeza.

—Sí puedes; pero sólo siendo muy bueno.

—Eso, ya lo soy—dijo Marcelino con presteza.

Y, sin querer, pasaba sus dedos por las heridas del Señor y se manchaba un poco de sangre.

—Oye—dijo el niño—, ¿y si yo te quitara los clavos de la cruz?

—No podría sostenerme en ella—dijo entonces el Señor.

Y entonces le preguntó a Marcelino si sabía bien su historia y Marcelino le dijo que sí, pero que quería oírsela a El mismo para saber si era verdad. Y Jesús le contó su historia. Y le habló de cómo era un niño y trabajaba con su padre, que era carpintero. Y cómo una vez se perdió y le hallaron hablando con los viejos de la ciudad. Y cómo creció y lo que hizo y cómo predicó y cómo tuvo discípulos y amigos y luego le pegaron y le escupieron y le crucificaron delante de su Madre. Y así fué llegando la tarde y con ella las primeras sombras, y a lo último Marcelino se despidió y dijo que volvería mañana sin falta. Y Marcelino tenía señales de haber llorado y el mismo Jesús le pasó sus dedos por los párpados para que no se lo notasen los frailes. Y entonces Marcelino le dijo que si le gustaría que volviese mañana o si le daba igual, y Jesús, que estaba ya de pie para volverse a su cruz, después de haberse comido el pan y la carne, le dijo así:

—Sí me gusta. Sí quiero que vengas mañana, Marcelino.

Y Marcelino salió del desván un poco aturdido, pensando cómo el Señor sabría que él se llamaba Marcelino y no de otra manera, como el hermano Gil o «fray Papilla» o el propio «Mochito». Y bajaba pensando también en cómo se le habrían quitado las manchas de sangre ellas solas.

Durmió muy bien Marcelino y se despertó al otro día sin haber soñado nada, ni con bichos, ni con tormentas, ni siquiera con la carne riquísima que había comido. Y recordó en seguida la promesa hecha al Hombre del desván y anduvo toda la mañana dándole vueltas en la cabeza a cómo podría subir tanto sin que le vieran y también a qué alimentos podría llevar hoy para comer a su amigo. Pero casualmente se le pusieron las cosas mejor de lo que pensaba, y en uno de sus viajes a la cocina, donde no siempre era bien recibido por «fray Papilla», quien de sobra sabía que nunca iba Marcelino por casualidad, sino a llevarse algún anticipo de las viandas, halló la cocina abandonada y sin más se metió un gran pedazo de pan en el bolsillo y luego registró con la mirada todos los sitios para ver qué más podría llevar. Mas como no viera nada sino la gran olla de las coles a la lumbre y acertara a encontrar por allí una botella de vino como hasta la mitad llena, sobra seguramente de las fiestas pasadas, agarró corriendo un vaso de latón y lo llenó hasta los bordes y se dirigió sin más a las escaleras, con las cuales se había familiarizado y subía ya sin tanto miedo. Recordó por el camino que, afortunadamente, había dejado en el desván su palo para abrir el ventanillo y entró sin preocupación alguna. Todavía a oscuras, dió los buenos días, y el Señor, desde su cruz, le contestó:

—Buenos días, buen Marcelino.

Ya con la luz entrando por el estrecho ventano, Marcelino se aproximó a la mesa y dejó lo primero el vino, del cual se le había caído un poco. El Señor, sin decir nada, ya había descendido de su cruz y estaba en pie a su lado.

—Oye—le dijo Marcelino chupándose unas gotas de vino de los dedos—, no sé si te gustará el vino, pero los padres dicen que da calor. Y, por cierto —prosiguió sin dejar al Señor que respondiera—, he pensado en que viene el invierno, como el año pasado, y que... —y se detuvo, mirando al Señor con mucha atención.



—¿Y qué, Marcelino?—le animó Jesús.

—Pues que... — Marcelino dudaba—. Pues que te voy a subir una manta para que te cubras un poco y no tengas tanto frío; pero no sé si eso es robar.

El Señor había tomado asiento y Marcelino estaba junto a El viéndole cómo comía el pan y cómo, de vez en vez, se llevaba el vaso de latón a los labios. Entonces el Señor le dijo:

—Ayer te conté mi historia y tú aun no me has contado la tuya.

Marcelino abrió mucho los ojos y miró al Señor con sorpresa.

—Mi historia—dijo el niño—dura muy poco. No he tenido padres y los frailes me recogieron cuando pequeñito y me criaron con la leche de la cabra vieja y con unos caldos que me hacía «fray Papilla» y tengo cinco años y medio.

Luego se detuvo y prosiguió, mientras el Señor le miraba:

—No he tenido madre.

Y después, como interrumpiéndose en su relató, preguntó al Señor:

—Tú tienes madre, ¿verdad?

—Sí—repuso Aquél.

—¿Y dónde está?—preguntó Marcelino.

—Con la tuya—dijo Jesús.

—¿Y cómo son las madres?—interrogó el niño—. Yo siempre he pensado en la mía y lo que más me gustaría de todo sería verla aunque fuera un momento.

Entonces el Señor le explicó cómo eran las madres. Y le dijo cómo eran de dulces y de bellas. Y cómo querían a sus hijos siempre y de que se quitaban las cosas de comer y de beber y de abrigar para dárselas a ellos. Y a Marcelino, oyendo al Señor, se le llenaban los ojos de lágrimas y pensaba en su madre desconocida, con un cabello mucho más fino que la piel de «Mochito» y unos ojos mucho más grandes que los de la cabra y mucho más dulces aún, y pensaba en Manuel, que tenía madre y la decía «mamá» llorando, cuando Marcelino le tiró mucho de las narices con una pinza de colgar la ropa a secar y se le salían un poquito los mocos.

Por fin llegó la hora de retirarse Marcelino, que fué cuando la campana tocó a comer, y el Señor se volvió a su cruz. Tan cautivador había sido el relato de Jesús sobre las madres, que a Marcelino se le había olvidado quitarle esta vez la corona de espinas; pero se prometió no olvidarlo la próxima y hasta romperla de una vez para que no atormentase más a Jesús.

Ocurría una cosa extraña en el corazón de Marcelino, y es que a las horas en que no podía subir a ver a su amigo, aunque siempre pensara en El, se iba a la capilla, y allí, en el gran cuadro de San Francisco, buscaba el crucifijo no muy grande que el santo traía entre las manos y reconocía los rasgos del Hombre del desván y recordaba todas sus palabras. Con lo cual sentía un gran consuelo y levantaba algunas sospechas entre los frailes, tan poco acostumbrados a ver al chico en la capilla.

—¿Tú qué haces por aquí?—le dijo un día de mal talante «fray Talán» el sacristán.

Muchos más días subió Marcelino y a veces le llevaba al Señor los más raros alimentos, desde nueces o algunas uvas ya medio pasas y mendrugos negros de pan y hasta un trozo de pescado que tenía un poco de tierra porque se le había caído le subió una vez, sin que Jesús hiciera el menor remilgo, sino que se comía todo con gran contento de Marcelino. Pero las más de las veces el niño le subía pan y vino. Había descubierto que aquellas dos cosas le eran más fáciles de coger, porque encontró el medio de abrir algunas botellas encerradas en sus cajas, en la troje de junto al desván, y también que al Señor le complacía muy particularmente aquel alimento. Hasta que un día Jesús, sonriendo mucho, le dijo a Marcelino:

—Tú te llamarás desde hoy Marcelino Pan y Vino.

A Marcelino le gustó el nombre, y entonces el Señor le explicó cómo El mismo, para quedarse vivo entre los hombres que le habían crucificado, había hecho la promesa de estar para siempre entre ellos en forma de pan y de vino en el altar, que era lo que comía, como si fueran la carne y la sangre de Jesús crucificado, el sacerdote durante la santa misa. Y Marcelino estaba orgulloso de no llamarse Marcelino a secas, sino Marcelino Pan y Vino, y un día hasta lo dijo a la hora de comer, entre el silencio de los frailes en el refectorio, gritando mucho para que se enterasen todos:

—¡Yo me llamo Marcelino Pan y Vino!

Y algunos frailes le miraron sonrientes y otros enfadados, porque allí no se podía hablar mientras se comía, con el padre superior y todo delante. Y entonces el padre superior, que parecía estar distraído, fijó la mirada en él y Marcelino se puso a temblar porque aquella mirada le penetraba muy adentro y parecía escarbarle todas sus ideas y recuerdos más secretos.

Marcelino proseguía sin trabas su amistad con Jesús y le seguía llevando alimentos y le había conseguido llevar también la manta prometida sin importarle ya si era robar o no, y se ocupaba mucho menos de los bichos y ahora era el viejo «Mochito» quien le buscaba a él, y tenía abandonada la cacería de animalejos y sus botes con agua y sus cajas con agujeros estaban arrinconados, y aparecía como ensimismado y algo triste, y entraba a la capilla, y los frailes, en una palabra, viéndole tan diferente de como siempre había sido, comenzaron a caer en sospechas y le observaron con mucha más atención sin que él se diese cuenta. Y Marcelino tenía la cabeza llena de ideas misteriosísimas y Manuel se le había olvidado y hacía siete días que no veía a la cabra su nodriza ni gastaba bromas a «fray Papilla» ni subía a ver a «fray Malo» a su celda. Y el padre superior estaba preocupado con el chico y encomendaba su vigilancia a todos los frailes, y entonces fué cuando empezó a ocurrir algo en la cocina.

OCURRÍA que el padre superior andaba preocupado con Marcelino. Y que «fray Malo» se quejaba de que ya Marcelino no subía nunca a verle. Y que la cabra estaba desasosegada y que, de repente, «Mochito» se murió y Marcelino lo enterró por orden de los padres, sin verter una sola lágrima, en un rincón de la huerta, y que «fray Puerta» y «fray Bautizo» fueron llamados por sus verdaderos nombres de pronto, y que «fray

Talán» era ayudado, por primera vez en la historia de Marcelino, a los cuidados de la capilla, y que el hermano cocinero, el bendito «fray Papilla», andaba como aturdido y atontado y mal de la memoria, puesto que a diario le faltaba una ración de las doce y con Marcelino trece que se hacían para cada comida. Y los otros frailes encontraban a Marcelino muy cambiado y todo el conventillo parecía ir al revés desde algún tiempo a esta parte.

Por fin, un día el padre superior reunió a la comunidad, excepto al hermano Gil, que había recibido el encargo de llevar al pueblo a Marcelino con pretexto de adquirir para él unos libros escolares, ya que el invierno andaba tan cercano, y expuso allí todas sus dudas y dió y pidió consejo respecto al evidente cambio de Marcelino.

—Yo le encuentro más serio y como convertido en un hombrecito—dijo «fray Bautizo».

—Yo le encuentro más bueno y menos travieso—dijo «fray Puerta».

—Yo le encuentro más devoto—dijo «fray Talán».

El último habló el padre superior:

—Nuestro Marcelino ya no es como era—dijo.

—Sus cajas y sus botes de bichos están siempre vacíos—dijo otro padre.

—El otro día le vi rezando frente a la tapia donde cazaba lagartijas—dijo un hermano que se llamaba el hermano Pío, y esto daba mucha risa a Marcelino.

—¿Rezando?—preguntó entonces, muy interesado, el padre superior.

—Vaya—repuso algo confundido el hermano Pío—, hablaba de Jesús y hacía como si hablase con El.

Se recogió el largo cordón el hermano Pío y prosiguió:

—Quizás hice mal; pero me escondí tras un árbol y le oí decir: «Mira, no quiero que lleves más esa corona, y te la voy a romper ahora mismo.»

Hubo un gran silencio entre los padres, y entonces el superior, repentinamente, se encaró con «fray Papilla», que había estado muy callado.

—Escuche, hermano—le dijo—, ¿no sospecha usted que esa ración que le falta a diario le puede ser sustraída por Marcelino sin que usted se dé cuenta?

El hermano, sin hablar, asintió. Y el padre continuó diciendo:

—Vamos a vigilarle más aún entre todos. Usted, hermano, vigile su cocina y no se deje engañar por un niño tan pequeño.

Y así trazó el padre varias vigilancias a cual más estrecha, pues todos ellos andaban como entristecidos y pensando si el niño, por estar tan aislado de los de su edad y condición, no habría contraído alguna rara enfermedad a la cual hubiera que poner pronto remedio con la dolorosa separación.

Probablemente, después del padre superior, que era un santo, y de «fray Malo», ya tan viejecito y siempre muriéndose sin acabar de descansar, el más bueno de todos era «fray Papilla» y también el tercero en querer a Marcelino. Pero desde aquel día en que el padre reuniera a la comunidad se propuso vigilarle y no había vez en que el niño entrara en sus dominios sin que el hermano, de una u otra manera, no estuviera presente. Aquello de la ración que faltaba a diario traía a mal traer a «fray Papilla»; él estaba bien seguro de preparar el pan para trece, la carne o el pescado para trece, la sopa o el hervido para trece, la fruta, si la había y era tiempo, para trece. Siempre trece: doce frailes y Marcelino.

—Doce frailes y Marcelino—se repetía el buen «fray Papilla».

Y un día su vigilancia dió resultado. Había andado por allí Marcelino en ocasión de que el fraile hubiera contado una vez más las raciones preparadas y hubiesen salido, como era lo justo, en número de trece. Nada más marcharse el niño, las raciones eran doce. Luego había sido Marcelino. Faltaban un pan y un pescado. «Fray Papilla» buscó a Marcelino por todas partes sin hallarlo. No pudo encontrar ni rastro y a la hora de comer el chico se sentó a la mesa con el apetito de costumbre, luego parecía raro que se hubiera comido un gran trozo de pan y un pescado de buen tamaño. «Fray Papilla» se dispuso a vigilar mejor aún y al día siguiente le ocurrió lo mismo, es decir, le faltó una ración de pan, puesto que el único plato que había era una especie de potaje con garbanzos, arroz y verduras, y aun estaba en la olla. También esta vez la falta de la ración coincidió con la salida de Marcelino de la cocina. Por primera vez «fray Papilla» se decidió a comunicar al padre superior su descubrimiento.



—Ahora es preciso saber qué hace con esos alimentos—le dijo el padre—. Cuando usted consiga descubrir al niño con la ración, sígalo sin que él se dé cuenta.

Así obedeció «fray Papilla» y así una tarde pudo observar con sorpresa que el chico, una vez el bolsillo bien lleno, se dirigía a las escaleras de la troje y el desván, a pesar de la prohibición que siempre se le había hecho. Siguióle el buen fraile asombrado y quedóse al otro lado de la puerta, viendo por sus rendijas cómo el desván se iluminaba al abrir el chico, como de costumbre, las maderas del ventanillo. Pero no pudo ver más porque le dió entonces como un mareo y a poco si pierde el sentido y viene a dar con su gran cuerpo en el suelo. Con lo que «fray Papilla», que era ya viejo, bajó a tientas las escaleras y entróse en su cocina. No se sabe cómo penetró en la idea del buen fraile la sospecha de si se trataría de alguna tentación; pero el caso es que al día siguiente estuvo en la capilla mucho más tiempo del acostumbrado en oración rogando al señor que se apiadara de él y no permitiera que un buen fraile ya tan viejo fuese tan tonto como para no saber vigilar a un pequeño niñito.

La visita de Marcelino a la cocina no se hizo esperar. Había aquel día potaje también, y Marcelino sólo pudo hurtar un buen pedazo de pan. Comenzó el fraile su persecución, pero esta vez estuvo a punto de ser descubierto, pues el niño se dirigió derechamente a la troje, y allí «fray Papilla» le vió inclinado sobre una de las cajas de botellas de vino que los frailes guardaban para las grandes ocasiones. Con lo cual, y como el chico, una vez lleno el vaso, hubiese de volver sobre las escaleras, el fraile se vió obligado a bajar para no ser visto y perdió también la ocasión. Pero dicen que a la tercera va la vencida, y así fué en esta historia, pues no más lejos que al día siguiente, y teniendo los padres para su cena, además del pan y un caldo, como una treintena de manzanas asadas, observó «fray Papilla» la consabida falta del pan y de dos manzanas, y púsose acto continuo en seguimiento del ladronzuelo, llegando tras él hasta la puerta del desván y quedándose allí a observar sin poder ser descubierto. De lo que vió «fray Papilla» al través de las rendijas y del desmayo que le entró una vez visto, poco podemos saber. Sólo que el buen fraile recordaba entonces, horas más tarde, que una vez el niño le había preguntado de repente días atrás:

—¿Tú hablas también con Dios?

Muy asombrado se había quedado entonces el hermano, pero acertó a contestar que sí, y que ello ocurría mientras rezaba, que era la única manera de hablar con Dios que los hombres tenían, en no siendo santos.

Bajó el fraile con muchas señales de agitación y se encerró en seguida en la capilla, pero no dijo aún nada de lo que había visto y estuvo en vela toda la noche, y a buen seguro que las disciplinas anduvieron en juego mientras los demás dormían; tanto miedo tenía el cocinero de haber caído en alguna tentación y brujería del demonio.

Persistió en sus investigaciones, no obstante, con redoblado fervor, y acabó por estar al tanto de lo que en el desván ocurría a diario entre el niño y la imagen de Jesucristo crucificado que allí tenían los frailes por su gran tamaño, que no permitía instalarla debidamente en la capilla hasta que ésta pudiera ser reformada como el padre superior y todos deseaban. Y también



a la tercera vez, por aquello de no ir viendo visiones, «fray Papilla» se armó de valor y recurrió a «fray Puerta», después de haberse confesado de alucinaciones con uno de los padres, y le dijo lo que a diario veía y oía al través de las maderas de la puerta del desván. Con lo cual «fray Puerta», que era tan bueno y tan viejo casi como él, se ofreció a acompañarlo para quitarle de tales y tan raras visiones.

En efecto, al día siguiente, y precisamente durante una gran tormenta de las que antes obligaban a Marcelino a buscar refugio en los frailes, estaban juntos los dos tras la puerta del desván, y mientras «fray Papilla» se ponía muy devotamente en oración, el hermano portero atendía a lo que ocurría allí dentro. Tampoco el fraile segundo dió crédito a sus ojos, y cuando, al fin, bajaron, habló a «fray Papilla» de algún sortilegio, contra el que habría que prevenir al padre superior, y recordó a aquel niño que había visto a San Francisco de Asís hablar con Dios, sin que San Francisco se diera cuenta, y luego acabó siendo fraile y de los mejores. «Fray Papilla» le rogó al hermano que esperase un día más aún y que subiera con él otra vez, antes de informar ambos al padre superior. Así lo prometió el otro, y la noche llegó, y con ella se calmó la gran tormenta, siendo entonces dos los frailes que pasaron la noche en vela, rezando y pidiendo luz a Dios para entender en tan misterioso asunto.

MARCELINO andaba aquellos días como dormido en su propia felicidad. Dijérase que no recordaba nada y que viviera embebido en sus pensamientos. Ni los bichos, ni sus viejos amigos los frailes, ni siquiera la cabra que fuera su nodriza, y que en estos días agonizaba de puro vieja en el corral; ni las tormentas, que menudeaban ahora sobre el convento; ni nada, le distraía de su amistad con el Hombre del desván, de sus conversaciones y de su nueva afición a visitar la capilla y quedarse allí realmente dormido mientras contemplaba el crucifijo del cuadro de pintura de San Francisco, hasta el punto de que alguna tarde tuvo que ser transportado a la cama desde allí mismo. El niño entraba ya en la cocina sin detenerse a pensar en engañar a «fray Papilla», y delante de sus mismas narices recogía la ración acostumbrada y subía sus escaleras, sin importarle para nada el ruido ni tampoco que le pudieran seguir hasta allá arriba.

Aquella tarde, su ofrenda había consistido en lo más corriente y lo que había dado origen al nombre puesto por Jesús: pan y vino solamente. Jesús descendió como de costumbre de su cruz y comió y bebió su pan y su vino como siempre, y sólo al final, ante Marcelino embebido en su figura, de



la cual no quitaba ojo, pero sin atreverse ya a tocarle, del respeto y amor, que le paralizaban, llamó hacia sí al niño y, tomándole con las manos por los delgados hombros, le dijo:

—Bien Marcelino. Has sido un buen muchacho, y yo estoy deseando darte como premio lo que tú más quieras.

Marcelino le miraba y no sabía cómo responderle. Pero el Señor, que veía dentro de él lo mismo que ve dentro de nosotros, insistía dulcemente, haciéndole presión con sus largos dedos:

—Dime: ¿quieres ser fraile como los que te han cuidado? ¿Quieres que vuelva junto a ti a «Mochito», o que no se muera nunca tu cabra? ¿Quieres juguetes como los que tienen los niños de la ciudad y del pueblo? ¿Quieres, mejor, el caballo de San Francisco? ¿Quieres que venga contigo Manuel?

A todo decía que no Marcelino, con los ojos cada vez más abiertos y sin ver ya al Señor, de lo mucho que lo veía y de lo cerca que lo tenía de sí.

—¿Qué quieres entonces?—le preguntaba el Señor.

Y entonces Marcelino, como si estuviera ausente, pero fijando sus ojos en los del Señor, dijo:

—Sólo quiero ver a mi madre y también a la tuya después.

El Señor lo atrajo entonces hacia sí y lo sentó sobre sus rodillas desnudas y duras. Después le puso una mano sobre los ojos y le dijo suavemente:

—Duerme, pues, Marcelino.

En aquel mismo instante, once voces clamaron «¡Milagro!» detrás de la puerta del desván, sobre la escalera, y la puerta se abrió de golpe y todos los frailes, menos «fray Malo», irrumpieron en la pequeña estancia, en la que apenas si cabían tantos. «¡Milagro, milagro!», gritaban los frailes y el padre superior. Pero todo estaba en calma ya, y bajo la luz del ventanillo abierto aparecían los estantes cubiertos de libros y legajos empolvados, como siempre; los muebles y maderas, hacinados, y el Señor, en su cruz inmóvil, macilento y agonizante como de costumbre. Sólo Marcelino reposaba entre los brazos del sillón frailero, dormido al parecer. Cayeron los frailes de rodillas y allí se estuvieron tanto tiempo como fuera posible, hasta dar en la cuenta de que Marcelino no despertaba. Acercóse entonces el padre superior a él y, tocándole con sus manos, hizo seña a los frailes de que fueran bajando, y dijo nada más:

—El Señor se lo ha llevado consigo; bendito sea el Señor.

Bajaron los frailes a su capilla, y allí pasaron la noche entre lágrimas de alegría, con el cuerpo de Marcelino extendido sobre las gradas del altar. Frente al altar mayor, los frailes habían puesto inclinado el gran crucifijo del desván, que de otra manera no cabía. Marcelino estaba dormido en el Señor y seguramente viendo ya la cara de su madre desconocida.

Antes del alba partieron a buen paso hacia los pueblos del contorno los frailes más jóvenes para dar cuenta de lo sucedido al vecindario, y a la tarde comenzaron a llegar los primeros carros con todos los que querían ser testigos de la prueba del milagro. En su pequeña caja de madera clara, Marcelino, sonriente y sonrosado, dormía. Llegaron y llegaron carros y caminantes a pie como en romería durante toda la noche; por todos los pueblos había cundido el rumor del milagro y se conocía ya la dichosa muerte del niño de los frailes. Aquella misma noche había muerto también la cabra de Marcelino, y «fray Malo» había sentido tan repentina mejoría sobre sí, que se había hecho conducir a la capilla para adorar al crucifijo y despedirse de su amigo Marcelino.

—¡Yo viviendo—decía el buen fraile llorando—y él aquí!

A media mañana se organizó el entierro en forma de procesión. El niño había de ser enterrado en el cementerio del pueblo más próximo, que era donde estaba empadronado, a pesar de que los frailes hubieran preferido dejarlo allí con ellos, en el pequeño camposanto de la huerta; pero fué imposible por la ley que imperaba y las propias reglas de la Orden, y a primera hora de la tarde se puso, por fin, en camino la gran comitiva, en la cual iban, con los frailes en procesión, las autoridades de los pueblos y gran parte de sus vecinos, entre los cuales no faltaba la familia de Manuel con Manuel mismo, quien apenas si recordaba de aquel niño que sólo una tarde conociera. Del pueblo más rico había enviado su Ayuntamiento la banda de música, que tocaba una marcha fúnebre muy lenta y tristona y como a pedazos, de separados que los músicos iban. Por cierto que si Marcelino hubiera vivido y hubiese asistido a un entierro semejante al suyo, habría reparado en que el músico que tocaba el bombo de aquella banda era muy delgadito y parecía ir a perder el equilibrio por el gran peso de su tambor, y mientras que el que tocaba el clarinete era un gordo enorme, que parecía fumar en aquella especie de estrecha boquilla que era en sus manos la delgada trompeta.

Los frailes entonaban sus cánticos, y la banda, su marcha fúnebre. Las gentes rezaban de viva voz, y sólo los niños reían y saltaban por el camino, sin darse cuenta de nada. Hacía una tarde espléndida, de aquellas tardes que le gustaban a Marcelino Pan y Vino antes de tener su gran Amigo del desván, y los carros y las caballerías seguían a la larga comitiva de a pie, cuando, de improviso, unas cabras que por allí pastaban en rebaño, atraídas seguramente por la música y los cantos, pusiéronse a seguir el entierro y llegaron con él hasta las puertas del cementerio. Si hubiera podido, también la cabra nodriza de Marcelino habría estado allí, triscando unas pocas hierbas mientras el cuerpo del niño descendía sobre la tierra. El cuerpo, digo. Porque el alma había subido ya hacia su madre, hacia el cielo, que tanto decían los frailes; hacia el Señor, a quien Marcelino había dado tantas veces de comer y de beber en el desván.



Con este cuento de José María Sánchez-Silva, MVNDO HISPÁNICO inicia una costumbre que, sin duda, será acogida favorablemente por sus lectores. De ahora en adelante, y con relativa frecuencia, procuraremos ofrecer en nuestras páginas las novedades literarias más importantes—cuento, novela, teatro, etc.—, dando estas obras íntegramente o en aquellos pasajes de mayor interés que puedan aislarse de la obra total.



PULSO Y NOTICIA DEL MUNDO

ENTREVISTA GRANCOLOMBIANA ◇◇◇◇◇◇
◇◇◇◇◇◇◇ COMUNISMO EN INDOCHINA
CANDIDATOS EN FILIPINAS ◇◇◇◇◇◇◇◇◇
◇◇◇◇◇◇◇◇◇◇ POLITICA PANAMERICANA
MOVIMIENTO ECONOMICO PARAGUAYO ◇◇
◇◇◇ ACERCAMIENTO PERUANO-BRASILEÑO
LOS CONSERVADORES COLOMBIANOS ◇◇◇
◇◇◇ POLITICA Y DEMOGRAFIA EN MEXICO

Por TOMAS DE ARANDIA



SE HAN ENTREVISTADO EN SU FRONTERA COMUN LOS PRESIDENTES DE COLOMBIA Y VENEZUELA. El 20 de marzo se encontraron en un puente sobre el río Táchira, sobre el que había sido levantada una tienda, el coronel Marcos Pérez Jiménez, Presidente provisional de Venezuela, y el doctor Roberto Urdaneta Arbeláez, Presidente encargado de Colombia, los cuales estuvieron reunidos en entrevista privada durante más de dos horas. Declararon que la reunión había sido proyectada antes de celebrarse la de Ibáñez y Perón y que tenía por objeto acrecer la colaboración entre ambas naciones, actualizando así el anhelo de Bolívar de unidad entre ambos pueblos. Un gran retrato del Libertador presidía la tienda donde ambos Presidentes se encontraron. La impresión general respecto al encuentro es la de que no será el último y se dice que quizá Urdaneta visite a Pérez Jiménez en Caracas. La colaboración entre las dos naciones en los organismos internacionales se ha reforzado, se ha tratado del problema de la Flota Grancolombiana, en el que parecía haber divergencias de criterio; se cooperará en la supresión de actividades subversivas contra el otro país en el seno de cada uno, según lo estipulado en el tratado bolivariano de 1911, y, finalmente, se incrementará la aproximación econónima, estudiándose la creación de una zona libre de comercio entre ambas naciones, aunque no se anuncia la próxima firma de ningún tratado de comercio. Tal vez hayan sido examinados otros problemas, como la actual tensión entre Perú y Ecuador. Es sabido que Colombia apoyó tradicionalmente a éste y que Pérez Jiménez se formó militarmente en cquél, por lo que quizá pudiese resultar de todo ello un medio para suavizar la tensión en esa zona de América. Desde luego, en la entrevista se ha fortalecido la política anticomunista de que ambos regímenes participan.



EL ATAQUE AL REINO DE LAOS REVELA LOS PROPOSITOS COMUNISTAS de eliminar toda presencia occidental en el Asia lejana en breve plazo, pese a las fintas de paz que formuló Malenkov y de las que Eisenhower pidió una adecuada concreción en hechos a modo de motivos de credibilidad. Las tropas rojas del Vietminh invadieron este pequeño país de límites imprecisos el día 13 de abril y desde entonces han realizado grandes avances frente a una escasa guarnición indígena y francesa reforzada rápidamente desde Hanoi. La próxima llegada de la estación de las lluvias impedirá en gran parte las operaciones y dañará sobre todo a los galos, cuyos transportes aéreos no podrán tomar tierra en Luan-Prabang, la reducida capital de Laos, donde un rey anciano y enfermo se niega a dejar su real palacio. La mancha de aceite roja puede ahora extenderse más fácilmente a Tailandia, el antiguo y legendario Siam, cuya población china está predispuesta a seguir el ejemplo de los secuaces de Mao-Tse-Tung. Los Estados Unidos se han apresurado a ayudar a Francia y a los leales de Laos, «país pacíficamente gobernado por un Gobierno legítimo y reconocido por treinta y cinco naciones», según ha puntualizado Dulles. La consecuencia política más importante del ataque a Laos es la intención norteamericana de llevar el caso ante la O. N. U., posibilidad discutida en París por Bidault y por el embajador yanqui. Aunque la situación es tan clara desde el punto de vista estadounidense como en el caso de Corea o más, los franceses no ven con agrado esta medida porque estiman que en la O. N. U. podría suscitarse entonces de nuevo la oleada de ataques a su colonialismo que han provocado reiteradas veces los países árabes. En realidad, lo que en Asia ocurre es que Europa se bate en retirada y todos los esfuerzos militares de Francia y todas las filigranas diplomáticas, incluídas la Unión Francesa y los Estados Asociados de Indochina, no pueden impedir este progresivo desmoronamiento de la hegemonía blanca entre las razas de color. No puede negarse el enorme magnetismo que China ejerce sobre el resto de Asia ni la simpatía con que las naciones árabes contemplan los esfuerzos egipcios para librarse de las tropas inglesas que guarnecen el canal de Suez, clave de esta cadena de bases que es—que ha sido, más bien—el Imperio británico. Volviendo al sureste asiático encontramos amenazados los territorios de Siam o Tailandia y de la propia Birmania, donde las autoridades legítimamente constituídas no ejercen más que de modo nominal fuera de la capital y de las principales ciudades. Por otra parte, no está claro qué valor podría tener una decisión condenatoria de la O. N. U. frente al ataque en curso y a los que se prevén si los Estados Unidos no desean enviar soldados, de acuerdo con lo que acaba de declarar Dulles. Sin tropas yanquis no cabe duda de que Corea del Sur habría sido conquistada hace mucho por los comunistas del Norte, y no parece que la insurrección xenófoba pueda ser combatida por otro medio que la fuerza.



RAMON MAGSAYSAY SERA CANDIDATO DEL PARTIDO NACIONALISTA A LA PRESIDENCIA de la República Filipina en las próximas elecciones de noviembre. Su designación se ha producido el día 12 de abril por la Convención del partido después de que el candidato había abandonado su colaboración con el liberalismo en el Poder y se había pasado al partido que preside el senador Laurel, quien anunció que apoyaría en dicha Convención la candidatura de Magsaysay. El aspirante nacionalista ha sido hasta hace poco secretario de Defensa del Gabinete Quirino y como tal hubo de organizar la lucha del Estado filipino contra las bandas de guerrilleros comunistas conocidos con el nombre de «huks», en cuyo cometido se empleó con singular eficacia y obtuvo un gran prestigio personal, que le beneficiará en su campaña electoral. Al dimitir dijo (informa *Time* del 9 de marzo) que «sería inútil que yo siguiera... matando "huks" mientras el Gobierno crea con su mala administración un ambiente propicio al comunismo», a lo que el Presidente replicó que «Magsaysay se está volviendo demasiado ambicioso». Ya en febrero había anunciado Quirino su deseo de presentarse como candidato liberal a la reelección para la Presidencia, y aunque aun tiene que ser ratificado por la Convención partidaria en mayo, es probable que lo consiga por su gran prestigio dentro de su partido. De momento ha sustituído a Magsaysay por el secretario de Justicia, Oscar Castelo, y ha ofrecido la cartera de éste al embajador en Madrid, Manuel Morán. Otro ministro ha dimitido y se ha separado del partido liberal: el senador administrador del Plan de Coordinación Económica, Cuenco. Muy discutida es la posición del Gobierno norteamericano, que, según algunos recelosos liberales, está dispuesto a apoyar preferentemente al partido nacionalista y en especial a la radical reforma agraria que éste propugna como medio de quitar a los «huks» una poderosa arma, el malestar entre amplios sectores del campesinado. De momento, el secretario de Justicia, Oscar Castelo, ha anunciado su intención de deportar a todos los extranjeros que intervengan en la política interior filipina, lo que se interpreta como una clara advertencia a los norteamericanos.



EISENHOWER CONCEDERA A IBEROAMERICA MUCHO MAS INTERES QUE TRUMAN, según se desprende de sus declaraciones y decisiones, anunciadas ante la Organización de Estados Americanos el 12 de abril, precisamente veinte años después del día en que Teodoro Roosevelt proclamó ante parejo auditorio la política de buena vecindad que venía a romper la lamentable tradición republicana del Big Stick. Durante su campaña había puesto de relieve el actual Presidente el hecho de que la administración de Truman no había prestado a Iberoamérica la debida atención, lo que era una prueba de tremenda ingratitud si se considera el valor de la aportación de estos países a la victoria frente al Eje a través de sus soldados, de su apoyo político y, sobre todo, de sus materias primas imprescindibles. El mantenimiento como encargado de asuntos «latinoamericanos» de Spruille Braden en la Secretaría de Estado significaba esa actitud de incomprensión y dureza hacia las naciones hispánicas de América; después de su desdichada experiencia argentina, Braden ha venido insistiendo en pedir una política «más enérgica», lo que ha sido interpretado en Hispanoamérica como una demanda de intervención directa. En contraste con esta postura, el nuevo secretario de Estado para Hispanoamérica, John Moors Cabot, ha propugnado en sus declaraciones un aumento de la ayuda a Hispanoamérica de modo económico mediante la concesión de facilidades al comercio y a la inversión de capitales en estos

países, sistema este último que concuerda con las tesis económicas del partido republicano. De momento, Mr. Cabot está recorriendo los países del Caribe en una misión informadora. Y en su mencionado discurso, ampliado por otras declaraciones del secretario de Estado, Dulles, el Presidente Eisenhower anunció que enviaría a su hermano Milton a recorrer Iberoamérica, ya que le era imposible hacer este viaje personalmente «en misión de buena voluntad» y con el fin (según «La Prensa», de Lima, del 29 de marzo) de «despertar un nuevo panamericanismo». Al sintetizar esta política decía «The New York Times» días antes que perseguía el fin psicológico de acentuar la cordialidad yanqui, el fin económico de promover las inversiones de su capitalismo y el fin social de transformar el régimen feudal que en muchos países hispánicos impera. A fe que parecen ambiciosos los objetivos propuestos; a nosotros nos parece que el fin económico de abrir puertas al capital norteamericano predomina sobre todos los demás y es el más en consonancia con la mentalidad de «businessmen» típica del actual Gobierno, buen conocedor del hecho de que Iberoamérica es el mayor mercado para sus compras y ventas, muy superior en importancia a Europa Occidental y al Canadá, y de que la cordialidad abre a los negocios más puertas que las exigencias políticas. Es evidente que la indiferencia de Truman hacia Hispanoamérica, la frialdad de Acheson y la furia intervencionista de Braden han contribuído a aumentar en estos años la alta temperatura antiyanqui que ahora trata de soslayar Eisenhower. Un corresponsal de «The New York Times» acaba de reiterar la alarma por «el sentimiento antinorteamericano creciente en los países de Sudamérica». El periodista Mr. Sam Pope Brewer, que ha sido sucesivamente cronista del periódico citado en Madrid y Río de Janeiro, conoce los asuntos iberoamericanos y declara el 27 de abril, bajo el titular entrecomillado, que «durante estos meses los Estados Unidos han estado perdiendo terreno en la fase sudamericana de la guerra fría», pues los planes de cooperación propuestos desde Wáshington son a menudo vistos desde el Mediodía como esfuerzos de dominación y preparativos de guerra. Sin duda, la decisión de Eisenhower de disminuir la ayuda al exterior ha afectado mucho a Hispanoamérica: de los 5.828.732.500 dólares que piensa volcar «Ike» sobre el mundo, Iberoamérica ha de recibir sólo la cantidad realmente mínima de 20 millones, lo que significa que una cuarta parte de los países ayudados sólo recibirán un trescientosavo de la ayuda total. Este dato justifica la desconfianza hispanoamericana frente a los Estados Unidos.



GANO LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE FEBRERO EL UNICO CANDIDATO, que era ya Presidente de Paraguay: Federico Chaves, jefe del sector «auténtico» del Partido Colorado o Nacional Republicano. Paraguay vive de hecho en un régimen de partido único, pues los grupos rivales no participan en la vida política por unas u otras razones. La línea actual del Gobierno es conservadora y anticomunista y mantiene muy cordiales relaciones con sus vecinos, así como con los Estados Unidos. El país está realmente al comienzo de su desarrollo y encierra grandes posibilidades, aún sin explotar. Veamos algunas tentativas para desenvolver esta riqueza que enumera *Die Neue Zetitung*, de Francfort del Main, el 24 de febrero pasado: sobre el río Paraná y en medio de la selva se va a construir una gran central hidroeléctrica, para lo que se abrirá un concurso internacional; cerca de esta proyectada central crecen numerosos árboles llamados «tungos», que podrían ser una excelente materia prima para celulosa, y ya se está viendo la posibilidad de montar fábricas de este producto; para tratar estas maderas y para ayudar a las faenas agrícolas se está introduciendo mucha maquinaria alemana; en la zona boliviana del Gran Chaco hay ricos yacimientos de petróleo, cuyo acceso desde territorio boliviano es difícil por las grandes distancias, de modo que el Gobierno paraguayo ha autorizado que se construya en su territorio un oleoducto de 800 kilómetros, que lo conducirá hasta un puerto franco que se concederá a Bolivia en el río Paraguay, con lo cual este país se beneficiará también al recibir directamente el petróleo en bruto; ya circulan por las calles de Asunción 50 autobuses importados de Alemania; el costo de vida aumentó mucho al suspenderse en gran parte los envíos de trigo argentino a causa de la crisis sufrida en este país y el Gobierno acordó desvalorizar el guaraní en el mes de enero. La revista termina lamentando la interferencia de la política en la vida económica paraguaya, de la que, según dice, están ausentes, en calidad de emigrados, unas 100.000 personas, «peligrosa sangría para un país que sólo cuenta alrededor de un millón de habitantes y que ya había sufrido tantas bajas en la guerra del Chaco».



EL PRESIDENTE ODRIA VISITARA AL PRESIDENTE VARGAS EN RIO DE JANEIRO, *según se había anunciado incluso antes de que terminase la visita de Perón a Chile, lo que fué interpretado como una reacción de los Estados Unidos y sus amigos en el Sur frente a la eventual creación de un bloque austral hispanoamericano. El conservador diario «La Prensa», de Lima, saludaba esta visita el 10 de marzo como negación de tales bloques regionales y posibilidad de que «los dos Presidentes puedan discutir la forma de paralizar cualquier movimiento que amenace con quebrar el panamericanismo»; el también limeño semanario «1953», de tendencia izquierdista, atacaba a «La Prensa» por esta actitud, que calificaba de provocativa e insolente, por insinuar que pueda haber en la entrevista de Río algún designio oculto contra la Argentina. De todo esto lo único que queda en pie es la marcada simpatía actual entre el Gobierno peruano y los Estados Unidos, de la que es reciente testimonio la concesión por Eisenhower a Odría de la Orden de la Legión del Mérito, preciada distinción que el actual Presidente yanqui otorga por primera vez. La línea anticomunista peruana, que tanto complace en estos tiempos a Norteamérica, ha conducido a la ruptura por Odría de las relaciones comerciales con Rusia, sus satélites y la China comunista, hecho que contrasta, desde luego, con las visitas que el embajador argentino en Moscú está realizando a los altos jerarcas soviéticos. «Perú—en frase del economista estadounidense Julius Klein, que presidió allí una Misión de ayuda técnica pagada por el Gobierno peruano—es considerado por el capital norteamericano como una verdadera "tierra prometida", a causa de haber levantado en noviembre de 1949 todas las restricciones sobre el comercio exterior.» Klein hizo estas declaraciones en Brasil, cuya economía va a estudiar ahora, a petición también de este Gobierno. La ley de marzo de 1952 permitió al capital extranjero asociarse al norteamericano para explotar el petróleo, y ya se empiezan a beneficiar de esta ley la compañía minera del Cerro de Pasco, la International Petroleum, la Socony Vacuum, la Shell y la Gulf (norteamericanas), así como un grupo canadiense y otro argentino, según afirma «L'Usine Nouvelle» (París, 29-I-53) al reseñar las aportaciones de empresas norteamericanas a la economía del Perú. La Cámara de Comercio de Lima estudió la situación económica presente, cuyos rasgos son: bajo nivel de precios de los productos de exportación (algodón, lana, azúcar, etc.); entrada creciente de divisas mediante transferencias de créditos, equilibrio—pese a ambos factores—de entrada y salida de divisas a causa del aumento de cantidades exportadas, alza de precios en el interior y desvalorización gradual de la moneda, saturación del mercado interno y reducción de los ingresos fiscales, y conveniencia, en fin, de restringir las facilidades de pagos y créditos.*



LA CRISIS DEL REGIMEN DE PARTIDOS PARECE INSOLUBLE EN COLOMBIA, en donde las todavía remotas elecciones de 1954 empiezan a provocar escisiones dentro del partido conservador, que detenta el Poder. Es preciso recordar que las divisiones internas en el partido liberal determinaron su derrota electoral en 1946 al repartir sus votos entre sus dos candidatos, Turbay y Gaitán, después de dieciséis años de Gobierno liberal. La hegemonía alcanzada entonces por el conservatismo podría quebrarse ahora si los liberales se presentasen a las elecciones con un solo candidato y si los conservadores cometiesen el mismo error de dividir sus fuerzas, que ocasionó la derrota de sus adversarios. Poco antes de las últimas elecciones se pensó en que esto podría ocurrir, dado el auge alcanzado por la figura de Gilberto Alzate Avendaño, el impetuoso senador por Caldas, al que se llama el Gaitán del conservatismo, y que arrastró consigo una facción conservadora muy fuerte, aunque no tanto como para lograr la victoria; en aquella ocasión, el sector maduro y más tradicionalista del partido se impuso, y Laureano Gómez, jefe indiscutible, alcanzó la Presidencia de la República, de la que hubo de retirarse provisionalmente por razones de salud, sustituyéndole el designado, Roberto Urdaneta Arbeláez. Durante el ejercicio del Poder por uno y otro ha ido de nuevo cobrando vigor la figura de Mariano Ospina Pérez, el Presidente conservador, que hubo de soportar con una energía admirable el tremendo estallido del Bogotazo, y que luego formó un Gobierno llamado «de Unión Nacional», en el que participaron algunos liberales y del que quedó excluído Laureano Gómez, cuya salud se vió muy quebrantada por aquellos acontecimientos. Esta nueva popularidad de Ospina ha desembocado en su aceptación de la candidatura que le ofrecían sus numerosos partidarios, y que fué proclamada en un banquete anunciado como de carácter anticomunista. La reacción adversa del Directorio Nacional Conservador que controla Gómez no se ha hecho esperar, y *El Siglo* ha publicado un manifiesto que demanda el aplazamiento de la campaña presidencial y propugna la reforma de la Constitución, según la cual Laureano Gómez no podría ser reelegido. Así, frente a la postura oficial, que pide la reelección de Gómez—quien ha atacado a Ospina, rompiendo para ello su largo silencio—, aparece un grupo «ospinista» que probablemente contará con la ayuda de Alzate y de su *Diario de Colombia*. Mientras, los liberales esperan y fomentan esta escisión, que, si se mantiene, puede costar al partido conservador la pérdida del Poder, tan difícilmente logrado.



RUIZ CORTINES DESARROLLA UNA CAMPAÑA DE MORALIDAD ADMINISTRATIVA, *concretada en la «ley Cristal», que exige declaración de sus bienes a todos los funcionarios públicos, los cuales habrán de repetirla en el momento en que dejen sus puestos, y serán responsables de enriquecimientos injustificados, bajo la vigilancia del fiscal federal. Parece que este intento depurador está llevándose adelante con más rigor y eficacia que en ocasiones precedentes, y, de momento, han comenzado a formularse públicamente acusaciones graves sobre la administración del ex presidente Alemán. En un banquete al general Treviño se lanzó la cifra de 7.000 millones de pesos como síntesis del provecho obtenido por ese régimen, y de ella se asignaron 4.000 millones como beneficio personal de Miguel Alemán; ni el Presidente ni su predecesor—que se repone en París de las fatigas del mando—han formulado comentarios, pues el ímpetu purificador de Ruiz Cortines no parece querer alcanzar a la gestión anterior a la suya propia. El régimen persigue otros objetivos: abaratar los artículos esenciales, y a este fin ha efectuado grandes compras de maíz; proseguir las grandes obras de irrigación del alemanismo; favorecer a la minería mediante la eliminación de impuestos sobre ella, y a la agricultura, por medio de la concesión de préstamos; quebrantar el poder de los grandes monopolios, como el petrolero; aumentar los derechos que gravan la importación de muchos productos, a fin de favorecer a la industria mexicana, y proseguir su amistad con Centroamérica y la repulsa anterior al tratado propuesto por los Estados Unidos. Para todo ello cuenta Ruiz Cortines con una favorable situación económica: el valor del peso se mantiene respecto al del dólar e incluso acusa cierta tendencia a aumentar, mientras las exportaciones de algodón y petróleo son mucho mayores que hace un año. Un artículo de Pablo Castellano en la revista «Lectura» del 1 de marzo da cuenta de que, al ritmo actual de crecimiento demográfico, México tendrá treinta y tres millones de habitantes en 1960. Para hacer frente a este porvenir ha de aumentar la producción, lo que parece posible, ya que, en la última década, la riqueza agrícola aumentó en el 54 por 100; la industria, en el 64 por 100, y el comercio, en el 61 por 100, descendiendo tan sólo la minería y metalurgia en un 13 por 100, a causa, tal vez, de los impuestos, que ahora Ruiz Cortines va a reducir. La única conclusión pesimista de este trabajo es la de que la población económicamente activa aumentó muy poco—tan sólo del 30 al 32 por 100—, lo que significa una gran masa de población inactiva, a la que es preciso incorporar a la tarea de engrandecer y potenciar a México. Pensemos en que la incorporación a un trabajo rentable de un 4 por 100 de la población mexicana—con lo que se llegaría al nivel español, nada desmesurado, del 36 por 100 de individuos activos—significaría el gran aumento que a su producción darían un millón más de trabajadores, hoy ausentes de hecho en el proceso de desenvolver las grandes riquezas potenciales de México.*

VISION DE AMERICA A TRAVES DE EL ECUADOR

(Viene de la pág. 22.) decisiva y perdurablemente, sobre toda la vida americana, la del Norte y la del Sur.

Permitidme este comentario final. No está fuera de lugar hablar con un criterio biológico o, más concretamente, fisiológico de la evolución de los pueblos y de las civilizaciones. Lo inadmisible es hablar de las civilizaciones y de los pueblos, que son cosas vivas y en evolución perpetua y como tales deben ser estudiadas, como si fueran momias desenterradas o polvorientos legajos de los archivos. Los pueblos no están hechos de documentos y de momias, sino de hombres que viven sujetos a la evolución inexorable de su condición vital. De esta condición, de su vitalidad, dependen los fastos históricos, representados en los cuadros de los museos, aquellos fastos que nos han dicho que cambiaron el rumbo de las cosas cuando fueron, en realidad, simples epílogos de la vida.

Del mismo modo que el individuo está para siempre condicionado por las circunstancias que presidieron su formación hasta que se hizo hombre, del mismo modo los pueblos están para siempre influídos por las circunstancias que presidieron su adolescencia.

La adolescencia de los países europeos está marcada del genio insigne de Grecia y de Roma, que, en lo político, supone la perpetua inquietud y el perpetuo ensayo en busca del Estado ideal. Sobre este estrato común cada país europeo se formó bajo el influjo de otros signos, diríamos bajo el horóscopo de otras estrellas.

Nosotros, los españoles, nacimos como nación en la edad de los reinos peninsulares, con su espíritu de caballería, con su sentido profundo de la individualidad y con el afán de que la religión verdadera prevaleciera sobre la media luna. Nadie podrá nada contra este sello triple, que ha sido fuente de tantas horas gloriosas, que es también el venero inagotable de nuestra personalidad, buena y mala, a través de tantas tempestades. Lo que se llama la unidad de España, creada por el genio de Doña Isabel la Católica, exaltó aquella personalidad, pero no creó nada nuevo. Eramos ya así y lo seremos hasta el fin del mundo.

Los países orientales, incluída Rusia, se formaron en el amanecer oscuro de la Historia, bajo el signo de los hombres duros, que sabían padecer, pero no compadecer. Pueblos hechos en un molde de que crea Estados fuertes pero inexorablemente pasajeros. Pueblos capaces de manejar los inventos, pero incapaces de inventar. Buenos para invadir y no para civilizar.

Y América... América nació en la aurora de la civilización humana mejor concebida, la del siglo XVIII auténtico, quiero decir el que seguía al gran esplendor de la Europa renacentista y no el que, infiltrándose en su gloria y en su buena fe, preparó la revolución. El siglo XVIII, que era ansia de saber, deseo de justicia, amor al prójimo y glorificación de la libertad. Si todo esto llegó a convertirse en un mito, no fué culpa del siglo, sino de los que le desvirtuaron.

Por eso, el problema de las Américas será para siempre distinto de los problemas de nuestro mundo europeo... Para el americano, la democracia, la libertad, la convivencia, tienen un sentido original, intangible, que en Europa se quebró muchas veces y hubo que recomponerlo. La libertad, en Europa, está llena de costuras y de parches. Las cartas que se juegan son las mismas aquí y allá, pero la psicología y la moral de los jugadores son diferentes, y lo son por razones cósmicas, que no está en nuestra mano modificar.

Pero todo esto no hace sino aumentar el amor y la esperanza de los europeos, especialmente, claro es, de los españoles, frente a América. Yo veo a cada uno de los dos continentes como una gran rueda erizada de púas. Pero la rueda erizada de púas, que sirvió para torturar al enemigo, tiene que convertirse en artificio para engranar con las púas de las otras ruedas y formar una máquina común, en la que se realice, como querían los claros varones del siglo XVIII, el sueño cristiano de la paz del mundo.

(El texto que antecede corresponde a la conferencia pronunciada por el insigne doctor Marañón en el ciclo organizado por la Embajada del Ecuador en Madrid y el Instituto de Cultura Hispánica recientemente.)

LAS MANOS ARTESANAS

(Viene de la pág. 29.) sentativos en esta noble manifestación artística, como son los Estados Unidos, Inglaterra, Suecia, Suiza, Francia, Alemania, Pakistán, Ecuador, Chile, Italia China, Marruecos francés, etc., con sus producciones más peculiares. Y [illegible] volumen de la participación nacional [illegible] dará cumplida idea el dato de que concurren a la Exposición más de diez mil familias artesanas de todos los pueblos y lugares de España, llegando a la cifra de treinta mil los objetos, de un valor artístico y comercial extraordinario, que han sido expuestos. Su valor sobrepasa los cuarenta millones de pesetas, de los que sólo la aportación en encajes alcanza los doce millones. Todo un compendio, en definitiva, hecho con notable rigor selectivo, de la rica y variada gama de nuestra artesanía, del que no queda ausente ninguna región ni provincia española. Hecha realidad esta Exposición Internacional gracias al esfuerzo de nuestra Obra Sindical de Artesanía, ha conseguido ser la más expresiva manifestación del rumbo ascendente de tan nobles oficios, tanto en su variedad creadora como en la finura de sus realizaciones. Configurando, al mismo tiempo, una noble rivalidad internacional, apta para traducirse en un mayor incremento en los países de las labores artesanas, fin último, en definitiva, perseguido.

LA HERENCIA DE ELIZABETH II

(Viene de la pág. 17) quiérase o no se quiera, la enfrenta con España.

No podríamos continuar hablando del *Commonwealth* sin hacer punto y aparte con Gibraltar. Se ha dicho que así como para los franceses y los americanos la política es una ciencia racional, para los ingleses es poesía y arte. Por eso necesita de símbolos—coronación—y afirmaciones morales. También otros han repetido que el «Roc» de Gibraltar es indestructible y que sus 300 metros de granítica altura, agujereada de cañones, representan el símbolo del *león* británico. No vayamos a discutir ahora la «fortaleza» de Gibraltar—«fruta madura que un día no lejano caerá»—en tanto que posición militar. En tanto que posición, moral, a Gibraltar yo le llamaría la «debilidad» británica. Ninguna posesión ni posición británica es más endeble, moralmente hablando, que Gibraltar. No hay en ella ni un asomo de razón para justificar la retención de ese pedazo de España que Inglaterra ocupó sin luchar, sin tomarla a los españoles y solamente por izar un día el pabellón de la reina Ana cuando un destacamento inglés había entrado en la guarnición para defender a uno de los bandos—el que perdió—de la Guerra de Sucesión española. Jamás nadie se ha apoderado de una posición militar sin disparar un tiro como hicieron los ingleses. Se ha dicho que Gibraltar nunca ha sido tomada y es verdad. El moro Tarik no la tomó. Desembarcó en la playa de Punta de Europa y ocupó con sus fuerzas un peñón desguarnecido. Desde entonces nadie más la ha tomado. Los árabes rindieron la posición a los Reyes Católicos, perdidas ya todas sus posesiones en Andalucía. Una vez el grupo de ingleses hubo determinado izar su pabellón, nunca los españoles, y después de siete tentativas, han podido tomarla tampoco. Ni coaligados con los franceses. Para tomar Gibraltar hay que dominar el mar y desde entonces nadie lo ha dominado como Inglaterra. Esta explicación técnica deja al descubierto lo endeble de la posición moral inglesa, como reconocen varios de sus escritores y tratadistas. No es cierto, como hoy dice Drummond Shiels y como tantos otros han dicho, que «algunos» españoles reclaman la devolución de Gibraltar. Son todos los españoles quienes lo hacen, sin distinción de matiz político. Con rara unanimidad, los regímenes españoles se han sucedido sin jamás renunciar a la reivindicación. ¿Vale la pena para Inglaterra jugarse la valiosa amistad española para mantener un rincón hoy tan fácilmente batido? Los ingleses hacen un mal negocio. Cambian un inmenso Gibraltar — España entera — contra un peñón donde materialmente no pueden respirar. La tolerancia, o por lo menos la neutralidad española, es indispensable para la vida de Gibraltar. El agua que beben, las manos que trabajan, podrían desaparecer si desde España se quisiera...

Mas no es éste el tema de mi artículo de hoy. No hubiera, sin embargo, podido dejar de pararme en Gibraltar al mirar las perspectivas generales del *Commonwealth* británico. Porque a nosotros nos aflige el albergar la única colonia inglesa existente en el continente europeo. Otras dos hay, pero son islas: Malta y Chipre. Y aun Malta y Chipre, particularmente la primera, gozan de un estatuto político bastante completo. Gibraltar, por ser fortaleza y a pesar del Consejo Legislativo existente desde hace dos años, es una colonia del mismo rango que cualquiera de las posesiones negras del Africa Occidental.

¿Qué cambios veremos durante el reinado de la reina Elizabeth II? Sólo Dios lo sabe. Lo que no es difícil de adivinar es que la «estupenda» situación británica de antaño no puede volver. Cuando los pueblos, hoy, en el Occidente, se unen para la lucha común, no hay razón para que uno solo de ellos disponga de posesiones y situaciones que son de ventaja porque son a la vez de abuso.

Para que el lector tenga en esos días de coronación, comienzo de una nueva era, una idea de la situación actual del *Commonwealth*, pasamos a hacer una descripción geográfica de los territorios donde ondea la bandera de la *Union Jack*:

En Europa, además de las Islas Británicas y el norte de Irlanda, Gibraltar, Malta y Chipre.

En Africa, el Sudán, tan amenazado, en condominio con Egipto; Somalilandia, Kenia, Uganda, Tanganika, Zanzíbar, Nyasaland, Rodesia del Norte, Rodesia del Sur; Unión Sudafricana, Nigeria (con los Camerones de atribución en protectorado), Costa de Oro (con protectorado también de la antigua colonia alemana del Togo), Sierra Leona y Gambia.

En Oceanía: Australia, Nueva Zelanda, Fiji, Gilbert, islas Ellice, Salomón; Tonga, Nuevas Hébridas (en condominio, actualmente más o menos teórico, con Francia), Papua, Nueva Guinea y el oeste de Samoa.

En América: Canadá, Jamaica, Trinidad, Barbada, Honduras Británica, Guayana, islas Malvinas.

En Asia: el este del Pakistán, República de la India (desde luego, en el *Commonwealth*), Federación Malaya, norte de Borneo, Bangkok, Singapur, Aden.

Además, cabe añadir islas algo inclasificables desde el punto de vista de los continentes, como la cadena atlántica de Ascensión, Santa Elena, Tristan de Cunha y Georgia del Sur, otras islas en el Pacífico Sur, como Pitcairn, Ducie, y en el sur del mar Indico, la Isla de los Cocos, Christmas, Mauricio, Príncipe Eduardo y Heard.

Los países principales del *Commonwealth*, como Canadá, República de la India, Australia, Africa del Sur, son considerados países con Gobierno propio o independientes. Sólo un nexo, a veces moral, los retiene al *Commonwealth*. Las colonias son pocas. Salvo la extensión en el Africa negra, pocas se pueden señalar en el mapa, aunque, repito, entre esta categoría se cuenta Gibraltar. Los mandatos también son pocos y los condominios apenas existentes. Casi no hay otra unión entre esos países que el idioma inglés, que en todas partes puede considerarse como un segundo idioma. En las Asambleas indias los ciudadanos de diversas regiones generalmente se entienden únicamente a través del idioma inglés.

Mantenidos en esta situación elástica e indiscutiblemente inteligente para retrasar la decadencia británica, todavía hoy los territorios británicos suman una extensión superior a la U. R. S. S. y hasta, por otra parte, al Brasil, Estados Unidos y Francia — con Unión Francesa—sumados. Y en cuanto al número de habitantes, superan en el globo al número de chinos, que, como es sabido, a su vez, son más numerosos que los rusos.

Una era inglesa empieza. Saludémosla con respeto y con ecuanimidad. Sin que ello, por otra parte, signifique olvido de los principios sustantivos de nuestra dignidad nacional.

MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

Suscríbase usted directamente enviando a la Administración de esta revista (Alcalá Galiano, 4, Madrid) los siguientes datos:

Nombre ....

Ciudad .... *Nación* ....

Calle .... *núm.* ....

Distrito o barrio ....

Suscripción por un año (12 números) .... 5 dólares
» » dos años (24 números) ...... 8,5 »

Una suscripción a Mvndo Hispánico es el mejor obsequio que puede usted ofrecer a sus parientes o amistades. Dele a su pariente o amigo la sorpresa de recibir la mejor revista de habla española, ordenando a nuestra Administración el envío de una suscripción anual, al precio señalado más arriba. Remítanos, para ello, los siguientes datos:

Envíen una suscripción anual a

Don ....

Ciudad .... *Nación* ....

Calle ...., *núm.* ....

Distrito o barrio ....

El abono de la suscripción lo hará

Don ....

Ciudad .... *Nación* ....

Calle ...., *núm.* ....

Distrito o barrio ....

Firma:

OBSEQUIE A SUS AMISTADES
CON UNA SUSCRIPCION A «MVNDO HISPANICO»



MAJAS ESPAÑOLAS EN LA EXPOSICION INTERNACIONAL DE MANILA

La Feria de Filipinas ha sido, sin duda alguna, el acontecimiento industrial más importante que en el ámbito internacional se ha producido en los últimos meses. España, Estados Unidos, diversos países, tanto europeos como del mundo asiático, se dieron cita en la bellísima ciudad de Manila, capital de las islas, para dar noticia de su avance industrial y de la novedad y belleza multicolor de sus productos. Filipinas ha dado en este certamen una muestra impresionante de su vitalidad y progreso a través de una serie de espléndidas instalaciones. Multitud de entidades privadas, firmas de primer orden en la órbita de la industria mundial, han hecho posible este acontecimiento con sus valiosas aportaciones. El «stand» que se reproduce en la presente fotografía pertenece a la Casa Myrurgia, ya desde hace tiempo creadora de productos españoles de auténtico auge y gran prestigio por encima de todas las fronteras.